

Dos gatos y el misterio del Mercado de la Cebada

Autor editor: C.R. Martínez

Copyright 2012 C.R. Martínez

Smashwords Edition



Traducción: Pablo García Sarro
Revisión: Elisa Muñoz Pozón de Andrade
Cubierta: Cristina Noemi Corrado
Tipografía de la cubierta: Frédéric Rich
Primera edición: septiembre del 2014
Título original: *Two Cats and a Chicken Shop Mystery*
Copyright 2012 C.R. Martínez

Smashwords Edition, License Notes

Gracias por descargar este *ebook* gratuito. A pesar de su gratuidad, este libro permanece como propiedad protegida por derechos de autor, y no debe ser reproducido, copiado o distribuido con fines comerciales o no comerciales. Si ha disfrutado del libro, por favor, anime a sus amigos a descargarse su propia copia. Si lo está leyendo sin haberlo descargado, por favor, vuelva a www.dosgatosyelmisterio.es y descárguese su propia copia gratuita. Gracias por su apoyo y por respetar el duro trabajo de todas las personas que han contribuido a esta publicación.

Índice

Preámbulo

Prólogo

Sábado 6 de agosto del 2011

Domingo 7 de agosto del 2011

Lunes 8 de agosto del 2011

Martes 9 de agosto del 2011

Miércoles 10 de agosto del 2011

Jueves 11 de agosto del 2011

Jueves, 14:05*

Viernes 12 de agosto del 2011

Sábado 13 de agosto del 2011

Domingo 14 de agosto del 2011

Lunes 15 de agosto del 2011

Miércoles 17 de agosto del 2011

Reflexiones

Realidad y ficción

Mapas

Referencias bibliográficas

Agradecimientos y autora

A quien pueda interesar

Los acontecimientos relatados a continuación están inspirados en hechos reales, mientras que la historia en sí misma es ficción.

¿O no?

Prólogo

Los últimos meses habían sido ciertamente muy agitados, y era cada día más evidente que el país estaba en crisis. Desde el mes de mayo los jóvenes habían estado marchando por las calles de la ciudad manifestando su frustración ante un futuro más que incierto. Lo peor llegó el mes de agosto del 2011, momento en que la crisis que había comenzado tres años atrás alcanzó niveles impensables y casi asfixiantes. Pero no solo España estaba esperando un milagro.

María Consuelo García Gómez, o simplemente Consuelo para sus allegados, era una viuda madrileña de sesenta y dos años. Consuelo había trabajado durante los últimos treinta y cuatro en el Mercado de la Cebada, un mercado tradicional en el centro de la ciudad. A pesar de no estar muy contenta tras conocerse el anuncio de la subida de la edad de jubilación, lo que para ella significaría continuar trabajando cinco años más en lugar de dos, tampoco contaba con demasiados planes para la nueva fase de su vida. El mercado le garantizaba la rutina que necesitaba, y se preguntaba qué haría sin ella.

Desafortunadamente, las perspectivas del negocio tampoco eran muy buenas, incluso había rumores de una posible demolición del mercado. Si estas expectativas se cumplieran, no sabría realmente qué hacer. No solo Consuelo, por lo tanto, esperaba un milagro. Un milagro que estaba a punto de suceder.



Sábado 6 de agosto del 2011

El primer sábado de agosto era, como cada año, el primer día de una semana de fiestas dedicadas a la patrona popular de los madrileños, la Virgen de la Paloma. La celebración se desarrollaba en uno de los barrios con más historia de la ciudad, La Latina, donde Consuelo trabajaba. Aquellos días nunca habían sido del interés de Consuelo, pero aquel verano esperaba que, al menos, tuvieran un efecto positivo en las ventas.

Consuelo no destacaba por su altura, ni tampoco por su excesivo peso. Era, por así decirlo, corriente. Las arrugas habían aparecido alrededor de sus ojos a una edad temprana, y no precisamente por tratarse de una mujer especialmente risueña. Como para la mayoría de las mujeres españolas de su edad, la apariencia era importante, pero procuraba no alardear demasiado. Solía vestir elegante pero discreta, mostrando siempre un especial interés por su pelo. Y esto no quiere decir que su corte fuera nada especial, más bien todo lo contrario: como la mayoría de mujeres de su edad, Consuelo había cortado su larga melena hacía ya muchos años y había optado por la permanente. Una vez al mes, Consuelo pedía cita en la peluquería para cortar, teñir y hacerse la permanente. Su color natural era castaño oscuro, pero como una vez llegados los cincuenta las canas se habían apoderado de su cabello, decidió teñirse de rubio. Era obvio que este no era su color natural, pero se convenció a sí misma de que nadie lo notaría.

08:38

Ese sábado Consuelo fue a trabajar algo más temprano de lo habitual, por lo que fue la primera de entre los propietarios en llegar al mercado. Se acercó a su puesto, que aún mantenía el nombre de su fallecido marido. Su querido Pedro hacía ya once años que había pasado a mejor vida, y desde entonces una foto suya hacía las veces de guardián y compañero en la pollería. Abrió el cerrojo, subió el cierre y encendió las luces de neón, que le dieron a la estancia un ambiente acogedor como de sala de rayos X. Como el repartidor no había aparecido aún, el mostrador metálico resplandecía vacío. Consuelo siguió su rutina: fue a la trastienda y se colocó su uniforme de trabajo.

Mientras esperaba al repartidor, decidió ojear el periódico que cogía todas las mañanas de camino al trabajo. En un abrir y cerrar de ojos ya había leído el *20 Minutos*, y dedicó el resto del tiempo a intentar resolver, como la mayor parte de los días, el sudoku que se incluía.

08:52

Al fin llegó el repartidor. Traía consigo lo acordado: una caja de pollos enteros, otra con muslos y alas y una tercera con la misma cantidad de pechugas. A pesar de que Consuelo llevaba trabajando en el negocio de la pollería más de treinta años, no acertaba a descifrar la lógica matemática por la que aumentaba constantemente la demanda de pechugas frente a otras partes del pollo. ¿Qué pasaba con aquellas partes menos populares? Algo que tampoco había llegado a comprender nunca era el uso de la palabra *pavo*, que los más jóvenes utilizaban para referirse al dinero: un euro equivalía a un «pavo». Consecuentemente un pavo, en este caso animal, costaría aproximadamente treinta «pavos» monetarios. Consuelo solía preguntarse si aquella extraña tarifa de cambio sería la razón de la mala venta de tan apreciada ave.

—Entra, Sergio —dijo al repartidor—. Déjame las cajas a este lado del mostrador, si haces el favor, luego me encargo yo.

El mercado estaba dispuesto en forma de cuadrado, y el puesto de Consuelo ocupaba una de las esquinas del mismo, en forma de L. Mientras Sergio entraba por el único acceso de la pollería, en la esquina del mostrador, Consuelo, de repente, quedó petrificada.

Las tres bandejas con piezas de pollo dificultaban, por no decir impedían, la visión a Sergio, que consecuentemente tropezó con la espalda de Consuelo, rozándose el desastre.

—¡Dios mío! —gritó Consuelo.

—Lo siento mucho, señora. ¡Es que no la había visto! ¿Está usted bien?

—¡Claro, claro, estoy bien! —Se paró a pensar un momento—. Esto... Escucha, deja las cajas aquí mismo.

Consuelo señaló un lugar cercano a la puerta de la tienda. Sergio observaba por uno de los lados de las bandejas para saber dónde debía depositar su carga.

—¿Está todo bien? —preguntó él.

—Sí, sí, todo está bien. Es que se me ha olvidado limpiar esta parte del mostrador. Déjalas aquí mismo, y perdona por las molestias.

Una vez hecho el reparto, Sergio recogió su carretilla, se despidió educadamente e inició su marcha.

Desde detrás del mostrador, Consuelo despedía a Sergio agitando su mano derecha a la vez que le dedicaba una falsa sonrisa de anuncio de pasta de dientes, más brillante aún si cabe por el reflejo que ofrecían las luces de neón sobre el reluciente mostrador.

Consuelo observaba a Sergio caminar por el mercado, mientras algunos de sus compañeros ya se afanaban en abrir sus negocios o simplemente colocaban sus enseres, algo que, por cierto, ella también debería empezar a hacer.

Sin embargo, Consuelo no podía casi moverse, estaba paralizada ante lo que acababa de ver.

No podía creer lo que estaba pasando, no se atrevía a mirar hacia abajo. ¿Estaba realmente sobre aquello? Solo pensarlo hizo que su corazón se le subiera por la garganta.

Tras unos segundos de vacilación, dio un paso hacia su izquierda, tomó aire y volvió a mirar al suelo. ¡Sí, ahí estaba! ¡Una cara! Una cara en mitad del suelo de la tienda.

Volvió a mirar hacia arriba, observando la nada por un momento, para después fijarse en la foto de Pedro.

—¡Dios mío! —exclamó.

¿Qué era eso? ¿Quién? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Estaba ahí cuando había llegado por la mañana, o había aparecido de repente? ¿Había surgido de la nada o alguien lo había puesto allí? Y si había sido así, ¿quién y por qué?

¿Qué narices era eso?

09:12

Se arrodilló despacio para examinarla más de cerca. La imagen no era de esas que con un poco de imaginación puedes convertir en cualquier cosa que pretendas, como las formas que describen las nubes, o como un helado que tras una ráfaga de viento, en el suelo, se transforma en un avión de combate o, incluso, en Elvis.

¡Esto era una cara humana!

Y, con seguridad, no era la de Elvis.

Consuelo se acercó aún más; su mano vacilaba, acercándose con cuidado a la cara. Tenía que admitir que estaba fascinada por la aparición, pero aún no se atrevía a tocarla. Mantuvo los dedos en el aire, como a un centímetro del rostro, y fue acercándolos lentamente hasta acariciar su superficie. Su nariz casi tocaba el suelo. Parecía como si hubiera sido pintada sobre el suelo, pero no podía afirmarlo con seguridad.

Era de un solo color: blanco. Como el suelo de la tienda era gris oscuro, casi negro, se podía decir que era blanca y negra, o incluso una pintura en negativo. No se podían apreciar trazos de pintura. ¿Podría verla ella sola o también podrían verla los demás?

—¿Perdone? —se oyó una voz repentinamente.

Consuelo cayó sobre su cara. En la cara con su cara.

—Perdón, ¿interrumpo algo?

Consuelo se puso en pie rápidamente. Su pequeño accidente no había causado ningún daño visible y a pesar de que su pelo no estaba como se suponía que debía estar, eso solo un ojo perspicaz podría haberlo notado.

Los ojos que la observaban eran claramente miopes, pero, no obstante, familiares. El señor Rodríguez era un hombre ya mayor, algo más que ella, y venía habitualmente todos los miércoles y sábados a recoger sus pechugas de pollo.

—¡Hombre, señor Rodríguez, es usted! ¿Cómo está? No se preocupe, no interrumpe nada. Estaba buscando mis pendientes en el suelo.

—¡Pero si lleva los dos puestos!

Consuelo se llevó ambas manos a las orejas y sintió una profunda vergüenza.

—¡Vaya por Dios! ¡Cómo tengo la cabeza! Por eso no los encontraba.

El señor Rodríguez volvió a empujar los anteojos sobre su nariz, y se quedó en silencio. Llevaba viniendo al mercado regularmente más de diez años, pero nunca había sido un hombre de muchas palabras.

Simplemente pedía su pollo y pagaba, siempre con el dinero justo. Consuelo siempre había querido charlar un rato con él, pero hoy, desde luego, no era el día. Todo lo que Consuelo quería era despachar rápido a su cliente y continuar con su minucioso análisis de lo que, en ese mismo instante, estaba debajo de ella.

09:23

Una vez más, sus planes de inspeccionar la cara fueron interrumpidos, esta vez por Lola, su cliente más

leal o, al menos, su visitante más leal, y proclamada por ella misma como la mayor cotilla del barrio. Lola debía de ser un par de años más joven que ella, aunque Consuelo no podía asegurarlo con exactitud. Su forma de vestir la hacía parecer más joven de lo que probablemente era.

—¿Hemos abierto un poco tarde hoy, no? ¿Se te han pegado las sábanas? —preguntó Lola. Consuelo, por su parte, se dispuso a colocar el género que había traído Sergio.

—Bueno, es que el repartidor ha llegado un poco tarde. ¿Cómo estás hoy? ¿Alguna novedad?

Consuelo conocía a la perfección el don de Lola para extender rumores a la menor oportunidad, por lo que intentó actuar con naturalidad.

—Pues bien hija, ya ves, tirando. Un poco más viejas cada día, ¿no es cierto? ¿Estás bien, cariño? Se te ve un poco distraída.

Esta mujer no perdía una.

—Solo un pelín estresada, ya sabes. A ver qué tal se dan las ventas hoy —contestó Consuelo.

—¡Toquemos madera! —exclamó Lola mientras golpeaba con suavidad su propia cabeza—. Por cierto, ¿has oído que la hija de Susana, la de la frutería, está embarazada? Susana está muy contenta, por supuesto, pero... entre tú y yo...

Consuelo adoraba cuando Lola decía eso, ya que ambas sabían que nada de lo que ella contara quedaría nunca solo entre ellas dos.

—Me parece a mí que el yerno de Susana, el novio de la chica, no es el padre. Hace unos meses que vi yo a la niña con otro chico en uno de los bares de por aquí y parecían muy acarameladitos, como si se conocieran ya de antes. Ya me entiendes.

—Pues yo creo que lo que te pasa es que tienes demasiada imaginación. Además, eso ni te va ni te viene, Lola.

—Bueno, yo solo te digo lo que he visto con mis propios ojos. Lo que se ve es lo que se ve, y el resto es una cuestión de interpretación.

Eso era verdad. Consuelo intentó no mirar al suelo porque sabía que Lola se daría cuenta de que algo iba mal.

—Bueno, aquí te dejo solita con tus pollos. Quiero pasarme por la iglesia para ver cómo han decorado la Virgen este año. Espero que hayan cogido un florista con algo más de gusto que el del año pasado.

Lola dejó escapar una risa con su voz ronca, y Consuelo volvió a quedarse helada. El radar de Lola había descubierto algo inusual en la reacción de Consuelo.

—¿Pasa algo? —preguntó Lola suspicazmente.

Consuelo tragó saliva y volvió a mirar a Lola.

—No, no es nada. Es que me acabo de acordar de que he olvidado regar las plantas.

Consuelo sonrió a la vez que colocaba las manos sobre su mesa de trabajo para evitar la irremediable necesidad de mirar hacia abajo.

—¡Vaya día que llevas, guapa! —espetó Lola dejando escapar otra ronca carcajada.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—Bueno, me voy a ver qué tiene Julián hoy en la pastelería. ¡Que pases buen día, cariño! Y no te preocupes por las flores, que por un día no les va a pasar nada.

09:31

Como era habitual, Lola ni había contribuido al consumo de las diferentes partes del pollo, ni a nada útil, excepto, claro, a la distribución verbal de información inútil: cotilleo para el común de los mortales. Sin embargo, el contenido de esta información inútil hizo que a Consuelo le rondara una idea por la cabeza.

¿Podría ser? ¿Sería esa cosa una aparición mariana? ¿En mitad de su querida tienda de pollos?

Las apariciones marianas, aunque en declive, siempre habían sido algo común en España. De vez en cuando aparecían testimonios de personas que aseguraban que la Virgen María había aparecido en el tronco de algún árbol perdido o en el azulejo de alguna ducha. Habitualmente estas apariciones solo podían ser vistas por los testigos de primera mano. En algunos casos habían aparecido incluso pequeñas empresas turísticas que por un módico precio realizaban visitas guiadas por los supuestos lugares santos. En tiempos de crisis había que ser ingenioso y, además, estaba muy extendida la idea de que una fuerte creencia en algo, como en un ser superior o un placebo, podía tener un fuerte poder psicosomático de curación. Teniendo en cuenta que Consuelo no era realmente una persona muy creyente, tenía sus dudas en cuanto a convertir su querida pollería en un lugar de culto y peregrinación. Por supuesto, también dudaba que aquello fuera una

señal, una señal divina que la estuviera invitando a abrazar la religión.

En cualquier caso, primero tenía que inspeccionar aquella cosa más de cerca.

¿Sería visible para otras personas o solo para ella? También existía la posibilidad de que el altercado con Sergio le hubiera causado algún tipo de trastorno de conciencia. ¿No podría ser solo fruto de su imaginación? ¿Cómo podía saber, de todas formas, que aquello era la Virgen María?

Ese día era el primero de los festejos por la Virgen, un día especial. De alguna manera la teoría de la aparición mariana cobraba fuerza.

09:56

Consuelo se aseguró de que nadie miraba para volver a desaparecer detrás del mostrador. Observó la figura desde una distancia más prudencial. Poco a poco se fue dando cuenta de que aquello no se parecía en nada a la Virgen. Primero, y casi lo más importante, porque la cara contaba con una gran y profunda barba, o al menos una muy poblada perilla, la cual incluía un bigote que torcía sus puntas hacia arriba.

Entonces, ¿si no era la Virgen María, quién demonios podría ser?

Inmediatamente, otro de los temas más recurrentes en la casuística de las apariciones rondó su mente: Jesús. Pero, ¿por qué se manifestaría en su pollería? ¿Sería buena la aparición, o un mal augurio? Las ideas volaban rápido por su cabeza.

Pensó en aquellos personajes famosos que habían experimentado alguna aparición: Juana de Arco, quemada; las dos famosas niñas a las que se les apareció la Virgen en Lourdes y Fátima, convertidas en monjas; Cat Stevens... bueno, este al menos seguía haciendo buena música; Joseph Smith Junior, fundador de una religión.

Las opciones eran muchas.

Pensó en llamar a un cura, o incluso a un exorcista, pero se decidió finalmente por la opción más higiénica: el detergente. Por alguna razón, confiaba más en su Don Limpio que en ninguna otra cosa en ese momento, y fue así como la cara desapareció casi tan rápido como las manchas del anuncio. Una vez limpio, solo quedaba un enorme charco de agua que Consuelo esperaba poder secar rápido.

11:13

Consuelo procuró no pensar mucho en lo que había visto o dejado de ver, y dedicó el resto de la mañana a su rutinario negocio, el cual, por cierto, no parecía ir nada bien aquella mañana, ya que ni la venta de pollos ni los «pavos» llegaron a cumplir sus expectativas para impulsar el negocio.

De vez en cuando, Consuelo volvía su mirada hacia el proceso de secado que se estaba produciendo en su suelo y que, lento pero seguro, no parecía dejar ver ninguna nueva mancha o supuesto mensaje religioso.

Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que fuera lo que fuese lo que había limpiado, no podía ser más que una exagerada interpretación de lo que realmente había aparecido en el suelo de su pollería.

Ya volvía a sus preocupaciones diarias sobre la caja del día, cuando, de repente, sonó su teléfono.

—¿Dígame? —contestó de forma educada y amable.

—Consuelo, soy yo. Oye, ¿estás ya lista para lo de mañana? —preguntó el interlocutor recordando a Consuelo algo que había olvidado.

—Ah, Diego, eres tú. Pues, creo que sí. No sé, ¿hay algo especial que tenga que preparar?

—No, no, no te preocupes. Yo llevaré todo lo que necesitamos. Solo quería saber si todavía seguía en pie.

—Claro, claro.

—¡Muchas gracias otra vez! No sé qué hubiera hecho si no hubieras aceptado. ¿Sabes? Creo que una mascota te va a venir muy bien.

Hacía unas semanas que el primo de Consuelo, Diego, se había encontrado un gato en la puerta de su casa. Después de colocar carteles por todo el barrio durante algunos días y no haber encontrado a su dueño, decidió quedárselo. Diego tenía dos nietos maravillosos que lo visitaban a menudo. Por desgracia, ambos eran alérgicos a los gatos, por lo que rogó a Consuelo que se quedara con el felino.

Ella sabía que su primo estaba muy preocupado porque pasaba mucho tiempo sola. Quizás tanta soledad estaba relacionada con su visión, o lo que demonios fuera aquello. ¿Podría esto haberle hecho perder la cabeza? Quizás el gato sería la solución a su locura transitoria.

—¿Consuelo? ¿Estás bien? —preguntó Diego tras un momento de silencio.

—Perdona, creo que hoy no es mi mejor día. ¿Sabes? Creo que tienes razón, el gato es una buena idea. ¿A qué hora te pasas mañana?

–A eso de las diez. Oye, ¿de verdad que está todo bien? Estás como distraída hoy.

Diego no era solo el primo de Consuelo, también era su mejor amigo, y confiaba en él para todo. Aun así, sentía que no podía contarle lo que había visto, o imaginado, hacía un rato.

–Estoy bien, no es nada. No te preocupes por mí. Mañana a las diez entonces. ¡Qué emoción!

–Me alegra oír eso. Hasta mañana entonces.

14:30

Consuelo cerró la tienda y decidió volver caminando a casa. De camino, observó los grafitis de las paredes. Tenía que reconocer que algunos eran muy artísticos y creativos. ¿Sería esa la explicación para lo que había visto antes? ¿Sería el trabajo de algún descarado artista?

Cuanto más pensaba en lo ocurrido, más segura estaba de que solo podía existir una explicación: una broma.

Pero, ¿quién podría haber hecho algo así? ¿Y por qué a ella? ¿Tendría alguien algo en su contra? Se consideraba a sí misma una persona sincera, que se llevaba bien con todo el mundo, aunque había un puñado de gente que podría no pensar igual.

Esteban, el pescadero, no era, por ejemplo, su mejor amigo. Hacía ya tiempo que había discutido con su marido. Pedro nunca le contó el porqué de aquella discusión, pero desde aquel día no se habían vuelto a hablar. Incluso Consuelo solía evitarlo.

Ana, la secretaria de su dentista, tampoco era su persona favorita en el mundo, aunque eso se debiera en exclusiva a su lugar de trabajo. No obstante, Consuelo no tenía nada en contra de su dentista.

Siempre había existido tensión entre ella y el resto de polleros del mercado; había otras tres pollerías, y a ninguno de ellos el negocio les iba tampoco bien. Con el resto de puestos, lo mismo. En los últimos diez años casi la mitad de las tiendas del mercado habían cerrado, y cerradas se habían mantenido durante este tiempo. Si echaba la vista atrás, debía reconocer que el mercado se había convertido en algo así como un mercado fantasma.

El futuro del viejo Mercado de la Cebada era incierto, y esto mantenía a los propietarios en constante estado de ansiedad. La vecina piscina municipal había sido derruida con la intención de construir una nueva y más moderna, pero entonces, el Ayuntamiento de la ciudad, ahogado por las deudas, comenzó a planear ceder el terreno a una empresa privada para que construyera un moderno centro comercial.

Tenía que admitirlo, había mucha competencia entre las diferentes pollerías. ¿Serían sus competidores tan crueles como para conjurarse en su contra? ¿Podría alguno de ellos haber pintado la cara?

14:57

Por fin llegó a casa, y como el mercado cerraba los sábados por la tarde, dedicó el resto del día a cavilar sobre las nuevas teorías conspiratorias sobre la cara. Cuanto más reflexionaba sobre el tema, más preocupada se encontraba. Se estaba volviendo paranoica, y quizás eso era lo que pretendía aquel que hubiera pintado la cara. Necesitaba distraerse. Encendió la televisión.

A la hora de comer puso las noticias, que incluían como entrante la ya rutinaria información sobre la desastrosa situación de la economía, tanto nacional como internacional. A esto le siguieron imágenes de las últimas manifestaciones de los «indignados». Cuando el noticiario volvió su mirada sobre el hambre en el Cuerno de África, Consuelo ya había perdido el apetito, y no se preocupó lo más mínimo por las noticias que llegaban sobre la próxima visita del Papa a la ciudad.

Su método de distracción solo funcionó un rato. Cuando se disponía a servir el café, todas sus dudas volvieron. Parecía que realmente necesitaba ese gato.

~~~~~

## Domingo 7 de agosto del 2011

**10:05**

Diego llegó y saludó a su prima con dos fuertes besos en las mejillas. Bajo el brazo llevaba una caja donde parecía haber un gato, el cual no tuvo la delicadeza de presentarse. Junto con la caja traía también algunos alimentos, un bol, una bandejita para la arena del gato y varios juguetes.

–Por cierto, se llama Antonio –dijo Diego tras las primeras frases de rigor.

–¿Antonio?

–Bueno, es que cuando lo encontré en su collar ponía Antonio, y pensé que ese sería su nombre; además, de momento responde cuando lo llamo. Da igual, puedes llamarlo como tú quieras.

–De momento lo llamaré Antonio, a ver cómo va la cosa –replicó ella.

Ambos observaron las puertas abiertas de la jaula. Dentro, Antonio aún permanecía escondido.

–Creo que necesita un poquito más de tiempo –dijo Diego frunciendo el ceño–. Por cierto, ¿qué tal estás? Parecías un poco distraída ayer por la mañana. ¿Todo bien?

–Todo bien, como siempre. Solo un poquito estresada con el negocio. ¿Y tú, qué tal?

–Pues también bien. La verdad es que me da pena despedirme de Antonio, aunque sé que lo dejo en buenas manos. Por lo demás, como siempre, nada nuevo. –Diego hizo una pausa–. Bueno, te tengo que dejar; me voy a la tienda a seguir con mi proyectillo.

Diego tenía una ferretería en el distrito de Moncloa, cerca de la Ciudad Universitaria. A pesar de que no abría los domingos, Consuelo sabía que Diego pasaba allí muchos fines de semana trabajando de forma apasionada en sus maquetas. Hacía no mucho que había montado un pequeño taller en la trastienda, donde pasaba las horas muertas montando maquetas de vehículos y edificios históricos. Buena parte de la tienda, así como su casa, estaba llena de *Taj Mahals*, *Titanics* o *Hildenburgs*. Consuelo se preguntaba a menudo cómo podrían sus manos, con lo regordete que era, ensamblar esas piezas tan pequeñas.

–¿Y con qué juguetito estás ahora? –se interesó Consuelo.

–Ahora mismo estoy intentando reconstruir una vieja maqueta de la Alhambra. Me está llevando mucho más tiempo del que pensaba, no era tan fácil como parecía –dijo negando con la cabeza.

–Desde luego que no debe de ser nada fácil, pero seguro que lo consigues.

–Eso espero. ¿Crees que te las apañará bien con Antonio? –preguntó Diego mientras le regalaba una pícaro sonrisa–. Seguro que sale pronto de la cajita, tarde o temprano tendrá hambre. –Ambos observaron el espacio negro que se entreveía a través la puerta de metal, pero todavía no había señales de la presencia de ningún gato.

–Es un pelín tímido –añadió Diego.

–Ya lo veo. Pero nada, no te preocupes. Ve a terminar tu Alhambra. Ya te llamo un día de estos y te cuento cómo vamos.

De alguna manera Consuelo se alegró tras la salida de Diego. El ajeteo del día anterior no salía de su cabeza y sospechaba, además, que sus excusas para con su primo no habían funcionado. Diego podría pensar que algo raro ocurría.

Volvió a mirar la caja.

**10:53**

Después de media hora observando la caja, Consuelo decidió empezar a hacer la comida. El día anterior había traído unos muslitos de pollo para intentar ganarse la amistad de su nueva mascota; los colocó sobre el bol de plástico que le había dado su primo y puso este en la esquina contraria al lugar donde ella cocinaba. A continuación, comenzó a prepararse una lasaña.

El plan dio sus frutos, y al cabo de unos minutos Antonio se acercó hacia el bol, familiarizándose con su nuevo entorno. Sus pasos eran suaves y tímidos. No caminaba directamente hacia su comida, sino que su cuerpo y su cabeza serpenteaban hacia su objetivo; se aproximaba como un tigre que avanza hacia su víctima. Su piel, de hecho, era como la piel de un tigre, sin una sola mancha blanca por entre sus oscuras líneas.

Evitando la mirada de Consuelo, se aproximó precavidamente al pollo, olisqueó la carne y golpeó el bol con su pata delantera con fuerza, mostrando sus afiladas uñas. Volvió a observar el trozo de carne y, una vez más, golpeó con fuerza el muslo de pollo sacándolo fuera del cuenco. El trozo de carne voló hasta los pies de Consuelo, que dudó si debía rematar a gol o defender. Decidió defender, pero defender su lasaña. Su

movimiento ayudó a romper el hielo con su nuevo compañero, que, orgullosamente, se acercó a su muerta y despiezada víctima y comenzó a comer a los pies de su nueva amiga.

Después del almuerzo, Antonio continuó con su investigación, examinando los rincones de su nueva casa. En la cocina se mostró intrigado por el armario donde Consuelo guardaba los productos de limpieza. Antonio acarició la puerta con su pequeña zarpa mientras olisqueaba el hueco que quedaba entre esta y el suelo. Consuelo no sabía cómo interpretar aquel comportamiento, al fin y al cabo era su primera mascota. Quizás se hubiera derramado algo de detergente y eso hiciera que Antonio estuviera tan interesado en aquella puerta. Le sobrevino un mal augurio: ¿y si realmente se había derramado detergente, el gato lo lamía y moría?

Detergentes. Don Limpio y la cara volvieron a su cabeza. Ahora el gato olisqueaba el suelo. Consuelo comenzó a preocuparse más. Se vio a sí misma el día anterior utilizando una técnica muy parecida en el suelo de su pollería.

¿La habría seguido la cara?

Necesitaba urgentemente revisar el suelo que quedaba debajo de Antonio. Se agachó junto al gato, acariciándolo, con la intención de que este dejara de hacer lo que estaba haciendo. Antonio hizo una mueca y se retorció sobre su propio cuerpo, pero a continuación volvió a su rutina «olisqueadora».

–¿Qué te llama tanto la atención? –le preguntó. Antonio parecía esta vez desconcertado. Se restregó contra las piernas de Consuelo, y se marchó lentamente del lugar que previamente había llamado tanto su atención.

Rápidamente Consuelo miró hacia el suelo.

Nada.

Antonio comenzó a ronronear y Consuelo tuvo ganas de hacer lo mismo, aliviada.

### **15:21**

Definitivamente, Consuelo necesitaba distraerse, así que fue a recoger la bolsa con los juguetes del gato. De ella sacó un horrible ratón, de esos que si los aprietas suena un pito estridente, pero adictivo. Apretó el juguete y, al instante, Antonio corrió a sus pies.

–Parece que esto te gusta, ¿eh? –Sonrió mientras agitaba el juguete antes de lanzarlo al suelo.

Inmediatamente, el gato saltó sobre él y se dispuso a poner en práctica todos aquellos trucos que ya había utilizado con su comida. A continuación, Consuelo sacó una especie de pompón rosa atado a una cuerda roja. Lanzó el pompón manteniendo en su mano la cuerda. Antonio, que estaba en medio de su trabajo de decapitación, se vio abrumado por la cantidad de acontecimientos que ocurrían a su alrededor, y comenzó a saltar entre el ratón y el pompón que Consuelo agitaba con brío. Parecía bastante indeciso sobre a quién podría asesinar primero.

### **16:49**

La técnica de distracción parecía funcionar. Consuelo fijó su atención ahora en sus delicadas figuritas de cristal, las cuales, sin duda, necesitarían protección. Con dedicación, comenzó a recolocarlas dentro de su viejo aparador de puertas de cristal, que le parecía suficientemente seguro. Allí guardaba también, aún sin estrenar, un juego de vajilla completo. Al volver la cabeza, observó cómo Antonio la miraba desde su sofá de flores estampadas.

### **17:30**

Consuelo estaba encantada con su nuevo compañero de piso, por lo que decidió documentar aquel momento. Sacó de su envoltorio original la cámara digital de última generación que había recibido con motivo de su sesenta cumpleaños; la cargó tal y como indicaban las instrucciones, y se arrepintió horriblemente de no haber conservado su antigua cámara. Una vez hecho todo esto, comenzó a tomar fotos de Antonio.

El resto del día lo pasaron simplemente descansando, conociéndose un poco más. Este ejercicio no trajo consigo nada reseñable, excepto el fastidioso interés de Antonio por los rulos del pelo de Consuelo, con los que el animal intentaba jugar mientras ella dormía. El resultado final: la prohibición para Antonio de pasar a la habitación mientras Consuelo intentaba conciliar el sueño.

## Lunes 8 de agosto del 2011

### 08:49

A pesar de que había pretendido no hacer caso a su intuición, Consuelo tenía un vago presentimiento acerca de lo que podría encontrar cuando abriera la cerradura de su tienda aquella mañana.

Subió el cierre, encendió las luces de neón y se dirigió hacia la esquina para descubrir aquello que había temido inconscientemente.

Su viejo amigo había vuelto.

La cara estaba allí otra vez.

### 08:52

La cara se veía exactamente igual que el sábado anterior. Pero, ¿cómo había podido pasar? Estaba completamente segura de que la había borrado, y el mercado había estado cerrado durante todo el fin de semana. ¿Se habría colado alguien en la tienda para volverla a pintar allí?

Intentó al menos ver el lado positivo. No estaba loca, y no, no había sido producto de su imaginación; estaba allí.

¿Podría haber entrado alguien durante el fin de semana? El mercado contaba con medidas de seguridad, y solo aquellos que trabajaban allí sabían cómo entrar. Esto la condujo de nuevo a la teoría conspirativa de la competencia en el mercado.

¿Estaría siendo víctima de la mafia de los polleros? ¿Existía algún tipo de complot del resto de polleros contra ella? De repente pensó en su cierre. Realmente no era el más seguro del mercado, diría incluso que estaba al nivel del candado de un diario de adolescente.

Inspeccionó la cerradura en busca de alguna evidencia de que alguien la hubiera intentado forzar, probó sus llaves de nuevo; todo parecía normal. ¿De qué otra forma podría haber entrado alguien?

Consuelo miró a su alrededor observando al resto de propietarios del mercado, que se afanaban en colocar sus productos de forma sugerente para el cliente. Nadie parecía prestarle la más mínima atención. Todos le parecían inocentes. Quizás, después de todo, su teoría conspirativa no fuera más que eso, una teoría.

Miró la foto de Pedro. Sus ojos se clavaron sobre los ojos de la foto y comenzó a mover su cabeza, negando.

–No –susurró mientras volvía su mirada a la cara en el suelo—. ¿No eres tú, verdad? –preguntó a la foto de su difunto marido.

Impulsivamente, comenzó a comparar ambos rostros: Pedro y su nuevo amigo.

–Pero no pareces tú, tú nunca tuviste barba. Siempre supiste que a mí no me gustaban las barbas. ¿O quizás esto es algún tipo de revancha por no haberte dejado nunca llevar una?

Recordó a Pedro y su extraño sentido del humor; siempre la había hecho reír mucho. Esto la llevó a pensar que, quizás, su marido había decidido encantar su pollería.

### 09:07

Numerosas teorías bailaban ya en su cabeza: ¿una conspiración llevada a cabo por sus competidores?, posible; ¿la Virgen María apareciendo con motivo de su celebración?, cuestionable; ¿una broma pesada de algún gamberro del barrio?, plausible, pero poco probable; ¿su difunto y nuevo barbudo marido intentando gastar algún tipo de broma pesada?, aún menos probable, pero divertido al fin y al cabo; ¿una copia de la Sábana Santa de Turín?, dudoso; ¿un número indefinido de nuevas explicaciones y teorías?, esto sí, muy probable.

El único remedio que alcanzaba a ver en ese momento era Don Limpio. Sacó el detergente del armario y comenzó al fregar de nuevo el suelo. Si las cosas no mejoraban en la tienda, quizás esto sería lo que debería comenzar a hacer una vez su establecimiento cerrara: limpiar suelos.

La cara había desaparecido en menos de un minuto, pero por alguna razón no se sentía tan aliviada como la primera vez y sabía también que Don Limpio no tenía la culpa.

### 10:01

Mientras el charco del suelo iba desapareciendo, Consuelo comenzó a temer por su futuro más cercano, preguntándose si sus problemas financieros se podrían solucionar con ella en un psiquiátrico.

### 15:05

Antonio atendía paciente a los problemas de su nueva ama. Durante su larga conversación, Consuelo se dio cuenta de que, de alguna manera, la vuelta repentina de su difunto marido a su vida podía ser la única explicación plausible para la cara, y esto no la asustaba ni la hacía sentir triste. Aunque tampoco significaba que estuviera encantada cuando la cara volvió aquella tarde.

### 17:26

–¿Pedro? –preguntó esperando una respuesta–. ¿Eres tú?

Volvió a esperar.

–¿Intentas decirme algo?

Miró el frasco de Don Limpio y tuvo la impresión de que el calvo que presentaba el producto se reía de ella. Ser la víctima de las burlas de un detergente no era precisamente lo que necesitaba Consuelo para mejorar su confianza. Cogió el bote de detergente, le dio la vuelta, y comenzó a limpiar el suelo.

### 17:34

Cuando la cara había casi desaparecido, una simpática voz la llamó desde su espalda.

–¿Estamos listos para las fiestas de la Paloma?

Reconoció la voz al instante, y un impulso la hizo saltar del susto.

–¡Diego! ¿Qué haces aquí a estas horas? –preguntó nerviosa.

–Pues *na*, que tenía que recoger algo por el barrio, y me he pasado a verte y a ver qué tal os iba a ti y a Antonio.

Aunque sabía que su primo solo se había dejado ver por allí para ver qué tal estaba, la situación no podía resultarle más incómoda. No sabía si debía comentarle lo que acontecía en el suelo de su pollería, ni siquiera cómo hacerlo, ni, peor aún, cómo se lo tomaría. En un principio no se lo había dicho porque pensaba que todo era fruto de su imaginación; su teoría «conspiranoica» tampoco la convencía; sin embargo, mientras guardaba los productos de limpieza en su armario correspondiente, supo por qué no le había dicho nada todavía: sentía un fuerte remordimiento, ¿y si había limpiado la aparición de su difunto marido? Esa y solo esa era la razón de un repentino sentimiento de vergüenza. Se había dado cuenta por fin de que realmente quería, necesitaba creer que esa era la cara de su marido.

Durante su luto Diego se había comportado más que como un primo, como un verdadero amigo. Siempre estuvo para ella, y había procurado que Consuelo continuara con su vida, que pasara página. Pedro había muerto hacía ya mucho y, la verdad, pensar que podía haber vuelto a su vida en forma de cara en el suelo de su pollería no era precisamente pasar página, no era precisamente continuar con su vida.

–¿Antonio? –replicó Consuelo intentando hacer parecer todo normal–. Pues de momento todo fantástico, la verdad es que nos estamos acostumbrando el uno al otro bastante rápido.

–Me alegro mucho –contestó él. Consuelo podía sentir que su primo notaba que algo no andaba bien.

–¿Qué estás limpiando, prima? –preguntó señalando con la cabeza el charco de agua bajo los pies de Consuelo.

Por entre los cartones de huevos que había sobre el mostrador asomaba la cabeza de Diego. Consuelo estaba aterrada ante la idea de que su primo pudiera ver la cara desde su posición.

A pesar de que ella sabía que sus clientes habitualmente no metían la cabeza tan lejos, la idea de que se pudiera ver le preocupaba. Quizás otros clientes podrían verla si esta volvía a reaparecer. Sin embargo, los cartones de huevos le dieron una idea.

–¿Esto? No es nada... es que se me cayó un huevo.

–¿Un huevo? –replicó Diego de forma casi histérica.

–No es nada, de verdad.

Después de treinta años en el negocio de la pollería, había notado una ligera mejoría en su miedo a los huevos. Cada mañana, cuando colocaba los huevos en el mostrador, y cuando por la noche los devolvía a su lugar original, pensaba que debería estar mejor pagada por el trabajo tan duro que realizaba, aunque seguramente nadie entendiera qué estaba pasando. Odiaba tocar los huevos. Siempre un irremediable miedo a que se le rompieran le recorría el cuerpo, por lo que procuraba, cuando podía, no manejarlos o moverlos. Cuando llamaba para que los repusieran, insistía siempre en que se los trajeran listos para ser vendidos, y los colocaba en el mostrador para que los clientes pudieran cogerlos ellos mismos. Su obsesión llegaba a tal

grado, que tenía un método para calcular el consumo medio de huevos, incluyendo incluso una variación estacional. Con esto evitaba tener cualquier tipo de contacto con la mayor parte de los huevos que vendía. Cuando vivía Pedro era todo más fácil, ya que él se encargaba de esa parte del trabajo. Sentía una gran vergüenza al respecto, y Diego era el único que sabía su hándicap.

Una vez había leído en el *20 Minutos* que el famoso director Alfred Hitchcock también sufría una irremediable fobia a los huevos, u «ovofobia», como se conocía en el argot médico. Su miedo, en cambio, no era igual, ella no tenía miedo a los huevos en sí, sino más bien a que se rompieran cuando los tocaba. Era la llamada ley de Murphy: si un huevo tenía predeterminado romperse esperarían a que ella lo tocara.

–Estás un poco pálida, ¿seguro que estás bien?

Consuelo movió su mano de la misma manera que lo hacía Antonio cuando intentaba capturar insectos.

–De verdad, estoy bien. ¿No deberías volver a tu tienda? –preguntó mientras sonreía para disimular las obvias ganas de despachar a su primo lo más rápidamente posible.

–Tienes razón, debería irme. No te olvides de dar recuerdos al pequeño Antonio. Nos vemos, prima.

–Nos vemos, primo –replicó Consuelo mientras besaba a Diego en la mejilla y sentía una fuerte culpabilidad por haberle vuelto a mentir.

## **20:58**

Esa tarde habló con Antonio sobre cómo había actuado con Diego y sobre los sentimientos producidos por la aparición. Los nervios de Consuelo parecieron calmarse al sincerarse con alguien, aunque Antonio no pareciera estar demasiado interesado. Sus emociones estaban a flor de piel tras la misteriosa aparición. Se dio cuenta de que no sólo se arrepentía de haber hecho desaparecer la cara, incluso deseaba que esta reapareciera.

¿Era esto un mal pensamiento?

Cuando por fin se fue a la cama, se tumbó mirando al techo, pensando en qué haría si el rostro volvía a aparecer y en cómo podría saber si era Pedro. Un pensamiento se repetía en su cabeza. Aunque nunca lo había intentado, quizá este era el momento de darle una oportunidad. ¿Realmente creía en todas estas cosas?



## Martes 9 de agosto del 2011

**08:51**

Aquella mañana abrió muy nerviosa la tienda y se sorprendió ante el alivio que le producía volver a encontrarse frente a ella la cara. En efecto, el rostro había vuelto. Estaba segura, esta vez sí, de que nadie podía haber entrado en su tienda por la noche. Ahora sí quedaba claro que estaba ante algún tipo de fenómeno paranormal.

Había llegado la hora de hablar con un «especialista».

La mañana se estaba haciendo extremadamente larga, como si nunca fuera a terminar. Además, las escasas ventas hacían aún más tediosas las horas por delante. En aquella época del año la demanda de pollo y sus derivados era siempre baja. A pesar de todo, Consuelo mantuvo toda la mañana una amplia sonrisa, entretuvo a Lola y atendió a los pocos clientes que llegaron al lugar. Secretamente había estado cavilando la idea de ir a la hora de comer al parque del Retiro, conocido, entre otras cosas, por contar con un sinfín de videntes y brujas autoproclamadas que ofrecían sus servicios.

**14:13**

Cuando hubo terminado y cerrado el negocio, caminó hasta la parada de metro más cercana, La Latina, que se encontraba en la esquina del mercado.

Tomó la línea 5, en la que habitualmente infinidad de músicos intentaban entretener a los pasajeros. Los usuarios habituales de la línea estaban ya acostumbrados a una amplia gama de actuaciones de todo tipo, con lo que se habían convertido en un público exigente a la hora de dar propina.

Consuelo rezó para no encontrarse con los dos hermanos peruanos que tocaban aquella fastidiosa zampoña versionando las canciones más famosas de Simon y Garfunkel. Es más, pensaba que la censura debería actuar en estos casos.

En cambio, sentía una gran empatía por una mujer rusa que debía de contar con las mismas canas que ella, y que, con la ayuda de un amplificador que no destacaba precisamente por su buen sonido, solía cantar canciones tradicionales de su patria bajo una base musical de polca. Cuando veía a aquella mujer se imaginaba a sí misma interpretando canciones flamencas en el metro de Moscú, sin que nadie supiera realmente por qué y sobre qué cantaba.

Tristemente ese día era el turno de los dos hermanos peruanos, y Consuelo deseó desde lo más profundo una interpretación más literal de *The Sound of silence*.

En la estación de Ópera cambió a la línea 2, para bajarse más tarde en la parada de Retiro. Desde allí, un pequeño paso subterráneo iba a parar directamente al parque, justo en la entrada más cercana al lago artificial, donde se abría un paseo en el que se colocaban con sus mesas de camping todos los adivinos.

**14:44**

«Su futuro por 10 euros», se podía leer en uno de los carteles. Estaba segura de lo que estaba haciendo, pero no se decidía. Caminó paseo abajo, observando cada uno de los puestos. Todos la atraían, pero aún no estaba segura del criterio que debía seguir para elegir. En el último de los puestos una mujer fumaba mientras multitud de gorriones revoloteaban a su alrededor. La mujer, que probablemente andaría ya por los cincuenta, vestía un traje repleto de colores chillones. Consuelo observó su peinado y pensó que utilizaba el mismo tamaño de rulos que ella.

Los pájaros parecían tener una comunión especial con la adivina, que los cuidaba y alimentaba con migas de pan. A pesar de que sabía que aquello no significaba nada en cuanto a su poder adivinatorio, ni a la confianza que podía desprender aquella mujer, el hecho de que se preocupara por los animales, aunque los gorriones no fueran precisamente sus animales favoritos, animó a Consuelo a decidirse.

Primero vaciló, y después se aseguró con una rápida mirada a su alrededor de que nadie conocido andaba por allí. Había un pequeño cartel en la mesa de aquella mujer: «Pipilope». Consuelo no sabía si aquello sería su nombre o simplemente un seudónimo. Al menos era original. Pipilope volvió a lanzar unas cuantas migas, y los pájaros se abalanzaron sobre los trozos de pan. Comenzó a barajar las cartas despacio, observando a sus pequeños amigos dándose un festín. La adivinadora solo se dio cuenta de la presencia de Consuelo cuando esta se colocó frente a la mesa. No parecía muy perceptiva pero le iba a dar una oportunidad.

## 14:49

–Buenas tardes. Por favor, siéntese señora. ¿En qué puedo ayudarla?

Fue en ese preciso momento cuando Consuelo se dio cuenta de una cosa: nunca había hablado de la misteriosa aparición con nadie. Al menos con nadie que estuviera vivo y pudiera, en un momento dado, contestar o comprender sus inquietudes. No sabía cómo empezar. Quizás sería mejor dejar que la adivina llevara la iniciativa.

–Pues la verdad es que no sé muy bien...

–¿Qué le parece, señora, una lectura de cartas?

Consuelo pensó que aquello no podía ser dañino.

–¿Por qué no?

–¿Le interesa una lectura general o una más en profundidad? La general son diez euros y la otra la dejaremos en veinte por ser usted.

Aquello intrigó a Consuelo.

–En profundidad, por favor.

–¿Cuál es su signo del Zodiaco, señora?

–Libra.

Pipilope mantenía la mirada baja mientras seguía barajando los naipes.

–Bueno –comentó mientras colaba todas las cartas sobre la mesa en posición circular–, coja una.

Consuelo analizó el dorso de los naipes con detenimiento. Su mano se levantó dispuesta a agarrar una, con seguridad.

–¡Con su mano izquierda, señora! –gritó la adivina. Rápidamente y avergonzada, Consuelo cambió su mano y, esta vez más despacio, la apoyó sobre uno de los naipes del círculo. Pipilope le dio la vuelta. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Consuelo mientras pensaba que hubiera sido mejor haber acudido a algún tipo de exorcista.

La adivina se dio cuenta enseguida de la reacción de Consuelo, y con voz calmada intentó tranquilizar a su clienta.

–No se preocupe, señora. Esta carta no expresa maldad.

–¿Cómo puede no ser el demonio algo malo? –exclamó Consuelo mirando la carta que representaba al diablo absorta.

Todo empezó a encajar en la cabeza de Consuelo: su futuro estaba condenado, maldecido. El mercado, su vida, todas las piezas del puzzle combinaban a la perfección.

–No he dicho tampoco que fuera algo bueno –continuó Pipilope–. La carta del diablo es seguramente la que mayores malentendidos produce. No representa a Satán, sino a Pan, el dios griego que era mitad cabra mitad humano. Mire, si hace el favor, sus pezuñas.

El dedo de Pipilope señaló la carta.

–Pan es el hijo de Baco, el dios del vino y la fiesta. Ambos representan el placer y las pasiones más salvajes. Esta carta significa que en ocasiones es bueno bailar con Baco. ¿Entiende, señora?

Por un instante, Consuelo se imaginó a sí misma bailando *sirtáki* con los dos hermanos peruanos del metro.

–En definitiva, lo que quiere expresar la carta es honestidad, la idea de ser honesto, permitirse a uno mismo hacer aquello que en lo más profundo desea.

Lo único que deseaba Consuelo en ese momento era descubrir el significado de la cara aparecida en su pollería; ese era su deseo.

## 14:56

La siguiente carta fue la de los amantes, que representaba una pareja joven abrazándose mientras se miraban a los ojos.

–Ahora se está poniendo interesante la cosa –dijo Consuelo sin saber muy bien por qué esas palabras habían salido de su boca.

–Siento decepcionarla, señora, pero estos dos no tienen realmente un significado romántico ni mucho menos.

Consuelo miró a Pipilope con interés, escuchando delicadamente sus palabras. Esto era sin duda mejor que la telenovela que veía siempre después de comer, y que, por cierto, se estaba perdiendo en ese mismo instante. A pesar de estar pasando un buen rato, que aquella sesión de tarot ayudara a solucionar su pequeño

misterio de la pollería era algo que no estaba del todo claro.

–El amor y la pasión están habitualmente relacionados con los signos de agua y fuego, pero los amantes están en conexión con Géminis, que es un signo de aire. Podríamos decir que expresa algo relacionado con los mensajes, es decir, con encontrar aquello que realmente busca uno. Por ejemplo, alguien que se enamorara de usted, que estuviera loco por usted, sabría perfectamente qué es lo que usted busca. Aun así, esta carta no tiene por qué relacionarse con una segunda persona, sino, quizás, con usted misma, como un espejo. Habla sobre instintos, sobre encontrar lo que es realmente importante. ¿Me sigue, señora? La verdad es que combinada con la carta del diablo la cosa sí que se pone interesante. Coja otra carta, hágame el favor.

#### **15:04**

Consuelo estaba totalmente absorta escuchando el análisis que hacía Pipilope, y nerviosa, casi excitada, cogió la siguiente carta. La vidente volvió a agarrar su mano.

–¡He dicho que con la mano izquierda, señora!

Consuelo se disculpó bajando la cabeza en señal de vergüenza, y a continuación levantó el naipe. Esta vez no le sorprendió lo que vio.

–Déjeme adivinar. Esta carta no significa realmente muerte, ¿verdad? –afirmó Consuelo con una sonrisa entre los labios a la vez que señalaba la carta donde aparecía la muerte.

–Pues tiene razón, señora. Bueno, tengo que decir que en realidad sí que tiene que ver algo con la muerte, pero más como un final, con cosas que terminan o, más importante aún, ¡cosas que comienzan! No se refiere al fin de la vida de un ser humano, sino más bien a las diferentes formas que tenemos de afrontar estos finales. Esta carta expresa cambio, transformación, dar un nuevo sentido a la vida. Si la combinamos con las anteriores, diría que es positiva. Señora, tiene que confiar en sus instintos, encontrar sus deseos, sus anhelos. Creo que dentro de poco va a suceder algo que le va a cambiar la vida para siempre, un cambio que le dará un nuevo significado a su vida.

«Al fin y al cabo, no es tan malo», pensó Consuelo. La lectura de cartas la tenía muy intrigada y quería saber qué le depararía la siguiente. Esta vez con su mano izquierda, alcanzó un nuevo naipe y observó a Pipilope, esperando que esta aprobara su elección.

La sacerdotisa. El desconcierto apareció en el rostro de la adivina.

–¿Qué es eso, qué significa?

Pipilope musitó algo para sus adentros.

–Creo que quizás debería revisar mi análisis. En realidad esto sí que tiene que ver con la muerte.

Consuelo miró atónita a la vidente.

–¿Qué? –preguntó entre el miedo y el estupor.

–Tranquilícese, señora. No es que nadie vaya a morir –respondió Pipilope intentando relajar la situación–. La sacerdotisa representa a Perséfone, la diosa del inframundo en la mitología griega. Era hija de Zeus y Deméter, y fue secuestrada por su tío Hades, que la llevó al inframundo. Deméter, diosa de las cosechas, enfureció y provocó una fuerte sequía ante su desesperada situación. Para intentar tranquilizar a su mujer, Zeus quiso traer a su hija de vuelta, para lo que tuvo que pactar con su hermano. Finalmente llegaron a un acuerdo: Perséfone podría salir seis meses al año, los otros seis debería pasarlos en el inframundo. El mito representa, por tanto, las estaciones del año, el nuevo inicio primaveral cuando Perséfone sale del inframundo, pero también la muerte cuando, en invierno, Perséfone vuelve con su tío. Además, esto hace de Perséfone la única diosa que puede viajar entre los dos mundos, entre la vida y la muerte, podríamos decir.

#### **15:11**

Consuelo miró atónita a Pipilope; realmente no sabía cómo seguir, no sabía qué decir. Esta vez sí comenzaba a considerar que la cara podría ser de Pedro, todo iba tomando forma en su cabeza, empezaba a tener más y más sentido.

–Esta es una combinación de cartas un tanto extraña, señora –continuó Pipilope–. Teniendo en cuenta el resto de cartas, no cabe duda. Veo búsqueda, búsqueda de un sentido, y anhelos. Veo un fin, pero también un principio, una transformación, un cambio. En algún lugar hay muerte, pero lo más extraño es que no veo a nadie morir.

Sí, esta era la respuesta que necesitaba, esto era lo que Consuelo había estado buscando. Las cartas debían referirse a su difunto marido. Su Pedro debía de estar viajando entre la vida y la muerte, como aquella pobre joven griega.

¡La cara debía pertenecer a Pedro!

### 15:12

–Aún no hemos terminado, señora –interrumpió Pipilope–. La sacerdotisa simboliza a su vez la voluntad de conocer, es decir, el encuentro de nuevas posibilidades. Esto concuerda con todas las anteriores cartas: el diablo, los amantes y la muerte. Está a punto de descubrir algo. Quizás un nuevo inicio. Debe saber, señora, que la carta de la sacerdotisa no significa conocimiento en sí mismo, sino el deseo de saber, el deseo de ser iluminada. Para encontrar aquello que busca necesita un tiempo a solas; reflexione, escuche a su yo interior, no tome decisiones a la ligera. ¡Recuerde lo que le comenté sobre los amantes! –espetó Pipilope mientras golpeaba la cartas sobre su mesa–. La lectura ha sido muy clara: va a descubrir algo. Perséfone es misteriosa pero le ayudará en su aventura, le servirá de guía.

¿Qué se suponía que debía encontrar? ¿Cómo podría aquella joven griega ayudarla?

El discurso de la adivina la había dejado alucinada. No podía esperar para continuar con la lectura, coger una nueva carta y ver por qué su marido había decidido perseguirla desde el más allá. Sin embargo, pensó que era el momento ideal para empezar a ser más paciente.

### 15:16

Desde luego su destino estaba tomando un rumbo «cómico»: la sacerdotisa, algo de tiempo para reflexionar en soledad, y ahora el ermitaño. ¿No había tenido ya tiempo suficiente para pensar sola?

–Bueno, señora, creo que la cosa se va aclarando. En efecto, necesita tiempo a solas para reflexionar.

«¿No me digas?», pensó Consuelo para sí misma.

–Tiene usted que resolver algo que, de momento, no está nada claro.

«¿Y para qué iba a estar aquí si no?» Consuelo deseó en ese momento que Pipilope no pudiera leer también su mente.

–El ermitaño se refiere a una persona sabia que la inspirará, le aclarará las cosas. No piense en la persona más obvia, no es tan sencillo. Solo le diré que esta persona desvelará algo que hasta ahora no es más que un misterio.

–Si no soy yo, ¿entonces quién se supone que debe ser el ermitaño? –preguntó Consuelo sobresaltada.

–Una cosa no quita la otra, señora. Usted necesita tiempo para reflexionar, reflexionar a solas. A la vez, alguien la ayudara a desvelar parte del misterio.

–¿Y podría ser que esa persona estuviera muerta?

–No, no lo creo; como ya le dije no veo ningún muerto, pero sí la muerte en sí. Sé que es difícil de entender, y también de explicar, señora. En ocasiones desearía no poseer estas habilidades, se lo prometo. –Pipilope entornó los ojos mientras agitaba las manos hacia el cielo–. Sin duda esta es la combinación de cartas más extraña que me ha tocado leer en mucho tiempo.

### 15:19

La torre.

–No hay duda, usted tiene una misión. Ahora sí que está claro. –Consuelo la miró confusa–. La torre representa guerra y destrucción.

Consuelo miraba a Pipilope cada vez más confusa. ¿Querría quizás que se alistara al Ejército? ¿A sus años?

–¿Ve? Representa una gran revelación, como un sobresalto.

Pipilope señaló el naípe. Este representaba una vieja torre en llamas.

–Como ve, señora, se está derrumbando, está ardiendo, ¡iluminando! Cuando la torre caiga, usted descubrirá la verdad oculta, algo que antes era desconocido.

Consuelo observó atónita a la pitonisa, esperando que, ahora sí, le revelara el misterio. Desafortunadamente, esta aclaración no llegó.

–Mire, señora, más claro, el agua. El diablo: encontrar sus deseos. Los amantes: descubrir aquello que de verdad anhela. ¡Mírese en el espejo! La muerte: encontrará un nuevo inicio, un nuevo significado para su vida, un cambio. La sacerdotisa: la voluntad de ser iluminada. El ermitaño: alguien le facilitará esta iluminación. La torre: esta será la mayor revelación de su vida.

–Pero también está la muerte de por medio, ¿verdad? –añadió Consuelo. Pipilope miró directamente a los ojos de Consuelo.

–Sí, la muerte tiene alguna relación con todo esto. No se trata de su muerte, de eso estoy segura. La verdad es que no sabría cómo encajarla bien en la historia.

Pipilope reflexionó con la mirada perdida, entró como en trance. Al divisar a un nuevo potencial cliente que observaba tras el hombro derecho de Consuelo, salió del trance.

–Bueno señora, ha sido un placer. Son veinte euros. Si tiene alguna pregunta más, no dude en llamarme.

Extendió la mano para ofrecerle su tarjeta de visita: «Pipilope. Astrología. Numerología. Tarot. Consultas parapsicológicas. Caza de fantasmas».

Consuelo rápidamente se dio cuenta de la presencia del nuevo cliente y no quiso alargar más la visita. Pagó, agradeció a Pipilope sus servicios y buscó la salida del parque. Mientras se alejaba, vio cómo el hombre ya había colocado las cartas sobre la mesa y cómo Pipilope comentaba que aquella era una de las combinaciones de cartas más extraña que le había tocado leer últimamente.

### 15:41

A pesar de ser un día extremadamente caluroso, una débil brisa se escurría por entre las hojas de los árboles. Consuelo decidió dar un largo paseo para poner en orden su cabeza. Caminaba despacio, observando las ramas de los árboles moverse, mientras sus pensamientos seguían con Pipilope.

Se preguntaba si algo de lo que acababa de oír tenía algún sentido. ¿Desde cuándo creía ella en esas cosas? La verdad es que nunca había creído, ni siquiera se había preocupado por ellas, pero desde que aquella cara había aparecido en el suelo de la pollería ya no estaba segura de nada. Le gustaba la idea de que fuera su difunto marido quien se había querido poner en contacto con ella, y este pensamiento la arrastraba hacia una interpretación más espiritual de los acontecimientos. Al oír hablar a Pipilope sobre la muerte, sus deseos más íntimos se habían hecho evidentes. Consuelo se veía a sí misma charlando desde un taburete de su tienda con la cara, pidiéndole ayuda para resolver los sudokus del periódico. Sin duda no era esa la gran revelación a la que se refería la vidente.

Caminaba despacio, mirando primero a la izquierda de la ruta y luego a la derecha, como si estuviera siguiendo un partido de bádminton extremadamente lento. De pronto, se detuvo y se quedó mirando.

Era el diablo en persona, ahí, frente a ella, en una plataforma que se elevaba exactamente 666 metros sobre el nivel del mar. Consuelo lo observó detenidamente. Después miró a su alrededor y observó que nadie en el parque se sentía molesto por su presencia. Teniendo en cuenta que llevaba allí más de cien años, no es de extrañar, desde luego.

*Lucifer*, o *El ángel caído*, como realmente era conocida la estatua, gozaba de ciertas similitudes con la carta que acababa de ver en la baraja de Pipilope. Gritaba, clamaba al cielo, sus alas eran gigantes y tenía una serpiente enrollada en su pierna. Consuelo pensó que quizás aquel encuentro con la única estatua en la historia del arte dedicada al diablo no era del todo casual.

La secuencia que había visto en las cartas volvió a su cabeza. El diablo había sido la primera de la serie.

¿Sería eso algún tipo de señal? Quizás Pipilope tenía razón, quizás algo estaba a punto de comenzar. Algo que aún no había descubierto.

### 16:03

El calor del agosto madrileño se iba haciendo más pesado, así que Consuelo decidió tomar uno de los autobuses con un maravilloso aire acondicionado para volver a casa. Al llegar, se dio cuenta de que no tenía tiempo para preparar la comida, así que se contentó con un bocadillo de jamón. Mientras masticaba, observó celosa cómo Antonio dormía su habitual siesta.

Comenzó a preguntarse por qué no le habría comentado a Pipilope nada sobre la cara. Al fin y al cabo, la mujer parecía lo bastante loca como para no sorprenderse.

¿Debería habérselo dicho?

Impulsivamente, Consuelo dejó el bocadillo sobre el plato y agarró su bolso, un bolso que, cómo no, contenía más de la mitad de la vida de su propietaria en el interior. Comenzó a remover su contenido, y al cabo de unos segundos sus dedos fueron a recoger la tarjeta que le había dado la adivina, donde, además de todas las habilidades que poseía aquella mujer, había un número de teléfono. El número pertenecía a un hijo, por lo que Consuelo pensó que debería dejar un mensaje en el contestador en caso de que Pipilope tuviera uno. Al menos los contestadores no contestan y tampoco se ríen de ti. Ella no era de las que dejaba mensajes en el contestador, pero le pareció la mejor forma de confesarse.

Se acercó a la mesita y agarró el teléfono. Comenzó a marcar.

Al otro lado sonó el primer tono.

¿Qué iba a decir?

Segundo tono.

¿Cómo debería empezar?

Tercero.

¿Qué es lo que quería que hiciera Pipilope por ella? ¡No tenía ni idea! Le entró el pánico. Telefonar había sido una idea estúpida. Estaba a punto de colgar, cuando una voz contestó.

### 16:43

–¿Dígame? –Una voz masculina contestó al otro lado del auricular.

–¡Necesito su ayuda! –respondió ella sin saber muy bien a qué se debía esta reacción.

–¿En qué puedo ayudarla? –La voz que contestaba era pausada, tranquila, como si supiera ya la razón de la llamada.

–¿Con quién hablo? –replicó Consuelo tras un segundo de pausa–, ¿es este el número de Pipilope?

–Sí, claro. Pero mi madre no está en casa. ¿Le gustaría dejar algún recado?

–Ah, es usted el hijo de Pipilope. –Consuelo paró un instante, reflexionó. Seguro que su hijo ya sabía del trabajo de su madre–. Hablé hoy con su madre en el Retiro y me dijo que llamara a este número si tenía... alguna pregunta, alguna duda.

Consuelo comenzó a sentirse un poco incómoda hablando sobre su experiencia, pero la voz pareció comprender a la perfección lo que estaba pasando y trató de paliar el nerviosismo de Consuelo.

–Me imagino que llama porque requiere servicios adicionales de mi madre, ¿me equivoco? Bueno, si no le importa, yo también podría ayudarla, mi madre y yo llevamos juntos el negocio.

Consuelo se quedó muda. Esta vez la pausa fue más larga, extremadamente larga.

–También puede dejar un mensaje, lo que usted prefiera –añadió la voz intentando suavizar la larga pausa.

–Hay algo que me gustaría que vieran –finalizó Consuelo, mientras sentía caer un gran peso desde sus hombros.

–¡Eso está hecho! –exclamó la voz–. ¿Cuándo y dónde?

–En el Mercado de la Cebada. ¿Le viene bien sobre las ocho y media?

–Claro, allí nos vemos. Seré puntual –sentenció la voz, y Consuelo colgó el teléfono apresuradamente.

Se quedó largo rato mirando absorta el teléfono, sin poder creer lo que acababa de ocurrir. ¿Había de verdad invitado a un adivino a su pollería?

Pronto se dio cuenta de que no había mencionado su tienda, ni su nombre siquiera. Tampoco sabía el nombre de él. ¿Debería llamar otra vez? Quizás acababa de cometer una gran estupidez. Quizás era mejor dejarlo todo como estaba.

### 17:12

Con mucho brío, Consuelo agarró sus cosas y salió de casa. El sol quemaba las calles de Madrid, por lo que volvió a optar por el autobús y su adictivo aire acondicionado. Ya en la parada, se arrepintió porque, como siempre, el autobús se retrasaba y también lo hacía ella. Sin embargo, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, no podía evitar sentirse moderadamente preocupada por su retraso. Sus pensamientos seguían con Pedro, la voz, Pipilope y Lucifer.

Cuando por fin llegó a su puesto de trabajo, no había nadie esperando delante de su tienda. El resto de pollerías, en cambio, sí contaban con algunos clientes. Si aquel misterio era obra de sus competidores para distraerla de su trabajo, sin duda estaba funcionando. Abrió el cerrojo de su tienda, aquel pequeño candado de diario adolescente, y pensó que quizás debería empezar a escribir uno.

La tarde fue todo menos tranquila. Todos los clientes podían ser la misteriosa voz del teléfono. A lo mejor había decidido acudir antes a la cita, solo para otear el terreno, o para asegurarse de que no era una broma.

### 20:23

Eran las 20:23 y Consuelo no podía quitar la mirada de la entrada principal. Había aprendido a lo largo de los años a mirar a través del reluciente mostrador los reflejos de los clientes al pasar. Así no levantaría sospechas. Pero la voz seguía sin aparecer.

Ya era casi la hora de cerrar. Consuelo empezó a recoger todo. El pollo que no había vendido aquel día debía ir a la cámara frigorífica. A pesar de su retraso, aquel había sido un buen día para la venta de huevos: solo tenía un par de cartones que guardar. Con todo el cuidado que le permitía su fobia, agarró los cartones y se dirigió al frigorífico. Alguien fuera del mercado tocaba el violín, su sonido era fuerte y estridente. No podía haber un momento mejor para que apareciera su misterioso invitado.

## 20:29

–Es usted la del teléfono, ¿no? –inquirió la voz.

Aun consciente de que aquello era una gran falta de educación, Consuelo tuvo que seguir con su ritual de seguridad para el transporte de huevos antes de darse la vuelta y descubrir el rostro de quien le hablaba. Era un hombre que rondaría los treinta, y que habitualmente pasaría desapercibido, aunque eso es lo que se decía también de los psicópatas.

–¿Cómo ha sabido quién soy? –preguntó extrañada. Este chico seguro que poseía infinidad de poderes de adivinación.

–Le comenté a mi madre sobre usted. Ella supo enseguida quién era –explicó el joven mientras Consuelo lo miraba atónita–. Entonces me dijo qué aspecto tenía y así la he encontrado.

Consuelo volvía a quedarse sin palabras.

–Desafortunadamente, mi madre no puede venir hoy, tiene mucho trabajo en el parque. Ya sabe, es la época en que todos los guiris están de visita. Mi madre me ha comentado su lectura de esta mañana, así que se podría decir que estoy al corriente de todo. Parecía preocupada por teléfono, ¿tiene que ver con las cartas? Quizás yo podría serle de ayuda.

Consuelo estaba realmente sorprendida, sobrepasada, pero a la vez francamente impresionada por la presentación. De alguna manera podía sentir el entusiasmo del joven y eso la ayudó a dar un paso adelante y confiar en el muchacho. Seguro que él entendería lo que estaba pasando. Sintió por un momento que podría contarle todo: su «ovofobia», sus sentimientos sobre los hermanos peruanos de la zampoña, su loca carrera como cantante en el metro de Moscú, y cómo no, su encuentro con el diablo. Pero algo más alarmante descansaba bajo la suela de sus zapatos.

–Siento no haberme presentado antes, qué poca educación. Soy Consuelo.

–Encantado. –«¿Encantado?». Consuelo no sabía si quería ser gracioso o simplemente muy educado–. Mi nombre es Zorro.

Consuelo miró incrédula hacia el joven. No sabía de veras si le estaría tomando el pelo.

–No se apure señora, esto pasa siempre –se explicó–. Mi madre siempre cuenta lo mismo: de recién nacido, mi madre presintió que yo ya tenía la astucia de un zorro; parece ser que desarrollé mis habilidades sensitivas desde una temprana edad.

–Sí, la verdad es que es un nombre... inusual –dijo ella pensando que aquella debía de ser algún tipo de rara tradición familiar: Pipilope volvió a su mente.

–Bueno, dejémonos de rodeos. ¿Qué es lo que realmente le preocupa? –replicó él con brío. Consuelo esta vez sí supo cómo continuar.

–Hay algo que me gustaría enseñarte.

Zorro parecía tranquilo, esperaba solo que la mujer le indicara el siguiente paso. Consuelo miró alrededor. El resto de los dependientes estaban ocupados recogiendo sus respectivos establecimientos.

–Entra, por favor.

Zorro asintió y entró en la tienda; rodeó la esquina y se detuvo ante Consuelo, quien, sin apenas mover la cabeza, miró de reojo hacia sus pies.

–Esta ahí –dijo volviendo a mirar a Zorro.

Él miró la cara y volvió a mirar a Consuelo.

–¿Cuánto tiempo lleva eso ahí?

–Pues, desde el sábado –contestó ella un poco nerviosa–. Lo he intentado limpiar varias veces, pero siempre vuelve.

–Ya veo –asintió él con voz tranquila–. ¿Podría mirarlo más de cerca?

–Claro, pero déjame que eche el cierre primero.

## 20:36

Antes de cerrar, echó un vistazo alrededor para intentar cerciorarse de que nadie miraba. Cerró por

dentro. Zorro inspeccionaba la cara detenidamente.

–¿Qué es? –preguntó Consuelo desesperada–, o ¿quién es? –añadió sin encontrar ninguna respuesta.

Zorro, mientras tanto, alargaba su cuello y observaba la cara detenidamente. Sus ojos se cruzaron con los de la figura y despacio «escanearon» el resto de la tienda; después, se arrodilló al lado de la cara y la miró de cerca. Consuelo, pasiva, no supo qué hacer más que mirar el extraño ritual que Zorro llevaba a cabo.

–Esto es muy extraño –dijo él finalmente.

–¡Y que lo digas!

Zorro penetró en la mirada de la pollera; parecía haberse dado cuenta de que su comentario podría haber sido malinterpretado.

–Me refiero a que hay algo raro en esta cara. A decir verdad, he visto muchas apariciones similares a esta, pero habitualmente emanan algún tipo de energía; con esta no percibo tal cosa.

–Entonces debe de ser falsa, ¿no?

–No es eso lo que he dicho –replicó él–. La verdad es que sí se percibe cierta energía en la zona, pero definitivamente no viene de la cara, de eso estoy seguro.

Zorro acercó su mano a la cara y cerró los ojos. Así se mantuvo durante al menos dos minutos. Su posición y su cara dejaban entrever una gran concentración y las arrugas de su frente lo hicieron envejecer veinte años. Consuelo se preocupó por lo que fuera que estaba haciendo, así que volvió la cabeza mientras lo observaba a escondidas, de reojo.

Más rápido que los anuncios antiarrugas de la televisión, Zorro recuperó su juventud.

–No, no percibo nada.

Apoyándose sobre sus rodillas, que crujieron de tal manera que Consuelo recordó su «ovofobia», Zorro se levantó. Miró atentamente a su alrededor, deteniéndose en la foto de Pedro.

–¿Es este su difunto marido?

–Sí, su nombre era Pedro. ¿Es a él a quien percibes? –La desesperación de Consuelo iba en aumento.

–Lo siento, pero estoy seguro de que no es él –contestó moviendo la cabeza en tono condescendiente–. Pero percibo algún tipo de energía positiva en la habitación, de eso no cabe duda. Esto no es malo, nada malo, así es que no quiero que se preocupe.

–La verdad es que no estoy preocupada, ni asustada, solo un poco perdida.

–Lo entiendo. Tengo que confesar que yo también estoy un pelín perdido. La cara no despide energía, de eso estoy seguro... pero hay algún tipo de energía, y sin duda tiene que ver con la aparición de esta cara. Si me lo permite, me gustaría comprobar algo. –Consuelo asintió con la cabeza.

Zorro rebuscó en su bolsa y sacó un misterioso objeto del tamaño de un mando a distancia. Una pequeña luz verde se encendió después de que él presionara un interruptor.

Despacio, caminó por toda la tienda con aquel extraño aparato, presionando siempre el interruptor mientras movía la máquina por todas partes. Tras esto, se acercó a la cara y movió el aparato alrededor de la misma.

La luz seguía luciendo en verde. Zorro se dio la vuelta y giró el dispositivo para que Consuelo pudiera verlo.

La luz verde se encontraba justo en el centro del dispositivo, y justo encima del mismo había dos luces más en paralelo. Estas dos líneas de luces se habían puesto rojas.

–Esto es algo así como un detector de espíritus –dijo–. Pruébalo si quiere.

Zorro tendió la máquina hacia las manos de Consuelo y le explicó que debía presionar de forma continua el interruptor de la izquierda. Ella se volvió hacia él y le aplicó el aparato. Luego lo probó sobre ella misma y se inclinó para mirar las luces, que volvían a ser rojas.

–Detecta energías, tanto vivas como muertas. No hay nadie aquí, eso es seguro.

Consuelo no podía creer lo que veía. Ella le devolvió el aparato y él, de repente, se volvió hacia la nevera y le mostró el dispositivo.

–También funciona con los animales.

La luz verde resplandecía.

–Todo muerto y enterrado –dijo él sonriendo.

–Así es que con esa cosa puedes ver o detectar fantasmas. ¿Es eso lo que me quieres decir? –Consuelo estaba confusa.

–No fantasmas, energías; la energía que desprenden los espíritus. Puede llamarlos almas, es solo una cuestión de interpretación, un problema de conceptos y creencias. Algunas veces, cuando alguien muere, su

espíritu necesita algún tiempo para darse cuenta de lo que ha acontecido y encontrar el camino.

–¿El camino? –preguntó ella, esperando que Zorro no se refiriera a su suelo.

–Bueno, no es fácil de explicar, hay muchas interpretaciones. Si tratamos el tema desde la perspectiva de las religiones mayoritarias, existe un cielo y un infierno, dependiendo de tu comportamiento en vida. Además existen otras interpretaciones como la del nirvana o la de la reencarnación, y esto también tiene que ver con tu comportamiento. Para los ateos, sería algo así como la unión del yo individual con el yo universal. Ya ve, esto depende de lo que usted quiera creer. De lo que no cabe duda es de que una vez muerto, todo cuerpo deja un rastro de energía.

–Hasta que encuentra su camino, ¿no?

–Exacto. Existen, además, no pocas energías que no encuentran su camino, que se pierden en él. No entienden qué pasa y no logran a comprender su nuevo estado.

–¿Eso serían fantasmas?

–Espíritus perdidos. Al contrario de lo que piensan muchos, no son peligrosos, no hacen ningún daño, solo están confusos. A veces notamos que pueden mover objetos o incluso hacen ruido para llamar nuestra atención. No saben que están muertos y se pueden llegar a enfadar o a entristecer, ya que nadie les hace ningún caso. Este fenómeno es conocido como *poltergeist*.

Consuelo comenzó a temblar; asentía, pero seguía confusa.

–Pensé que habías dicho que aquí no había ningún fantasma. ¿No es eso lo que has detectado con esa máquina? –dijo ella señalando el dispositivo.

–Exacto. Esas apariciones no suelen pintar, no se manifiestan así.

–Entonces, ¿qué es?

–Bueno, también hay casos de espíritus que sí se han dado cuenta de su muerte, saben que tienen que buscar su camino, pero, aun así, quieren seguir contactando con los vivos. Puede ser para ayudarlos, advertirlos, intentar resolver su asesinato, o solo porque se les olvidó dar de comer al gato.

–Entonces alguien quiere decirme algo, ¿no?

–Puedo, si quiere, intentar otra cosa –finalizó Zorro esperando a que le diera permiso.

## 20:51

Consuelo miró su reloj. Era ya bastante tarde, y seguramente fueran los únicos que quedaban en el mercado.

–Son solo cinco minutos –insistió él.

–Vale, pero tienes que hacerlo en completo silencio.

–Precisamente eso mismo le iba a decir, que teníamos que guardar completo silencio –dijo él mientras presionaba su dedo contra los labios. Zorro sacó un moderno teléfono móvil de su bolsillo, presionó algunos botones y lo colocó cerca de la cara.

–Hola, mi nombre es Zorro. Ella es Consuelo. ¿Hay alguien ahí?

Ambos observaron el móvil absortos, en silencio, sin moverse lo más mínimo. Ella intentaba no hacer ningún ruido, ni tan siquiera con su respiración, deseando que su estómago no le jugara una mala pasada en esos momentos. Tenía mucha hambre.

–Si hay alguien ahí, díganos su nombre, por favor. –Esperó un minuto.

Los sentimientos de Consuelo eran extraños, entre la curiosidad y el pánico. La mujer miró a su alrededor, intentando detectar aquella energía de la que Zorro hablaba, pero lo único que podía sentir era un leve pinchazo en su estómago.

A esto le siguió un largo silencio.

## 21:07

–¿Tienes algún mensaje para nosotros? –preguntó Zorro.

Nada.

Tras otro minuto de espera, agarró el teléfono y presionó algunas teclas.

–Son buenas noticias, ¿no? –suspirió Consuelo.

–Aún tengo que comprobar algunas cosillas, pero creo que sí. En cualquier caso, no se suponía que fuéramos a escuchar nada, no funciona así.

Ella lo observó, quería saber más.

–El método se conoce como psicofonía. Sirve para comunicarse con los espíritus, o, a veces, al revés –

comenzó a explicar Zorro.

–Quieres decir que sirve para que ellos se comuniquen con nosotros, ¿no?

–Claro.

–Pero entonces, ¿por qué se supone que no debemos escuchar nada?

–Vamos a ver. Algunos espíritus pueden comunicarse con nuestro mundo a través de un médium. Si el espíritu tiene esa habilidad, crea un vínculo con un médium, y una vez hecho esto, puede comunicarle su mensaje o, incluso, hablar a través de él. Esto último requiere una gran concentración y es realmente cansado para el médium. Créame, yo ya lo he hecho un par de veces y necesité un par de días para recuperarme.

Consuelo recordó las arrugas que había visto hacía un rato en la frente de Zorro, y comenzó a sentir cierto apego hacia el chico.

–Otra forma de psicofonía es la habilidad de grabar su voz a través de aparatos electrónicos –continuó–. Esto ocurre porque el espíritu habla en otra frecuencia, una frecuencia que no percibimos, pero que sí podemos grabar con un dispositivo de audio. Cuando se escucha la grabación más tarde se pueden oír ruidos extraños e incluso voces. Algunas veces la grabación o la voz del espíritu es muy clara, tan clara que no necesita de trabajo posterior.

–Entonces, quizás alguien ha hablado con nosotros pero no lo podemos escuchar. ¿Es eso lo que me quieres decir?

–Bueno, eso es solo una posibilidad, pero la verdad es que, en este caso, no creo. No hay señales de espíritus perdidos en su tienda.

Consuelo miró la cara del suelo y después, a Zorro. Nadie necesitaba poderes para leer su mente, su cara lo expresaba todo.

–¿Entonces, qué narices es esto? ¿De dónde viene?

–No estoy seguro; primero tengo que trabajar en casa con la grabación para ver si hay algo. Creo que mañana por la tarde habré terminado –continuó–, pero creo que su pequeño visitante me recuerda a algo.

La paciencia comenzaba a desaparecer de la mente y del cuerpo de Consuelo.

–¿Ha oído hablar alguna vez de la Casa de las Caras? –preguntó él. Consuelo se quedó helada.

## 21:21

La Casa de las Caras era una historia muy conocida en la España de los setenta. Este acontecimiento ocurrió en una casa situada en la localidad de Bélmez de la Moraleda, en Jaén. La opinión pública reaccionó de dos maneras distintas; algunos lo consideraron un fraude, otros pensaron que aquel era el hecho paranormal más importante del país, incluso del mundo. Hasta este momento, Consuelo no había formado parte de ninguno de los dos.

Abandonaron el mercado por el *parking* subterráneo. Zorro sugirió a Consuelo que dieran un pequeño paseo de vuelta a casa, quería hablarle más sobre el fenómeno. Ella recordaba vagamente haber oído hablar sobre la Casa de las Caras hacía mucho tiempo. Había olvidado la historia pero sí recordaba haber visto imágenes de las caras en la televisión. Efectivamente, tenían un preocupante parecido con lo que había aparecido en el suelo de su pollería.

Zorro comenzó a aclarar las vicisitudes del caso: todo había comenzado en los primeros años de los setenta y aún hoy no existía una explicación fehaciente. Había, eso sí, múltiples y diferentes teorías.

–Todo comienza en la casa de una mujer llamada María. Una mañana, María encontró una cara en el suelo de su cocina –comenzó.

–Me suena –dijo Consuelo esbozando una sonrisa.

–Como en su caso, todo el mundo podía ver la cara. Cuando María la vio por primera vez, se asustó tanto que gritó; su hijo acudió de inmediato y también pudo ver con total claridad el rostro sobre el suelo. La cara parecía haber sido pintada en blanco sobre el cemento del suelo. Su hijo, a pesar del susto del primer momento, rápidamente agarró un pico y destrozó la cara.

Consuelo pensó si ella hubiera hecho lo mismo si no hubiera sido por Don Limpio.

–A pesar de todo, la rápida solución del hijo no sirvió para nada. A los pocos días comenzaron a aparecer por la casa más y más caras, primero en el suelo de la cocina y poco después incluso por las paredes. El miedo se apoderó de la familia, que decidió llamar a las autoridades locales y eclesíásticas para que tomaran parte en el asunto. Era ya imposible esconder el suceso, que era visible incluso desde el exterior de la vivienda. Ya sabe, en un pueblo pequeño todo viaja rápido. Pronto el suceso pasó las fronteras del pueblo y

llegó a los medios de comunicación, tanto nacionales como internacionales. Todo el mundo quería ver la Casa de las Caras. Infinidad de teorías fueron expuestas y difundidas, siendo la aparición mariana y la de su hijo Jesús las favoritas.

Bueno, al menos eso llevó a pensar a Consuelo que no estaba loca; otras personas en las mismas circunstancias habían llegado a sus mismas conclusiones.

–Algunas caras fueron rápidamente relacionadas con los santos de la iglesia local, aunque su parecido era más que cuestionable –continuó Zorro–. Pronto, el gran número de caras que había aparecido superó con creces el número de santos disponibles, por eso las teorías fueron cambiando: tenían que ser los ancestros de María.



Una de las caras de Bélmez (1971)

## 21:51

Caminaban por la calle Embajadores. Dejaron a un lado la antigua fábrica de tabaco, que había sido convertida hacía poco tiempo en un centro cultural, frecuentado habitualmente por una mezcla multicultural de gente que vivía en el barrio. Esa noche había alguna fiesta de temática india, el olor a curry lo delataba. Esto hizo recordar a Consuelo que estaba hambrienta. De repente, se paró en seco impactada por todo lo que le había contado Zorro. Necesitaba tiempo para digerir toda aquella información. Ella no tenía nada que añadir, pero su estómago sí que lo hizo.

–No pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a aparecer voces discordantes que hablaban de fraude –continuó Zorro–. María y todo el pueblo fueron acusados de pintar las caras ellos mismos solo para atraer turismo a aquel inhóspito lugar. Algunos trozos de aquel suelo fueron extraídos del lugar y enviados a su vez a Madrid para su investigación. Los resultados revelaron la existencia de ciertos productos químicos, aunque también precisaron que eran productos que habitualmente podían encontrarse en los productos de limpieza. La Casa de las Caras se convirtió en un tema estrella dentro de la parapsicología, por lo que muchos parapsicólogos de todas las partes del mundo acudieron al lugar intentando encontrar una explicación. Hasta ahora, nada de nada –concluyó Zorro negando con la cabeza.

Llegaron al paso de cebrá; la luz del semáforo estaba en verde, pero Consuelo no podía caminar. La historia de Zorro la había impresionado, le había puesto la piel de gallina.

–Por favor, no se preocupe. De momento no puedo asegurar que exista ningún tipo de conexión entre su caso y el de Bélmez. Como le dije antes, puedo sentir una fuerte energía en su pollería, pero no tiene que ver

con espíritus de muertos. En Bélmez la presencia de estos espíritus puede ser grabada, aunque no sabemos aún quiénes son o qué están buscando. Cuando termine de analizar la grabación que he hecho hoy, veremos si podemos saber más sobre el tema. La única razón por la que le he contado todo esto es porque recordé lo que mi madre me dijo sobre su lectura de cartas. –Consuelo lo miró sorprendida–. En principio, algo tiene que ser revelado, ¿verdad? Sabemos que la parte principal de esa revelación la tiene que descubrir sola. Lo único que yo puedo hacer es ayudar, y pensé que la similitud entre su caso y el de Bélmez podría ser un inicio; quizás esto la pueda ayudar en su búsqueda.

## 21:55

Cruzaron la calle y se pararon delante de la boca de metro de Embajadores, donde una serie de hombres sospechosos, que probablemente vendían algún tipo de sustancia ilegal, se mezclaban entre jóvenes y no tan jóvenes que hacían su camino hacia el vecino barrio de Lavapiés. Una pescadería cercana no hacía del lugar, precisamente, el sitio ideal para quedarse mucho tiempo.

–Entonces, estás convencido de que tengo que hacer un descubrimiento, vivir una revelación, ¿no es así? ¿Estás seguro de que nada de esto tiene que ver con mi difunto marido Pedro? –A pesar de que sus esperanzas iniciales sobre Pedro casi se habían esfumado, quiso intentarlo una última vez.

–De verdad que lo siento, pero estoy casi por completo seguro de que su marido no tiene nada que ver. Tanto las cartas, como todo lo que investigué en la tienda, no van por ese camino. Mírelo por el lado positivo, tiene que resolver su propia aventura y hallar la iluminación. ¡Seguro que es divertido! No tenga miedo.

Consuelo pudo notar la excitación en los ojos de Zorro, y un repentino entusiasmo invadió su cuerpo.

–Puede que tengas razón. A lo mejor esta experiencia es mejor de lo que yo pensaba.

–Adelante. Si realmente confía en sí misma, lo conseguirá.

El entusiasmo se podía apreciar en la cara de Zorro y Consuelo no pudo resistir ante tal energía.

De una forma o de otra ella había empezado ya a creer ciegamente. Pero, ¿a creer en qué? ¿Cartas del tarot? ¿Espíritus perdidos? ¿Psicofonías? ¿Su revelación?

–Bueno, pues creo que esto ha sido todo, tengo que irme ya. Mi madre me espera con la cena puesta. La llamo mañana con los resultados de la investigación.

–De acuerdo. Solo una cosa más. No estoy segura de qué es lo que debo esperar, ni siquiera sé si quiero encontrar algo o no.

–No se preocupe. Sea lo que sea, la llevará donde se supone que debe llegar.

A pesar de que Consuelo no tenía ni idea de adónde podía ser, recibió de buen grado el consejo.

–Gracias. Creo que yo también me debería ir; mi gato me estará esperando para que le dé la cena –dijo ella.

–Bueno –dijo él despidiéndose con su mano–, dé recuerdos a su gato.

–Lo haré.

–Nosotros también tenemos tres. Mi madre está obsesionada con ellos. La mayoría de los gatos son extremadamente sensibles, ¿sabe? Quizás por eso nos entendemos tan bien.

Consuelo no sabía si cuando Zorro se refería a nosotros era solo a su madre y a él, o a todas las personas dedicadas a la brujería. Daba igual, el olor a humanidad unido al hedor de la pescadería se estaban haciendo insoportables. Se despidió, e inició su camino a casa.

MI OÍDO ES BASTANTE BUENO. ES UN PROBLEMA  
DE ENTENDIMIENTO. ELLOS NO ME ENTIENDEN  
Y YO NO PUEDO ENTENDERLOS. PERO YA ME ACOSTUMBRÉ  
A ELLO. HE ENCONTRADO OTRAS FORMAS DE COMUNICACIÓN.

## 22:03

El camino que recorrió Consuelo hasta la cocina parecía más una carrera militar de obstáculos, que el recibimiento de su querida mascota. Antonio se había enredado en su pierna y ella apenas podía andar sin tener la sensación de que, o bien pisaría al pobre gatito, o bien iba a activar algún tipo de mina. Esta manera precaria de acompañarla hasta la cocina la hizo dudar de las habilidades psíquicas del gato.

Cuando por fin alcanzaron el armario donde Consuelo guardaba la comida de gato, Antonio apoyó sus patas delanteras sobre las piernas de ella, mientras estiraba la cabeza hacia los cajones de la encimera.

–Sí, ya sé que tienes hambre. Lo siento, pero es que hoy no he tenido mucho tiempo. ¿Qué quieres para cenar? Tenemos ternera o un riquísimo hígado. –Ambos se miraron fijamente.

–Miau.

–Bueno, pues vamos al tema.

Consuelo abrió la lata, colocó la masa de comida de gato en el bol, la aplastó con cuidado con un tenedor y fue prácticamente atacada por Antonio cuando se disponía a colocarlo todo en el suelo. Mientras él comía, Consuelo se dispuso a cocinar unas croquetas para su cena.

Sus pensamientos volvieron a recordar todo aquello que había ocurrido durante el día. Tenía que admitir cierta desazón al descubrir que la cara no había sido obra de su marido, pero solo al principio. Sin duda había aceptado la idea de que su vida había cambiado: ahora tenía una misión que cumplir.

Tenía que pensar en Diego. ¿Qué pensaría cuando se enterara? ¿Debía contárselo? En algún momento él iba a descubrir la cara en la pollería, no la podía ocultar eternamente.

## 22:21

Las croquetas se habían quemado un poco, pero eso no le preocupó. Una vez se enfriaron, agarró el cuchillo y raspó la parte quemada. Acto seguido, partió algunas de ellas por la mitad para evitar abrasarse. La besamel dejaba entrever algunos pequeños pedazos de jamón. Aquella noche las croquetas le supieron a gloria; definitivamente tenía hambre.

Quizás esa era la forma de actuar: raspar la parte más oscura de su misterio para encontrar después una deliciosa revelación.

Necesitaba contarle toda la historia a Diego. ¿Pero cuál sería la mejor forma de decirle a su primo que se estaba embarcando en una misteriosa aventura por el mundo de lo paranormal?

## 22:54

La reacción de Diego no fue mala al principio. Aunque dudó un poco de la salud mental de su prima, lo que más le preocupaba era si Consuelo estaba bien. Ella le hizo prometer que no se lo contaría a nadie, ni siquiera a su mujer.

Sorprendentemente, lo que más le inquietó fue el hecho de que Consuelo hubiera acudido a una adivina y a un cazafantasmas, como él los había llamado.

–¿De verdad que crees en esas chorradas? –preguntó. Ella solo encontró una posible defensa.

–¿Qué harías tú si encontraras una cara en el suelo de tu tienda?

Como su primo tampoco tenía una respuesta lógica, ella le contó todo lo que había aprendido: la Casa de las Caras, las psicofonías y su misión.

«¡Increíble!» Esta fue solo una de las miles de exclamaciones que profirió Diego durante su conversación. Finalmente le pidió a Consuelo que le dejara ver la cara con sus propios ojos. El día había sido muy largo y ya era muy tarde, así que Consuelo le convenció para que se pasara pronto la mañana siguiente. La cara seguiría allí, de eso estaba segura, ya no malgastaría más detergente intentando hacer que desapareciera.

## 23:25

Después de hablar con Diego, se sentó en el sofá y comenzó a pensar en su aventura. Antonio parecía también muy excitado por su nueva misión vital, perseguir a un insecto volante no identificado que sobrevolaba el salón. Consuelo intentó refrescar la habitación abriendo la ventana, lo que supuso la única escapatoria del pequeño insecto, al mismo tiempo que ponía a Antonio en peligro mortal. Antonio saltó con brío sobre la ventana e intentó alcanzar con su zarpa al huidizo insecto. Consuelo se sobresaltó e inició un movimiento rápido para salvar la vida de su gato, sin embargo, se dio cuenta de que quizás su veloz movimiento podría asustar al minino, por lo que intentó atraer a Antonio con su pompón rosa. Por suerte su

treta funcionó.

Consuelo volvió a cerrar la ventana.

–Ya sé que las cartas no decían nada de una muerte repentina, pero mejor no ponerlas a prueba, ¿vale?  
Antonio miró a Consuelo durante un instante y se lanzó bajo el sofá.

#### **00:04**

La media noche había pasado, y a pesar de la excitación que Consuelo sufría por su nueva aventura, el sueño iba ganando terreno. Mientras se colocaba los rulos frente al espejo, pensó que el concepto de *permanente* era sin duda una exageración. Tres meses no podían ser considerados como algo permanente. Se alegró de haber pedido cita en la peluquería para el jueves. Mirando otra vez su cabello, pensó que era ya casi una obligación más que una cita.

Escuchó a Antonio perseguir otro insecto que no había encontrado la salida. Les deseó buena suerte a ambos, y se fue a la cama.

~~~~~

Miércoles 10 de agosto del 2011

07:00

Dormía profundamente cuando sonó el despertador a las siete en punto. No recordaba haber dormido tan bien en años. Habría sido el ajetreado día de ayer, o quizás su nueva misión.

Se levantó tranquila y comenzó a preparar el desayuno, un poco para Antonio y otro poco para ella. En su cabeza intentaba recomponer sus sueños de aquella noche. Estaban relacionados con su nueva misión, pero no tenían ningún sentido.

07:36

Cuando las tostadas saltaron de la tostadora, Consuelo volvió a la realidad. Untó la mermelada y, al darse la vuelta para sentarse en la mesa de la cocina, pisó accidentalmente la cola de Antonio. El maullido que siguió al pisotón sonó en una frecuencia diferente a todas las que había oído antes y, sin duda, despertó a algún vecino, si no a todos. Ambos saltaron al unísono, alejándose el uno del otro, mientras la tostada de Consuelo caía al suelo sobre la parte untada de mermelada.

Antonio desapareció bajo la infinita oscuridad del sofá. Consuelo, por su parte, se disculpó y limpió la tostada. Tras mirar su reloj, se dio cuenta de que se había hecho un poco tarde. Corrió hacia la habitación y buscó la ropa que iba a ponerse aquel día. Una placentera brisa entró por la ventana. Este verano no estaba siendo excesivamente caluroso y por la noche hacía incluso algo de fresquito, aunque Consuelo sabía que a mediodía el calor asfixiante volvería. Un vestido veraniego sin mangas era definitivamente lo más apropiado. Agosto no era el mejor mes para sus flácidos brazos, pero eso le daba igual aquel día.

Antes de marcharse echó un ojo debajo del sofá, donde Antonio seguía escondido autocompadeciéndose.

–Lo siento de verdad, cariño –repitió.

Un vistazo a su reloj le hizo darse cuenta de que el tiempo no jugaba a su favor. Cerró la puerta de su habitación, se calzó un par de sandalias y tomó su bolso florido favorito.

09:00

Tomó el autobús y se sorprendió al llegar justo a la hora de apertura. Ni Sergio ni Lola habían hecho aún acto de presencia.

Su amigo, en cambio, seguía en el suelo.

–Buenos días –le sonrió Consuelo–. Tú y yo vamos a vivir una revelación.

Consuelo creyó ver cómo la cara le devolvía, simpática, la sonrisa. Que Sergio aún no hubiera aparecido era extraño, pero cualquier cosa parecía ya extraña.

09:04

Sergio finalmente apareció trayendo consigo un par de cajas de pollos y, sobre estas, una pequeña caja de huevos. La fiesta de la noche anterior se podía notar en sus amplias ojeras. Consuelo quiso reírse, pero, por precaución, decidió esperar a que Sergio dejara los huevos en su sitio.

–Buenos días, Sergio. ¡Vaya carita traes! ¿Qué pasó ayer?

Él frotó su cara con ambas manos y suspiró fuertemente.

–San Lorenzo –contestó. Se refería a las fiestas del vecino barrio de Lavapiés.

–Pero no le echés la culpa al pobre santo –sonrió ella.

–Supongo que tiene razón. Perdón por el retraso, no volverá a pasar.

–No pasa nada. No hay mucha gente a estas horas.

–No van bien las cosas por aquí, ¿me equivoco? Cada vez nos pide menos.

–La crisis –dijo ella resignada.

–Ya saldremos de esta –contestó mientras asentía.

Sergio colocó los pedidos en su lugar habitual y ambos se desearon un buen día.

09:11

–Qué guapa has venido hoy a trabajar. –Se oyó una voz ronca desde la distancia.

Consuelo aún no se había vestido para el trabajo, y su colorido vestido de verano resaltaba fuertemente bajo la luz de neón. No pudo contener la felicidad que le produjo el comentario, y sonrió sinceramente a Lola.

–Buenos días.

–Buenos días, guapa. Te veo muy contenta esta mañana ¿Algo nuevo que debería saber?

Lola se acercó sigilosa al mostrador, revisando de arriba abajo a Consuelo. Sus ojos miraron a la pollera de forma un tanto suspicaz mientras ladeaba su cabeza.

–¿No te habrás enamorado? –preguntó Lola. La pregunta provocó un rápido cambio en sus facciones. Sus cejas se arquearon repetidamente mientras movía la cabeza en busca de la confirmación de Consuelo.

Era imposible que el cambio emocional de Consuelo pasara desapercibido a Lola, que parecía contar con un radar especial para este tipo de asuntos.

De repente, la pollera se dio cuenta de que Lola se acercaba peligrosamente a su amigo del suelo. Si había una persona que no quería que se enterara de lo que acontecía en su pequeño establecimiento, esta era sin duda Lola. A la vez, pensaba que no debía parecer maleducada o sospechosa, ya que el sexto sentido de Lola era muy peligroso. Sin pensarlo dos veces, Consuelo se inclinó sobre el mostrador empujando aquella peligrosa nariz hacia una zona segura.

–¿Enamorada yo? ¡Deja de decir tonterías, por Dios! –Un segundo de silencio–. Enamorada de la vida –afirmó mientras volvía su mejor sonrisa de anuncio de dentífrico.

–¡Oh, qué linda! En cualquier caso, te sienta muy bien –La expresión de Lola se tornó curiosa–. ¿Has oído lo último de Luis, el pescadero?

–Pues la verdad es que no, nada de nada. A ver, cuenta –dijo Consuelo mientras caminaba a la trastienda para ponerse su traje de faena. Desde el almacén no podía escuchar casi nada de lo que Lola le comentaba, de los nuevos rumores que aquella buena mujer expandía sin prueba alguna.

–¿Te lo puedes creer? –dijo finalizando su profundo análisis de alguna vida ajena.

–Increíble –contestó Consuelo saliendo de la trastienda.

A punto estaba Lola de seguir despellejando su próxima víctima cuando el señor Rodríguez entró en escena.

–Buenos días, señora García.

Era el único cliente que insistía en llamarla por su apellido, lo cual no era nada normal, pero a ella le parecía educado y por eso correspondía.

–Buenos días, señor Rodríguez.

–Buenos días, Lola. –Mientras concluían con los saludos de rigor, Consuelo se preguntó si Lola tendría apellido.

–¡Otro que viene de domingo! ¡Hay que ver qué bien os sienta el verano! –exclamó Lola haciendo sonrojar al señor Rodríguez, que se colocó las gafas sobre la menuda nariz–. ¡Qué mono! Bueno, será mejor que os deje solitos –concluyó mientras sonreía a Consuelo y se despedía agitando la mano.

Afortunadamente el señor Rodríguez no le siguió el juego a Lola, compró sus habituales productos de miércoles, pagó con el dinero exacto y se marchó. No era un gran conversador, de eso no cabía duda.

11:38

Esa mañana Consuelo vio solo algunas caras familiares, las de los pocos clientes que habían permanecido fieles, y la del suelo, por supuesto. Se dio cuenta de que se estaba acostumbrando a su presencia y se preguntó si aquello le habría pasado también a María, la propietaria de la Casa de las Caras. ¿Se habría acostumbrado también a la presencia de periodistas y parapsicólogos?

12:34

Llamó Diego para avisar a su prima de que estaba muy ocupado en la tienda, por lo que solo podría ir a visitarla por la tarde. Ella prometió no fregar la cara del suelo.

14:49

Cuando llegó a casa se sorprendió de no recibir el caluroso y saltarín recibimiento de Antonio. Fue directa a la cocina y abrió el armario donde guardaba la comida felina.

–¿Qué te parece un poco de atún?

Se dio la vuelta, pero no encontró ninguna respuesta, ni ningún gato. Buscó en el salón, miró debajo del sofá y, apoyada en sus rodillas, habló hacia la oscuridad.

–¿Estás ahí? ¿Tan enfadado estás? De verdad que lo siento.

Volvió a la cocina, sacó la comida de la lata, la aplastó con un tenedor y colocó el bol en el suelo. Miró

alrededor. Aún no veía ningún gato. Desconcertada, caminó hacia su cuarto, cuya puerta estaba entreabierta. La empujó, y se encontró la ventana abierta y la cortina bailando con el viento.

–¡Ha saltado! –gritó.

15:00

Se abalanzó hacia la ventana y miró a la calle. Estaba desierta. No había ningún rastro de Antonio. Tan solo se veían un par de coches aparcados y, justo debajo de su ventana, algunos árboles que se mantenían milagrosamente verdes para ser agosto.

–¡Dios mío, Dios mío! –comenzó a gritar histérica–. ¡Ha saltado, ha saltado! No hay otra explicación. ¡Ha saltado!

Se preguntó cómo podría haber entrado el gato a su habitación, pero la cortina ondulando por el viento se lo explicó. Solo se necesitaba una escasa brisa para abrir la puerta del dormitorio, que nunca cerraba bien.

Agarró a toda velocidad las llaves de la casa y salió corriendo. Dio la vuelta al edificio para llegar a la calle donde debía de haber caído el gato. Desde allí podía ver la cortina de su habitación mecida por el viento. Le recordó a un gran pañuelo blanco que le vendría de perlas en este momento, ya que unas enormes ganas de llorar la estaban invadiendo.

La ventana parecía haber crecido en altura; era, sin duda, mucho más alta vista desde abajo. Imaginó a Antonio cayendo y deseó que hubiera tenido más suerte que la tostada que había desayunado aquella mañana. Se arrodilló para buscar al gato bajo los coches.

–¡Antonio! –gritó desconsolada. Consuelo procuró que, a pesar del nerviosismo, su voz sonara cálida y amigable–. ¿Antonio, cariño, estás ahí?

Nada.

Se agachó en un segundo coche, y también en un tercero, pero no lograba ver ningún gato. Su boca comenzó a emitir un extraño ruido entre silbido y asma.

Se levantó. La culpa la invadía. Volvió a mirar hacia la ventana abierta y se tapó la boca con la mano.

Si estaba herido, no debía de andar muy lejos. Si estaba muerto, tampoco podía andar muy lejos. A pesar del inquietante pensamiento, procuró convencerse de que aquello era una buena señal.

Tenía que estar bien, se habría escondido en algún lugar, ¿pero dónde?

Mientras recorría con la mirada la posible caída de Antonio desde la ventana hasta el suelo, vio la puerta de un garaje abrirse lentamente y, tras la salida de un coche, comenzar a cerrarse igual de despacio. ¿Podría ser? Consuelo corrió hacia la puerta del garaje y logró entrar antes de que se cerrara por completo.

Había olvidado lo grande que era el *parking*. Tras la muerte de Pedro, había vendido el coche. Aunque tenía carné, odiaba conducir por el centro, por lo que el coche se había convertido pronto en un artillugio inútil y costoso. Era agosto y la mayoría de los vecinos estaban de vacaciones, el reducido aforo del garaje lo dejaba claro.

–¿Antonio? ¡Antonio! –gritó de coche en coche. Estaba oscuro, pero sus ojos poco a poco se fueron habituando a aquella oscuridad. Sin saber muy bien por qué, inició un ritual de miaus, deseando con todas sus fuerzas ser contestada. Llegó al primer piso por la rampa. No podía creerlo: ¡tampoco estaba allí!

Sus maullidos eran cada vez más desesperados, como de gata en celo. De repente, escuchó cómo alguien la contestaba con un perfecto «¡miau!» desde la distancia.

15:48

–¿Miau?

–¡Miau!

–¿Pero dónde, miau, exactamente?

–¡Miauuuu! –El sonido venía definitivamente de una furgoneta gris aparcada en una de las esquinas.

–¡Antonio! –gritó Consuelo. Hincó las rodillas en el sucio suelo y miró por debajo del vehículo. Sus ojos se cruzaron con otros ojos brillantes y asustados.

–Miau –replicó Antonio mientras se acercaba a ella vacilante.

Lo agarró y le dio un fuerte abrazo. Estaba temblando y muy, muy sucio, al igual que las manos de Consuelo, que se habían teñido de negro carbón después de acariciarlo. Ella no podía parar de preguntarse dónde había estado y cómo habría llegado allí.

Salieron por la puerta lateral del *parking*. Antonio continuaba temblando a pesar de los esfuerzos de Consuelo, que lo abrazaba con fuerza. Una vez en casa, Consuelo cerró la puerta tras ella, se acercó a su

cuarto para cerrar la ventana y, solo entonces, dejó al gato en el suelo.

Antonio vacilaba, como si todo fuera nuevo para él. Consuelo se sentó en el sofá observándolo. Antonio se paró un segundo, miró fijamente a su dueña y con un grácil movimiento se subió en su regazo. Ella miró sus patitas, estaban francamente sucias, y su vestido también debía de estarlo ya, así que no le preocupó.

16:15

A pesar de la mucha resistencia que opuso el gato, Consuelo consiguió lavarlo. Antonio saltó fuera de la bañera y se sacudió, rociando el agua por todo el baño. Ella sabía que iba a tardar un rato en limpiarlo todo, así que se preocupó por su vestido; se levantó, fue al dormitorio para cambiarse y colgó el vestido mojado en el tendedero del salón.

Antonio, mientras tanto, había encontrado el atún que ella le había preparado. Cuando Consuelo, por fin limpia y seca, miró su reloj, se dio cuenta de que solo tenía tiempo para hacerse un bocadillo.

Cuando terminó su comida, Antonio se sentó en medio del salón y empezó a lavarse con su áspera lengua. Consuelo pensó que era absolutamente innecesario, pero seguramente serían cosas de gato que no llegaba a comprender. El pelo se veía ahora algo más oscuro que habitualmente, seguramente porque estaba mojado. Aunque, en verdad, parecía aún más oscuro que cuando estaba sucio.

Algo le resultaba raro. Analizó detenidamente a Antonio. Este dejó de «autolimpiarse» y devolvió la mirada a Consuelo.

¿Habría cogido el gato equivocado?

16:33

Consuelo dejó su bocadillo y se acercó a Antonio. Había algo diferente en él, algo había cambiado en la piel o en el pelo de su cara, más concretamente en su frente. Lo observó aún más detenidamente lamerse las patitas y restregárselas contra la cara.

Definitivamente, era él.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

Consuelo agarró la cabeza del animal suavemente entre sus manos.

Se miraron fijamente.

Aparte de los bigotes que sobresalían alrededor de su boca, tenía algunos pelos grises que salían de un par de manchas que tenía sobre los ojos.

Continuó analizando de cerca los atributos de su gato.

Algo era diferente. Había algo extraño en aquellos pelos de su cara.

Consuelo se levantó y se acercó a la mesita donde guardaba la cámara digital. Había tomado algunas fotos de Antonio el fin de semana y creía recordar que alguna era un primer plano.

Casi todas las fotos eran del gato: Antonio saltarín, Antonio persiguiendo el pompón, Antonio durmiendo. Por fin, una foto en la que Antonio dormía en su sofá favorito permitía una comparativa entre ambos gatos. Antonio parecía pequeño en el sofá, y Consuelo se dio cuenta de que el estampado de su sofá no era tan moderno como había creído.

Utilizando el *zoom*, no sin dificultades, llegó a la cara de Antonio.

Colocó la cámara junto al rostro del gato, que seguía a su lado, pero ya no se lavaba.

—¡Es la parte encima de tus ojos! ¡Ahora la piel está más clara en esa parte! —exclamó excitada, aunque el gato parecía no tener el más mínimo interés en su descubrimiento.

Antonio intentó arañar la cámara y Consuelo le mostró la pequeña pantalla en la parte posterior.

—Sí, ese de ahí eres tú.

El gato intentaba tocar todos los botones con su zarpa, ignorando el verdadero funcionamiento de aquel extraño aparato que poseía gatos.

—No sabes que eres tú, ¿verdad? ¿No te reconoces?

Ella se quedó mirándolo, pero cuando Antonio comenzó a lamer la pantalla, tuvo que apartar la cámara.

—¿Eres tú, no? ¿No habré cogido otro gato?

Miró dudosa y volvió a recorrer, una a una, las fotos. Comparaba las diferentes partes del pelaje.

Era él. No cabía duda.

Pero, ¿qué había pasado? ¿Se habría quedado Antonio blanco del susto?

17:03

Tras mirar el reloj, corrió hacia la puerta. Se había hecho muy tarde.

18:53

Eran casi las siete cuando, por fin, Diego apareció.

–¡Hola prima! –dijo mientras la besaba. Su cara mostraba curiosidad.

–¡Hola primo! ¿Cómo estás?

–Bueno, ¿dónde está? –preguntó impaciente mientras inspeccionaba el suelo a su alrededor.

–Ahí, en la esquina, al lado de los huevos. –Ella señaló con el dedo, indicándole el camino. Se acercaron al lugar de los hechos y, repentinamente, Diego se paró delante de ella y se giró. Consuelo pudo leer una silenciosa palabrota en sus labios.

–Lo sé, te lo dije –dijo Consuelo al ver a su primo mirando, congelado, el rostro sobre el suelo.

–Es increíble. No puede ser real. –Teniendo en cuenta el peso de su cuerpo, ponerse de rodillas no debió de ser tarea fácil. Aun así, no sin esfuerzo, lo logró. Se acercó el dedo índice a la boca, lo lamió y lo frotó sobre la cara.

–¿Se puede saber qué haces? –intentó gritar Consuelo en voz baja.

–¡Mira, se borra! –contestó Diego mostrando su dedo manchado de blanco.

–¡Ya sé que se borra! –contestó ella irritada–. Ya te he dicho que la he limpiado un par de veces. Eso no significa nada. –La voz de Consuelo se iba apagando, no así su enfado–. El problema es que vuelve.

Diego observó a Consuelo como decepcionado, a la vez que se limpiaba sobre su pantalón.

–Sí, claro, ya me lo dijiste. ¿Cuándo fue la última vez que la limpiaste?

–Pues el lunes, creo. De hecho, la limpié antes de irme a comer y cuando volví, ahí estaba otra vez, en el mismo sitio. Entonces la volví a limpiar, fue el último día que nos vimos, ¿te acuerdas? –Diego asintió con la cabeza–. El martes volvía a estar allí. Desde entonces no la he vuelto a limpiar, he desistido. Sé que tarde o temprano volverá.

Podía ver que Diego no se encontraba muy cómodo arrodillado, pero así se mantenía junto a la cara. Desde detrás del mostrador, oteó el resto de las tiendas.

–¿Has revisado el cierre?

–Pues claro. Es lo primero que revisé, pero todo está bien. No creo que nadie haya entrado en la tienda. Creo que esto es una señal. ¡Mi nueva misión! –dijo orgullosa.

19:13

Diego intentó incorporarse, pero su primera tentativa fue en vano. Extendió su mano hacia la de su prima, rogándole ayuda. Consuelo notó que su rostro expresaba preocupación; preocupación que no solo se debía a los achaques de la edad, sino también a la posible locura de su prima.

–¿De verdad crees lo que te contó la bruja esa?

–No es una bruja, Diego, es parapsicóloga, astróloga, lectora del tarot y no sé cuántas cosas más.

–Vale, lo siento. Entonces, ¿crees lo que te contó?

–Bueno, hasta ahora es la mejor explicación que me han dado. ¿Tienes tú una mejor?

Diego observó perplejo la cara de Consuelo.

–Vamos a ver, primo. Yo la primera vez que la vi tampoco estaba precisamente encantada. Pensé que era algún tipo de truco, me estaba volviendo loca. La limpié, pero volvió a su sitio, exactamente al mismo sitio. Entonces pensé que esto tenía que tener alguna explicación, una razón. Cuando me dijeron que una revelación iba a cambiar mi vida, simplemente me gustó la idea.

–Lo peor es que estoy empezando a comprenderte –sonrió él–. Pero no sé cómo no te da escalofríos vivir con esto aquí.

–Venga, hombre. ¡No seas cobarde, Diego! –Su cara esbozó una sonrisa mientras golpeaba el hombro de su primo.

Diego se agarró el brazo. Su cara mostró un cómico y mortal dolor.

–¿Sabes qué? –dijo de repente.

–¿Qué?

–¿No te parece como un rostro de otra época? Mira su corte de pelo. Creo que esto no está muy de moda, ni ahora, ni hace cincuenta años.

Ella sabía que su primo estaba bromeando, rompiendo el hielo ante la incómoda situación. Aun así, lo que había dicho la intrigó.

–Pues... –comenzó ella mientras observaba la cara con detenimiento–, creo que tienes razón.
El silencio inundó el cuarto mientras ambos miraban al suelo.
–¿Y de qué siglo será? –preguntó Consuelo.
–Ni idea. Hoy me dejé el catálogo de historia de la peluquería en casa.
Ella agarró el periódico que había dejado por la mañana en el mostrador, lo enrolló y golpeó a su primo mientras él se defendía con los brazos cual gato panza arriba.
–Por cierto, ¿te comentó algo aquel cazafantasmas sobre la grabación que hizo?
Después del incidente con Antonio, Consuelo había olvidado por completo a Zorro y la psicofonía.
–Pues me imagino que me llamará en un rato, aún no sé nada.
–¿Crees que habrá encontrado algo, prima?
–Me dijo que estaba casi seguro de que aquí no había ningún espíritu pululando, pero que prefería asegurarse.
Diego asintió con la cabeza.
–¿Crees que va a encontrar algo? –dijo Consuelo nerviosa.
–No, no –se apresuró a contestar Diego–. Solo es que todo este experimento me parece un poco sospechoso.
–Tranquilo, primo. Te mantendré al tanto de lo que diga.
–Sí, por favor. Infórmame en cuanto sepas algo. ¿Me llamas luego?
En ese momento Consuelo recordó que debía colocar algo en la ventana para evitar futuros intentos de suicidio de Antonio. Pensó que Diego podría serle de gran ayuda, pero, primero, debía comentarle lo que había pasado aquella mañana con el gato.

19:21

Como era de esperar, Diego se sorprendió mucho al oír la historia de Antonio. Parecía muy preocupado, por lo que Consuelo repitió hasta la saciedad que el gato se encontraba en perfecto estado. Fue entonces Diego el que sugirió poner una rejilla en la ventana para evitar que Antonio pudiera saltar otra vez. Además, resultó que él tenía todo el material necesario en su tienda.
Ante la preocupación de su primo por el gato, Consuelo dudó un momento si debía comentarle también lo que había acontecido en la frente del minino.
–Hay algo más, primo. –A la vez que las palabras resbalaban por su boca, Consuelo se arrepentía.
–¿Qué? ¿Qué más ha pasado, prima? –La miró temeroso.
–Algo extraño le ha pasado al pelo de Antonio.
Él seguía mudo, pero sus cejas se arquearon.
–Cuando lo encontré todo sucio en el *parking* no me di cuenta, pero al lavarlo noté que algo raro había pasado.
Diego abrió la boca, pero no dijo nada. Debía de estar en estado de *shock*. Se podría decir que le había comido la lengua el gato.
–El pelo de la frente. Es muy raro. Lo he comparado con las fotos que le hice el domingo y algunas partes de su cabello están ahora mucho más claras. Quizás tenga algo que ver con el susto que se ha llevado, no sé. Seguramente le pregunte a Zorro.
–¿Al cazafantasmas? ¡Pero qué va a saber él de gatos! ¿No pensarás que esa es otra de tus señales, no? Consuelo se quedó pensativa. Ni siquiera lo había pensado.
–¡Era una broma, Consuelo! Pero tú realmente crees en todo esto, ¿verdad?
Avergonzada, se dio la vuelta.
–Creo que deberías replantearte todo.
–Tienes razón. Es solo que... –Consuelo se detuvo, dudó.
–¿Qué?
–Es solo que Pipilope me dijo que debía buscar señales.
–¿Pipilope? –repitió él subiendo el tono.
–Sí, la mujer del parque.
–¡Madre mía! ¿Pero te estás escuchando, prima?
–Pero habías dicho que me entendías.
–Lo que entiendo es por qué te interesa esta aventura. Pero, por favor, no te vuelvas loca con todo esto. Estoy seguro de que al final encontrarás una explicación más lógica.

–Claro.

–Tú verás, prima. Entonces esta noche después de cenar me paso por tu casa y te pongo la reja para Antonio, ¿vale?

–Gracias, primo. Lo siento de veras por haberte asustado con todo esto.

–¿Asustado? ¿Yo? ¿Quién no estaría asustado con esta cosa aquí? –dijo señalando la cara.

–Es mi misión –susurró regalándole un guiño.

19:35

Consuelo reflexionó sobre lo que acababa de discutir con Diego. ¿Había exagerado con el gato o había exagerado con todo? ¿Era la cara un rostro de otro siglo?

20:22

Su bolso empezó a cantar: «Aaaay, ay, ay, aaaay, canta y no llores».

Aquella canción mariachi había sido una de las favoritas de Consuelo años atrás, pero ahora sentía vergüenza cada vez que sonaba su teléfono. Diego la había descargado de algún anuncio de la tele y desde entonces se había negado a cambiarla.

Rebuscó en su bolso prometiéndose a sí misma cambiar aquel vergonzante tono por algo más actual. Sus dedos tocaron el móvil.

–¿Diga?

–Buenas tardes, Consuelo –contestó una voz–. Soy yo, Zorro.

–¡Me alegro de oírte! Esperaba tu llamada. ¿Has encontrado algo?

–Desafortunada o afortunadamente, no, no encontré nada. El único sonido que se oye en la grabación es un estómago rugiendo, y me imagino que es el suyo. Creo que es una buena noticia. No tiene ningún espíritu perdido en la tienda.

–Sí, sí. –Mientras asentía, Consuelo se dio cuenta de que realmente deseaba que Zorro hubiera encontrado algo–. Supongo que es bueno, claro. Gracias.

–Mire, Consuelo, sé que deseaba encontrar algo en la grabación, pero mucha gente estaría aliviada al saber que no tiene espíritus a su alrededor.

–Tienes razón. Solo es que pensaba que la grabación podría ser otra pista, pero sí, es mejor así.

–Bueno, tendrá que seguir buscando indicios. Cualquier cosa que pase a su alrededor puede ser importante. ¡Tiene que estar atenta! Cualquier cosa fuera de lo normal podría estar relacionada con la cara.

–Eso es fácil de decir –replicó ella–. Hoy por hoy, todo lo que pasa me parece fuera de lo normal.

Consuelo recordó las palabras de su primo pidiendo que, por favor, no exagerara, pero tras el chasco de la grabación no pudo resistirse.

–De hecho, hay algo bastante raro que ha pasado hoy.

–Cuénteme.

–Mi gato se cayó por la ventana.

–¡Oh, Dios! ¿Está bien?

–Sí, sí. Lo encontré un rato después en el *parking* de debajo de mi casa. Estaba muy sucio y asustado, así que lo abracé y lo lavé. Fue entonces cuando me di cuenta de que su cabello había cambiado, algo era diferente. Tras compararlo con las fotos que le hice unos días atrás, lo confirmé: ¡el pelaje de su frente ha cambiado!

–Increíble. Pero, ¿está segura de que cogió el gato correcto?

–Sí –contestó un poco molesta, aunque ese también había sido su primer pensamiento.

–Bueno, esto se pone interesante. ¿Qué es lo que ha cambiado?

–No lo sé muy bien. Algo encima de sus ojos. Una parte que antes solía ser oscura y ahora tiene un tono claro. No es mucho, pero al mirar al gato a la cara, su expresión es diferente a la que tenía antes.

–Suena realmente extraño.

–Sí, muy raro. ¿Podría ser una señal?

–Podría, pero no estoy seguro. Puedo preguntarle a mi madre si usted quiere. Ya le comenté que está obsesionada con los gatos y sabe un montón sobre ellos y su relación con el mundo espiritual.

¿Con el mundo espiritual? ¿No habían quedado en que no había ningún fantasma en esta historia?

–Podría decirle, si usted quiere, que se pase a visitarla y le eche un vistazo a su gato. Quizá pueda contarle algo más.

Consuelo estaba muy intrigada, tanto, que no pudo rechazar la oferta.

Tras un breve silencio, Zorro le confirmó que su madre podía acercarse a su casa a eso de las nueve. Si pasaba algo, se pondrían en contacto antes.

Consuelo olvidó preguntar cuánto le iba a costar la visita, pero ante tanta excitación pensó que se lo podía permitir.

Cuando colgó el teléfono estaba desconcertada y ansiosa. ¿Podría haber relación entre lo que le había pasado a Antonio y la cara?

20:49

Ya en casa, Antonio recibió a Consuelo cálidamente. Una vez sentada en su sofá de flores, el gato se posó sobre su regazo. Consuelo no podía dejar de mirarle la frente. Estaba francamente nerviosa ante la inminente visita de Pipilope, así que se levantó y procuró dejar la casa lo más presentable posible, a pesar de que todo estaba pulcramente colocado. Rara vez recibía visitas.

Sonó el timbre.

–Zorro me dijo que viniera a ver a tu gatito –dijo Pipilope mientras atravesaba el umbral de la puerta.

Consuelo agradeció su visita a la vidente y la acompañó al salón. Pipilope se negó a tomar ningún refrigerio y fue directa al asunto.

–¿Cómo estás? –preguntó la vidente–. Mi hijo me comentó que estabas muy entusiasmada ante una gran revelación. ¿Tiene que ver con la lectura del otro día? También me dijo que habías sufrido una aparición en tu pollería. ¿Por qué no me comentaste nada en el parque?

–Bueno, la verdad es que no tengo ni idea. Quizás estaba un poco nerviosa, aún en *shock*. La lectura del parque cambió mi forma de enfrentarme a ello. Al principio pensé que el rostro, o la aparición, era mi difunto marido, pero me equivocaba. Zorro me ha dicho esta tarde que la psicofonía no ha detectado ningún fantasma en mi tienda. Me imagino que eso es bueno. Después me explicó que debía prestar atención a cualquier hecho inusual. Es por eso que decidí avisarte.

–Sí, algo me contó sobre la psicofonía. No hay fantasmas, bien por lo que a ti respecta –sonrió Pipilope–. ¿Qué es lo que quieres saber sobre los gatos?

–¿Es verdad que sabes mucho sobre ellos? Tu hijo dijo que tienen poderes psíquicos.

–Bueno, podríamos decir que sí. Pueden percibir algunas energías que son imperceptibles para los humanos, a no ser que tengan poderes psíquicos, por supuesto. Si hubieras llevado a tu gato a la tienda, por ejemplo, él te podría haber confirmado que no existía ninguna presencia paranormal. Pero, claro, para eso también hay que saber otra cosa: cómo «leer» a los animales.

Por un instante Consuelo imaginó a Antonio en la tienda rodeado de pollos muertos y pensó en cómo interpretaría la vidente la reacción de este.

–Muchas civilizaciones y culturas antiguas se dieron cuenta de esta especie de poder, por eso muchas consideran a los gatos animales sagrados –comenzó Pipilope–. Los celtas, por ejemplo, consideraban a los gatos guardianes del inframundo y los relacionaban con los espíritus de los muertos. Por su parte, en el Imperio Romano, los gatos eran adorados como los guardianes de las casas. En las culturas nórdicas servían de bendición para los recién nacidos, y en Egipto la diosa gata, Bastet, era símbolo de fertilidad e incluso contaba con su propio templo.

Consuelo se dio cuenta de que Zorro tenía razón sobre el conocimiento de Pipilope acerca de los gatos.

–¿Qué es lo que quieres saber sobre tu gato? Mi hijo me comentó algo así como que su pelaje había cambiado de color. ¿Dónde está el gatito?

Consuelo lo buscó con la mirada. Seguramente estaría otra vez debajo del sofá. Con ayuda del pompón rosa, Consuelo logró que Antonio hiciera acto de presencia.

–Mira su cara –explicó mientras caminaba hacia la cocina. Dejó el pompón sobre la mesa de la cocina y agarró la cámara; una vez de vuelta, le mostró la foto a Pipilope. Esta miró primero la foto y después a Antonio, que ahora intentaba decapitar a su pequeño ratón de juguete.

–Esto es realmente extraño.

Consuelo estaba desesperada. Necesitaba una explicación.

–¿Alguna idea? –preguntó.

Pipilope colocó la cámara sobre la mesa y se quedó pensativa.

–No estoy muy segura, pero esto me recuerda a una leyenda sobre un gato. Puede que sea otra pista.

21:23

–Según una leyenda musulmana –comenzó Pipilope–, una vez un gato salvó la vida al profeta Muhammad saltando sobre su espalda y evitando así que una serpiente venenosa lo mordiera. A este episodio se debe el que los gatos tengan una consideración especial en la cultura islámica, aunque no son sagrados.

«Con el profeta Muhammad, se refería a Mahoma, ¿no?», se preguntaba Consuelo mientras asentía, sin llegar a entender cómo este episodio podría relacionarse con el cambio de pelaje de su gato.

–Parece ser que el profeta quedó muy agradecido al gato, y al tocarle la frente, sus dedos le dejaron marcadas cuatro líneas. La leyenda cuenta que el gato que salvó a Muhammad era un gato atigrado, por eso todos los gatos atigrados tienen esas cuatro líneas oscuras en la frente.

Consuelo miró a la vidente completamente desconcertada.

–¿Cuatro líneas oscuras en la frente? –repitió.

–Sí señora. Si te fijas, todos los gatos atigrados tienen sobre cada uno de sus ojos un par de líneas oscuras. Estas líneas crean una especie de pico, como un triángulo sin base. –Pipilope volvió a coger la cámara, acercó la imagen de la pantalla y señaló las líneas de la frente de Antonio.

–¡Es verdad, son como dos triángulos! –exclamó Consuelo.

–Pues esos dos triángulos en la cara de los gatos están conectados.

–Ajá. –Consuelo deseaba saber hacia dónde iba ahora la vidente.

–Mira, mis gatos también lo tienen.

Pipilope sacó su monedero del bolso y enseñó a Consuelo varias fotos de carné de sus gatos. Uno de ellos era completamente negro, los otros dos eran atigrados, uno con el pelo rojizo y el otro, una mezcla de blanco y castaño. Pipilope señaló sus frentes.

Consuelo pudo ver las cuatro líneas.

Era verdad.

–¿Qué letra del alfabeto dirías que se ve?

Consuelo pensó por un momento.

–¡Una *M*! –gritó excitada.

–Sí señora. Pues esta sería otra interpretación sobre la leyenda. Esa *M* es la *M* de Muhammad.

Consuelo quedó absorta.

–¿Pasa algo? –preguntó la vidente.

–Nada, solo que pensé que no había ninguna conexión religiosa en mi aventura. Quiero decir, primero la cara en mi pollería y ¿ahora esto?

–Esto no quiere decir que haya alguna conexión religiosa. Lo único que quería era mostrarte la letra.

–Pero las letras árabes son distintas a las nuestras, ¿no?

–Bueno, ya te dije que es solo una leyenda –dijo Pipilope levantando sus manos hacia el cielo–. ¡Pero! –El dedo índice de Pipilope se levantó pidiendo la atención de Consuelo, lo que atrajo a Antonio, que, dejando a un lado su ratón de juguete, se colocó en posición de ataque y clavó su mirada en el dedo de la vidente–. En tu caso, o mejor dicho, en el caso de tu gato –continuó mientras señalaba la frente del gato, que ya se agachaba sobre sus patas delanteras dispuesto a atacar–, la *M* se ha convertido en una *V*.

21:47

Antonio se abalanzó sobre el dedo de Pipilope y lo mordió con fuerza.

–¡Ay! –exclamó ella cogida por sorpresa.

–¡Dios mío, lo siento! ¡Gato malo! –Consuelo se disculpó y regañó al gato–. ¿Te ha hecho daño?

–No pasa nada. Ha sido mi culpa. A ellos no les gusta que los señalemos. Tendría que haberlo sabido.

Consuelo lanzó una reprimenda con la mirada a Antonio, que olisqueaba el suelo en torno al televisor como si nada hubiera pasado.

–Pero tienes razón. ¡Es una *V*! ¿Hay alguna leyenda que tenga que ver con la letra *V* y los gatos?

–Lo siento, pero no. El misterio es todo tuyo de nuevo. Quizás exista algún tipo de relación entre la cara de tu pollería y las letras *M* y *V*, pero no tengo ni idea. Podrían ser iniciales, por ejemplo. No sé. Sinceramente, no siento ninguna vibración psíquica de tu gato hacia mí, más allá de su gesto de bienvenida, por lo que creo que tu gran revelación no tiene que ver directamente con él. Pero también es posible que lo que, o el que, esté intentando comunicarse contigo, haya utilizado al gato como vía para darte una pista o un mensaje. Como te dije en la lectura, necesitas tiempo para pensar. Estoy segura de que lo resolverás pronto.

–¿Y qué pasa con Bélmez?
–¿Qué pasa con Bélmez? –repitió Pipilope sin comprender.
–Bueno, tu hijo me contó la historia de Bélmez y me dijo que le recordaba a mi caso. La Casa de las Caras. ¿Se parecen bastante no crees?
–Pues... la verdad es que Zorro está obsesionado con esa historia. Ya me comentó aquello de la cara en tu tienda, estaba como loco. Quiero decir, es interesante, hay una cara en el suelo de tu tienda, pero, a decir verdad, eso ocurre más a menudo de lo que parece. Vienen y, después, desaparecen.
Consuelo estaba asombrada.
–¿Desaparecen?
–Bueno, habitualmente aparecen por alguna razón. En Bélmez, el porqué aún continúa siendo un misterio. Es por eso que mi hijo está obsesionado. Tu caso, sin embargo, parece diferente. Sabemos que tienes una misión. La cara o aquello que esté a su alrededor quiere comunicarse contigo. Solo necesitas prestar atención. –La vidente intentó calmar los ánimos.
–Entonces, no hay relación alguna con Bélmez, ni tampoco es algo relacionado con la religión –resumió Consuelo recolocando sus ideas.
–No puedo asegurar nada. Eso es lo que tienes que averiguar. Debes estar atenta a las señales. –Pipilope se levantó e inició su camino hacia la puerta de la casa.
–Está bien, estaré atenta –contestó Consuelo acompañando a la vidente a la puerta–. Gracias por la visita y perdona por el comportamiento de Antonio. Habitualmente se porta bien.
–¿Antonio?
–Sí, es el nombre del gato. ¿Por?
–No, por nada.
–¿Qué pasa? ¿Estás pensando algo? –insistió Consuelo.
–Solo que es un nombre extraño para un gato.
Pipilope tampoco era un nombre especialmente común.
–Bueno, yo no se lo puse. Mi primo lo encontró en la calle y tenía un collar con ese nombre.
–Mmm –exclamó Pipilope, casi como planteando una nueva pregunta.
–¿Pasa algo? ¿Algo malo?
–No es nada. Solo que es raro.
–¿Piensas que podría ser una señal?
–Bueno, podría ser otra pista. ¿Sabías que los gatos también están relacionados con cambios en la vida? No lleva mucho tiempo contigo, ¿verdad?
–Pues no.
Consuelo no sabía cómo había llegado Pipilope hasta aquella conclusión. Quizás había sido el mal comportamiento, o las fotos con el pompón.
–Lo tengo desde el día después de la aparición.
Pipilope volvió a levantar su dedo índice y abrió los ojos.
–Parece que esto huele a misterio. Debes investigar –concluyó la vidente tocándose la nariz.

22:03

Mientras Consuelo preparaba la cena, observaba inquieta a Antonio, que miraba a la nada en mitad del pasillo.

¿Qué significarían las letras *M* y *V*? ¿Estaría Antonio intentando decirle algo?

22:22

Diego llamó a la puerta.

–¿Tienes hambre, primo? –preguntó Consuelo por el telefonillo mientras abría. Diego no hizo ningún comentario y se puso a trabajar en su barrera antisuicidios.

–Agarra a Antonio –dijo él cuando abrió la ventana para tomar medidas. El gato permanecía en el suelo, exhausto tras haber perseguido a un insecto por todo el salón, por lo que Consuelo cerró la puerta de la habitación y dejó trabajar a su primo. Pensó que sería mejor no comentarle su encuentro de hacía un rato con la vidente. De alguna manera, no se sentía muy cómoda con todo aquello.

–Entonces, ¿te llamó el cazafantasmas? –gritó Diego desde la habitación.

–Sí, llamó hace un buen rato.

–¿Y?

–Libre de fantasmas. –Consuelo abrió con cuidado la puerta y la cerró tras de sí.

–Eso es bueno –continuó él mientras cortaba la red.

–Son buenas noticias, sin duda.

La red ya estaba colocada sobre la ventana, pero Diego no podía alcanzar la parte superior.

–Ayúdame, prima. Trae un par de sillas.

Consuelo cogió dos sillas de la cocina y las colocó cerca de la ventana. Se dio cuenta de que, al subirse Diego, el asiento de la silla se hundía un poco.

–Sujeta un segundo –dijo él mientras presionaba la red sobre la parte más alta de la ventana. Consuelo se subió a la otra silla y ayudó a sujetarla. Diego, por su parte, comenzó a clavar la red a la ventana con un martillo.

–He investigado un poco sobre el cambio en el color del pelo de Antonio –dijo él de repente. Consuelo casi se cayó de la silla.

–¿Sí? –dijo ella recuperando el equilibrio.

–Bueno, resulta que esa leyenda de que el pelo puede volverse gris de repente es un mito común. El pelo no puede cambiar su color así como así, excepto si lo tiñes, por supuesto. Sin embargo, cabe la posibilidad de que ante un gran susto, un *shock*, una persona pierda el pelo. El pelo o se rompe o se cae. Entonces, si el pelo que se cae estaba teñido y esa persona, o gato en este caso, ya tenía canas debajo, puede parecer que se le ha vuelto gris de repente.

Consuelo se mantenía con firmeza sobre su silla, pero miraba sorprendida a su primo.

–Muy interesante. ¿Cómo lo has averiguado?

–Solo sabiendo dónde hay que buscar –contestó él sonriente terminando de colocar la red. Consuelo sabía que su primo se refería a los ordenadores y que daba por hecho su total inutilidad en cuanto al tema. La verdad es que tenía razón, ni le interesaba, ni tenía la más mínima idea de qué iba todo aquello de Internet.

–Yo también he investigado un poco... algunos mitos –contestó ella.

–¿Has investigado o le preguntaste a tu cazafantasmas? –interrumpió él dejando de martillar.

–Vale, le pregunté a su madre.

–¿A la bruja?

–¡No es una bruja, ya te lo he dicho!

–Perdona, prima. La vidente.

Consuelo miró descontenta a Diego.

–Bueno, me ha contado un montón de cosas interesantes sobre los gatos. ¿Sabías que hay muchas leyendas sobre gatos en diferentes culturas? Son considerados especiales, cuando no sagrados, por muchas de ellas.

Diego miró a su prima sin convicción.

Consuelo relató la leyenda del gato que salvó la vida al profeta Mahoma, o Muhammad, como lo llamaba Pipilope, y cómo este les había dejado unas líneas en la frente a los gatos, la letra *M*. Señaló a Antonio, que ya había aparecido en la habitación.

–Si todos los gatos atigrados tienen la letra *M* en la frente, ¿qué letra tiene Antonio? ¿Lo ves?

–Esto se está poniendo un poco tonto, ¿no?

–Vamos, no quiero que me creas, pero míralo. ¡Está claro!

Diego observaba al gato, que a su vez los observaba desde el suelo.

–Venga, no me digas que no lo ves.

–¿Una *V*?

–¡Sí!

–¿Y qué? Ha perdido parte de su pelo y ahora la *M* parece una *V*. –Diego esperó la explicación.

–Creo que es otra señal –concluyó ella.

–Y yo creo que te estás volviendo loca.

Consuelo le dedicó a su primo una sonrisa irónica. Ya nada ni nadie podría convencer a Consuelo de otra cosa.



Jueves 11 de agosto del 2011

06:34

Consuelo se despertó antes que su despertador. Las dos letras *M* y *V* fue lo primero en lo que pensó aquella mañana. Recordaba vagamente haber soñado con ellas, y creía que tenía algo que ver con lo que había mencionado Pipilope la noche anterior. Las letras podían ser iniciales. ¿Pero iniciales de qué? ¿De quién?

Tumbada en la cama, observaba en silencio el techo de la habitación, pensativa. La reacción de su primo ante el relato de su nueva misión la había hecho pensar. ¿Estaría haciendo lo correcto? Entonces recordó lo que Diego había dicho por primera vez al ver la cara.

Un hombre de otra época.

¿Podría ser *M. V.* aquel hombre? ¿Sería él la cara? ¿Y estaría ella tan loca como para buscarlo?

La alarma sonó por fin. Consuelo se levantó despacio y se dirigió al salón, donde Antonio aún dormía sobre el sofá. Se paró delante del gato y observó una vez más su frente.

–¿Habrás alguien dejado un mensaje sobre tu frente? –preguntó. Antonio abrió los ojos y devolvió la mirada a su dueña.

–¿Desayunamos?

–Miau.

Colocó algo de comida sobre el bol de Antonio y se dispuso a preparar un café y unas tostadas para ella. Tras el desayuno, Antonio se limpió y agradeció las vituallas restregándose contra la pierna de Consuelo. Tras su pequeño ritual, huyó hacia el salón para jugar un poco con su pompón rosa.

Aparte del misterio sobre el cambio en su pelaje, lo realmente misterioso era que no existía nada extraño en Antonio, sino todo lo contrario, el gato se comportaba como un felino normal. No parecía poseer ninguna habilidad nueva, como la de detectar fantasmas, sufrir algún tipo de posesión o percibir el peligro de su propia muerte.

08:36

Era el primer día de las fiestas de la Paloma, por lo que supuso que los alrededores del mercado estarían cerrados al tráfico aquella mañana. Consuelo tomó la decisión de ir caminando al trabajo, en lugar de coger el autobús. Cuando ya estaba cerca, vio que estaban colocando los chiringuitos para las fiestas detrás de una barrera policial en la Carrera de San Francisco, la calle que daba al mercado.

Sergio, hoy sí, había sido puntual y se lo veía mucho más en forma. Consuelo decidió no hacer ningún comentario que pudiera llevarla a una conversación sobre su propio aspecto. Había dormido realmente mal. Una vez Sergio se había ido, hizo su aparición Lola.

–¡Buenos días, guapa! ¿Preparada para las fiestas? ¿Sacaste ya el mantón de Manila?

Consuelo respondió con una mirada de desagrado.

–¿Pero qué es lo que te pasa hoy? –comentó Lola tras ver la cara de fatiga de la pollera.

–Pues no sé, ¿a qué te refieres?

–¡Pues a que estás horrible, cariño!

–Gracias por el cumplido.

Lola soltó una fuerte carcajada con su voz ronca.

–No te preocupes. Seguro que un poquito de fiesta te sube el ánimo. Espero verte esta noche en la plaza de la Cebada. ¡Estará llena de gatos!

¿Había dicho «gatos»?

La pollera se quedó sin palabras, observando absorta a su clienta.

–¿Te has vuelto a olvidar de hacer algo en casa?

El comentario de Lola la había hecho pensar en algo. ¿Tendría alguna relación? ¿Era esta la forma en que tenía que interpretar las señales?

Tenía que deshacerse de Lola cuanto antes.

Antes de que Lola pudiera profundizar en los aparentes olvidos de Consuelo, Susana, la frutera, la llamó para recordarle que tenía algo muy importante que debían compartir. Rápidamente, Lola acudió allí donde requerían sus servicios. El deber era lo primero.

09:07

–¡Tiene que haber algún tipo de conexión! –musitó Consuelo.

Aquel comentario sobre los gatos fue lo que le dio la pista. Lola había utilizado el apodo con el que se conoce a los madrileños: gatos.

Esta expresión tenía que ver con los orígenes de la ciudad, lo había leído en algún lugar.

La ciudad fue fundada por los musulmanes del norte de África, los moros. Un emir de Córdoba es considerado el fundador de la villa, debido a que por motivos estratégicos construyó un fuerte cerca del río Manzanares allá por el siglo IX. La ubicación de aquella fortaleza coincidiría con la del actual Palacio Real. Una pequeña ciudadela servía como reserva y suministro de agua, dándole nombre al lugar: Al-Mayrit, que viene a significar algo así como ‘tierra rica en agua’.

Lentamente, la ciudad fue desarrollándose, y como estaba situada en una posición militar estratégica, construyeron una muralla alrededor de ella. Se cuenta que aquella muralla era espléndida en tamaño y resistencia, para que nadie pudiera sobrepasarla. No obstante, en el siglo XI, en plena época de la reconquista, un rey cristiano del norte de la península ibérica intentó conquistar Al-Mayrit. Y es aquí donde comienza la leyenda.

Las tropas cristianas asediaban la ciudad, pero, como era de esperar, la muralla resistía los ataques de la numerosa tropa. De repente, uno de los más jóvenes y ágiles soldados trepó por la muralla y consiguió llegar hasta arriba, mientras los soldados desde abajo gritaban absortos: «¡Parece un gato!». Tras esto, el soldado pudo abrir la puerta de la muralla a las tropas cristianas, que consiguieron vencer a los gobernadores árabes. Este ágil soldado fue considerado un héroe entre sus compañeros, y pasó a formar parte de la leyenda. Sin embargo, su nombre sigue siendo hoy desconocido. Aun así, fue su forma felina de escalar la muralla lo que les dio a todos los posteriores madrileños el apodo de gatos.

Tanto sus padres como sus abuelos eran madrileños, por eso Consuelo se consideraba una auténtica gata.

Consuelo, tal como había hecho Antonio en el salón, se había quedado mirando impasible a la nada. Cuando se dio cuenta de que llevaba un buen rato embobada, se preguntó si tendría algo más en común con Antonio.

Agarró un bolígrafo y una antigua factura, y comenzó a pasar a papel sus pensamientos:

Antonio: $M \rightarrow V$

La M en los gatos atigrados \rightarrow leyenda musulmana.

Gatos \rightarrow Madrid \rightarrow orígenes musulmanes.

Gatos: Antonio y Consuelo.

Observó el papel. Estaba convencida de que faltaba algo. La pregunta era qué.

Añadió otra línea:

$M. V.$ \rightarrow personaje de otro siglo.

Volvió a mirar el papel, y a continuación se dirigió a la cara.

–¿Eres un gato? –Buscó una contestación en la expresión de aquel rostro: ninguna respuesta.

–¿Un hombre de otro siglo?

¿Era aquello lo que se suponía que debería estar buscando? ¿Podría ser esa la señal que buscaba; una señal que, sin ser religiosa, sí estaba relacionada con el pasado religioso de la ciudad? ¿Quizás un tiempo donde aún los musulmanes gobernaban? ¿Podría ser la cara de alguno de los habitantes de la ciudad? ¿Alguien con las iniciales M.V.? Demasiadas preguntas.

10:39

Consuelo pasó el resto de la mañana pensando en cuál debía ser el siguiente paso a seguir para resolver el misterio que acontecía en su suelo. Su negocio pasó a un segundo plano.

Si existía algún tipo de conexión entre la cara y un antiguo habitante o héroe madrileño, ¿cómo podría encontrar a esa persona? No existían fotografías para comparar y dudaba que Diego lo encontrara en su catálogo de estilos. Tampoco pensaba que pudiera encontrar un registro de nacimientos y defunciones de la época. Aun así, eso le dio una pista, le hizo recordar algo.

Había visto un pequeño museo en La Latina dedicado a la historia de Madrid. Por lo que había oído, el museo contaba con multitud de artefactos arqueológicos descubiertos durante las obras de soterramiento de la M-30. El museo estaba solo a unos minutos del mercado. No era un museo muy visitado, pero, de vez en

cuando, algún grupo de turistas o incluso una excursión escolar lo mantenían con algo de vida. Sabía que si existía alguna relación entre Madrid y su acompañante en el suelo, ese era el lugar adecuado para empezar a buscar.

Consuelo recordó que esa misma mañana tenía una cita en la peluquería, una cita que no podía cancelar si quería que su permanente siguiera en su sitio. Debía cerrar antes su negocio y así, quizás, tendría algo de tiempo para una rápida visita. Mejor aún, iría en ese mismo momento.

Echó el cierre y colocó el cartel de «Vuelvo en diez minutos». Con eso bastaba, todos sabían que *diez minutos* era un periodo indeterminado de tiempo.

11:11

Paró justo a la entrada del museo, señalada por el cartel «Museo de los Orígenes». Consuelo se sintió orgullosa de sus instintos. Otro de los carteles que se podían ver era el de «Casa de San Isidro», otro de los patrones de la ciudad. San Isidro, como buen santo, contaba con un buen número de milagros que iban desde curaciones a resurrecciones; incluso la leyenda contaba que disponía de una cuadrilla de ángeles que trabajaban en el campo mientras él expandía la palabra del Señor en la iglesia. Cuanto más avanzaba en su investigación, más veía a Madrid como una ciudad llena de milagros y leyendas.

Consuelo se dio cuenta de que el barrio en el que trabajaba era realmente extraordinario. Se giró y miró el Mercado de la Cebada. Lo cierto era que no hacía justicia a su ubicación histórica. Hoy en día, el edificio, con su forma futurista de los años cincuenta, dominaba la plaza de la Cebada, pero viejos carteles en los edificios de alrededor recordaban su historia. Las placas representaban la antigua plaza, que había servido de mercado al aire libre durante muchos siglos. El actual edificio del mercado se había mantenido igual desde su construcción.

Desde que ella y Pedro abrieran la pollería, hace ya treinta y cuatro años, casi nada había cambiado, salvo que el mercado parecía cada vez más decrepito. Quizás la llegada del moderno mercado podría traer nueva vida al barrio. ¿Sería una buena idea? Por un instante pensó que podría llegar a echar de menos a sus clientes habituales, incluso a Lola.

11:17

Dentro del museo, en el pasillo de entrada, la guardia de seguridad charlaba amistosamente con la recepcionista.

–Buenos días –saludó Consuelo con su mejor sonrisa, mientras sacaba el monedero de su bolso.

–Es gratis, señora –intervino la recepcionista antes de que Consuelo pudiera siquiera preguntar por el precio. La recepcionista ya se había levantado de su asiento y mostraba a la pollera la entrada al museo mientras explicaba que este se dividía en dos partes, una en la planta baja y otra en la primera planta.

Consuelo le agradeció su amabilidad con un tímido «gracias», a la vez que entraba a la primera sección del museo, que parecía estar enteramente dedicada al santo de los ángeles campesinos. Se fue parando en todas las repisas del museo buscando las iniciales con ahínco. Toda la planta mostraba la historia del santo, así como la de su mujer, que, por supuesto, también había sido santificada. Su vida y múltiples objetos que se suponían suyos llenaban las vitrinas y escaparates.

Consuelo continuó con su búsqueda mientras su esperanza de encontrar algo sobre los orígenes musulmanes de Madrid se desvanecía. Sin embargo, aún quedaba otra planta, a la que se llegaba por las escaleras que ya estaba ascendiendo. Desde los pasillos del museo se podía contemplar un patio decorado con una bonita fuente que recordaba, sin duda, el fluir del tiempo.

Cuando por fin llegó a la primera planta, se encontró con una sala iluminada solo por la luz de las vitrinas, en las que se podían apreciar jarrones, platos y herramientas de piedra. Su primer paso le hizo sentir como si entrara en un mundo diferente. Un letrero en la esquina explicaba al curioso que se encontraba ante restos prehistóricos. Consuelo se aproximaba a cada vitrina, mirando fijamente cada una de las piezas, esperando que estas le contaran su historia. Había algo mágico en el lugar, algo que no podían siquiera registrar las psicofonías de Zorro.

11:29

Su viaje continuó por la Edad de Bronce, donde descubrió más platos y vasijas. Se preguntó si en aquella época tendrían, como ella, dos vajillas diferentes, una para uso diario y otra para las visitas. Estas, sin duda, debían de ser las de los invitados, por sus cuidados detalles y decoraciones.

Mientras imaginaba cómo debía de ser la vida de un ama de casa en la Edad de Bronce, escuchó un suave hilo de música que venía de la siguiente sala. Al acercarse, se topó con los habitantes romanos de Madrid. El ama de casa de la Edad de Bronce había dado un salto cuantitativo en el tiempo y se sentaba en una nueva cocina, decorada con un precioso mosaico en el suelo. Consuelo dudó que aquellas amas de casa pudieran sorprenderse tanto como ella, si tuvieran la oportunidad de ver su cocina del siglo veintiuno.

De pronto, su atención se volvió hacia un ataúd de piedra situado en una de las esquinas de la sala.

«La muerte», pensó. Comenzó a leer el cartel que acompañaba aquel humilde ataúd, deseando encontrar una nueva pista. El ataúd provenía de un cementerio encontrado al norte de la ciudad. Miró dubitativa. No encontraba nada útil para continuar con su aventura.

Continuó con la exposición del periodo romano, leyendo cada uno de los carteles explicativos, aunque dudaba que fueran a servirle de alguna ayuda. ¿Por qué había ido a aquel lugar? ¿Qué es lo que estaba buscando realmente?

La siguiente sala estaba iluminada con multitud de colores. El museo parecía haber saltado un par de milenios para dedicarse a la conocida Movida madrileña, un movimiento de los años ochenta considerado por muchos revolucionario, que cambió la vida, sobre todo la nocturna, de la ciudad.

En la siguiente sala una de las paredes resplandecía sobre el resto, aunque esta vez no encontró ningún parecido con un club nocturno de los ochenta. En un primer momento no reconoció lo que representaba la foto que colgaba de aquella pared. Se acercó despacio. El cielo de la foto mostraba un azul precioso y en una de las esquinas de aquel maravilloso cielo, una aclaración: «La medina Mayrit».

Medina era la palabra árabe para «pueblo», y todavía se usaba en algunas ciudades de la península ibérica para referirse a su pasado árabe. Por fin, Consuelo sentía que su paseo la llevaba a algún lugar.

Se acercó más a la pared iluminada y se fijó en unas letras blancas que se veían entre los píxeles grises en la mitad inferior de la fotografía ampliada.

Tan solo tres líneas rellenaban aquel espacio: «Muralla islámica de Madrid. Excavaciones en el parque de Muhammad I. 1985».

Una leve sonrisa se plantó en su rostro.

Muhammad → *M*

¡Lo tengo!

Retrocedió un par de pasos, y las letras de aquel letrero parecieron transformarse en ladrillos, un paso atrás más permitió a Consuelo contemplar la muralla islámica brillando con todo su antiguo esplendor.

La imagen de aquel soldado escalando la muralla como un gato y la fundación de Madrid tomaban sentido en su cabeza.

Pero, ¿quién era aquel Muhammad I?

11:46

Los pensamientos de Consuelo se vieron interrumpidos por una conversación que se oía en la distancia. Provenía del pasillo. Pensaba que ella era la única visitante, ya que no había visto a nadie en ninguna de las salas, nadie excepto a los dos trabajadores que custodiaban la entrada del museo. De repente sintió una necesidad irremediable de saber de qué hablaban aquellas dos voces femeninas con tanto entusiasmo. La influencia de Lola se dejaba sentir.

Al continuar hacia la siguiente sala, descubrió que, efectivamente, ella era la única visitante del museo, ya que las voces provenían de un par de miembros de la seguridad del museo. Esperó un segundo, y cuando la conversación bajó en intensidad, Consuelo aprovechó la oportunidad para intentar preguntar por Muhammad I.

–Pues, señora, solo somos personal de seguridad –contestó una de ellas–, ¿pero qué quería saber?

–Es que acabo de ver la foto de las excavaciones de la muralla islámica en el parque de Muhammad I.

Ambas miraron a Consuelo expectantes.

–Sí, y ¿qué pasa con el parque, señora?

–Bueno, puede que esto suene un poco estúpido, pero me gustaría saber por qué el parque se llama así.

¿Quién es Muhammad I?

–Pues si no me equivoco, es considerado el fundador de Madrid.

Consuelo no pudo esconder su sorpresa. Por supuesto, sabía que Madrid había sido fundada por los árabes, pero no podía perdonarse no conocer el nombre de su fundador. Su aventura habría sido mucho más fácil si lo hubiera sabido antes.

–Venga –comentó una de las mujeres mientras la acompañaba de vuelta a la sala anterior.

La otra mujer las siguió, y las tres se pararon frente a un panel informativo con una foto alargada. El panel y la foto no estaban tan bien iluminados como las fotos de la excavación, por lo que Consuelo no se había percatado de su presencia.

–Al menos eso es lo que dice aquí –continuó la mujer que las había conducido hasta el lugar señalando el panel.

«Madrid fue fundada por Muhammad I a inicios del siglo IX como un punto estratégico de la frontera norte del emirato de Córdoba. Tras su incorporación al reino de Castilla bajo el reinado de Alfonso VI, en el siglo XI, creció en tamaño, población y actividad económica. Ya bajo el reinado de Felipe II, en 1561, las Cortes del reino hispánico fueron traídas a la ciudad de forma permanente, convirtiéndose así Madrid en la capital del reino.»

–Su incorporación al reino –repitió Consuelo en voz alta. Las dos mujeres esperaron a que ella continuara.

–El gato escalando la muralla –soltó Consuelo excitada.

–Bueno, creo que eso no es más que una leyenda –comentó una de las guardias de seguridad.

Consuelo se concentró. Tenía el presentimiento de que estaba cerca de descubrir algo de vital importancia en su aventura. Sus ojos recorrieron la sala. En ese momento, las mujeres que la acompañaban la miraron extrañadas, confundidas por sus movimientos. A punto estaba Consuelo de contar su historia, cuando vio algo en otro de los paneles explicativos.

–¿Una leyenda? –preguntó la pollera mientras señalaba en uno de los carteles la palabra «Leyenda».

Ambas mujeres siguieron al dedo que señalaba la palabra bajo uno de los mapas de Madrid. Los símbolos representados por el mapa se explicaban en la leyenda.

–¿Qué es esto? –preguntó ella mientras señalaba unas líneas rojas y negras tras las que se leía «muralla islámica» y «muralla cristiana».

–Bueno, digamos que eso es también una leyenda –dijo una de las mujeres en tono condescendiente.

–Eso ya lo sé. Pero, ¿por qué hay dos murallas? –preguntó Consuelo–. No recuerdo haber oído nada sobre una segunda muralla.

El silencio inundó la estancia. Consuelo sabía que había descubierto algo importante, pero aún no sabía qué.

11:58

De repente, los pasos de alguien andando sobre tacones rompieron el silencio. Un nuevo personaje hacía acto de presencia.

–Pues creo que esa es una pregunta que podría hacer a nuestra experta en el tema, que, por cierto, acaba de llegar –comenzó una de las mujeres de seguridad–. ¡Doctora Ortega, por favor!– llamó a la recién llegada.

La mujer que acaba de entrar paró y se dio la vuelta.

–¿Sí? –contestó.

–Esta señora quería saber más sobre la historia de la ciudad. ¿Podría ayudarla? –preguntó una de las encargadas de la seguridad–. La doctora Ortega es la encargada del museo, ¿sabe?– añadió mientras sonreía a Consuelo.

–Hola, buenos días –comenzó Consuelo con voz tímida, dándose cuenta de que la doctora Ortega vestía un blanco uniforme de trabajo similar al que ella llevaba. La rapidez con la que había tomado la decisión de salir hacia el museo, le había hecho olvidar quitarse la ropa de faena.

La doctora observó el uniforme de Consuelo con extrañeza.

–¿La bata? –preguntó la pollera–. Es que trabajo en el mercado, y pensé que podría dar un paseo por el barrio y visitar el museo.

–Bueno, me agrada que vengan también los vecinos. ¿En que puedo ayudarla?

–Pues mire, pensé que sería interesante conocer mejor la historia del barrio –comenzó Consuelo–. Empecé a curiosear en la zona del Madrid islámico y descubrí algo que no sabía, o, al menos, nunca me había preguntado.

Consuelo paró y la doctora sonrió.

–¡Me alegra que el museo inspire preguntas a los visitantes!

–¡Sí, la verdad es que me encanta! –exclamó Consuelo, aunque sabía que estaba exagerando en su

afirmación—. Básicamente quería saber más sobre las dos murallas que rodeaban la ciudad, la cristiana y la musulmana.

—Bueno, pues ya sabe que primero se creó la musulmana y después, tras la expansión de la ciudad en época cristiana, hubo que crear otra que defendiera la nueva ciudad —explicó entusiasmada la doctora—. Cuando Madrid, o, mejor dicho, Mayrit, pasó a manos cristianas, los antiguos habitantes de la ciudad no fueron obligados a convertirse, pero debieron abandonar los edificios que eran considerados de importancia militar o estratégica. Hasta que la Inquisición tomó un papel principal en la vida del reino, en el siglo XV, Madrid era una ciudad cosmopolita y contaba con barrios caracterizados por la diversidad religiosa de sus vecinos, con cristianos, musulmanes y judíos viviendo casa con casa.

—Como Lavapiés —interrumpió Consuelo. La doctora volvió a sonreír.

—No exactamente. Lavapiés es hoy, probablemente, el barrio más cosmopolita de Madrid, y allí vive gente de diferentes culturas y religiones. A lo que yo me refiero es a que había barrios habitados mayoritariamente por cristianos, pero había otros barrios habitados por musulmanes, y otros, por judíos. Lavapiés, por ejemplo, era el barrio judío y de ahí viene su nombre, de la tradición de lavarse los pies antes del rezo. Irónicamente, hoy en día hay muchos inmigrantes musulmanes en Lavapiés que han vuelto a introducir esa tradición religiosa. Era La Latina, el barrio más histórico y viejo, el que era el barrio musulmán.

La doctora Ortega levantó su dedo índice, y Consuelo se acordó de Pipilope.

—Vamos a ver —dijo la doctora acercándose al mapa donde las tres mujeres escuchaban con atención.

12:05

—Ha dicho que trabaja en el mercado, me imagino que en el de la Cebada, ¿no? —preguntó la doctora.

—Sí —contestó Consuelo en un tono interrogante.

—Quizás esto que le voy a contar le interese, incluso le resultará misterioso.

Las guardias de seguridad se miraron dedicándose una mueca.

—En época medieval, el sur de la villa, básicamente lo que hoy comprende el barrio de La Latina, era la parte musulmana de la ciudad. —La doctora acompañaba su relato moviendo circularmente el dedo índice sobre la parte inferior del mapa.

El dedo se detuvo sobre una línea blanca que marcaba una de las calles del barrio. La doctora caminó calle abajo con su dedo hasta llegar a la muralla de la ciudad y a lo que parecía una de las puertas de entrada a la villa. A pesar de que el mapa terminaba en esa entrada, su dedo continuó el paseo por los invisibles alrededores de la muralla y paró en una mancha blanca como a cinco centímetros al sur de la puerta.

—Hace unos años se encontraron varios esqueletos humanos durante las obras de la calle Toledo —continuó—. Tras las primeras investigaciones, y teniendo en cuenta la posición en la que se encontraron los cuerpos, se llegó a la conclusión de que era un lugar de enterramiento. —Su dedo dibujó un círculo en la zona—. Lamentablemente, al encontrarse sobre una zona habitada, las excavaciones no pudieron continuar. Aun así, todo indica que la zona debió de ser un cementerio. Se sabe que era común instalar los cementerios justo a las afueras de las puertas de la ciudad y, además, se han encontrado algunos otros cementerios en otras puertas de la ciudad. Teniendo en cuenta que este era el barrio que habitaban los que profesaban la religión islámica, podemos suponer que estamos ante el cementerio musulmán del Madrid medieval. Posteriores investigaciones reafirmaron la teoría. Creí que le interesaría saber que usted trabaja hoy día justo sobre ese cementerio. —La doctora golpeó tres veces el lugar donde mercado y cementerio se situaban.

Un escalofrío recorrió a Consuelo.

Pipilope había dicho que la muerte tenía algo que ver en su aventura. Si esto no era una señal clara de la presencia de la muerte, ¿qué podría serlo? Ahora sí que estaba convencida de ir por el buen camino.

De todas formas, la idea de llevar más de treinta años trabajando sobre un cementerio no era ni mucho menos placentera. Consuelo no pudo ocultar su ansiedad, y las mujeres de seguridad tampoco parecían estar muy tranquilas.

—Perdone, no quería asustarla. Cuando comienzo a hablar de arqueología, no puedo parar. Hay aún un montón de misterios por resolver en la ciudad —concluyó la doctora con una amplia sonrisa.

—Eso parece —dijo Consuelo intentando digerir todo lo que acaba de aprender—. Pero, ¿cómo es posible? Llevo más de treinta años trabajando en el mercado y jamás había oído nada sobre las obras, y mucho menos sobre el cementerio —dijo Consuelo.

Las vigilantes asintieron con la cabeza al unísono.

–Lo sé. A mi también me parece un misterio por qué estos descubrimientos históricos no reciben más atención en los medios. Respecto al encubrimiento del pasado islámico de la ciudad, probablemente se podría culpar a Felipe II. Cuando el rey católico decidió hacer de Madrid la capital, insistió en asociar la ciudad a sus orígenes cristianos, por lo que gran parte de la historia fue reescrita; sin embargo, gracias a los objetos encontrados en los últimos años hemos podido revivir el origen islámico, los objetos no mienten. Intentamos escuchar lo que estos descubrimientos nos quieren decir.

Consuelo se preguntó si las psicofonías serían aceptadas como método de investigación arqueológica, pero prefirió no plantear la cuestión. Aún no se podía creer lo que acaba de oír. No era solo la relación con la muerte que le había leído Pipilope, sino también que había descubierto que bajo su pollería existían restos de antiguos habitantes de la ciudad.

¿Qué estaría intentando decirle la cara? ¿Podría ser que el rostro perteneciera a alguno de los enterrados?

¿Podría ser Muhammad I?

–¿Y qué le pasó a Muhammad I? –preguntó Consuelo.

–¿A qué se refiere?

–Pues a qué le pasó, cómo murió.

–Pues hasta donde yo sé, murió por causas naturales. Era el emir de Córdoba y fue un mandatario importante dentro de Al-Andalus, el imperio creado en la península ibérica –contestó la doctora preguntándose hacia donde llevaría la conversación–. Realmente creo que Muhammad I no pasó mucho tiempo en Mayrit tras su fundación como fortaleza militar. Creo que murió en Córdoba, la capital del imperio. Si es eso a lo que se refiere, no creo que Muhammad I esté enterrado bajo su mercado.

La doctora Ortega sonrió y Consuelo sintió algo de vergüenza. De algún modo esperaba haber encontrado la *M* que estaba buscando.

¿Qué eran entonces las letras *M* y *V*?

12:21

Consuelo estaba perdida en sus pensamientos, ausente, tan ausente que no alcanzaba a escuchar lo que la doctora Ortega comentaba sobre otro tema arqueológico.

Tras finalizar su monólogo, la doctora ofreció a Consuelo fotocopiarle un artículo que versaba sobre el tema que habían estado tratando. La vergüenza de Consuelo, al no haber escuchado nada de lo que había dicho, iba en aumento, por lo que aceptó con una sonrisa. La doctora respondió con otra sonrisa.

Consuelo agradeció su colaboración a las guardias de seguridad y siguió a la doctora Ortega hacia la oficina que se encontraba dentro del mismo museo.

12:37

La oficina estaba llena de estanterías, y las estanterías llenas de libros. Algunos de ellos tenían *post-it* de colores que sobresalían. La doctora supo rápido dónde buscar y agarró uno de los libros de la estantería. Gracias a sus anotaciones, encontró el artículo que buscaba y, sin revelar su contenido, lo colocó sobre la enorme fotocopidora de la esquina y presionó el botón de inicio.

–Necesita calentarse –sonrió la doctora.

Tendiendo en cuenta que la fotocopidora estaba al lado de la estantería, Consuelo se preguntó si eso sería algo que la arqueóloga hacía a menudo: bombardear a los visitantes interesados con información y artículos científicos.

Hubo un largo silencio en la oficina antes de que la máquina comenzara a soltar luces desde su interior. Consuelo se dio cuenta de que la doctora iba a iniciar una charla cuyo contenido posiblemente tendría como tema central el monólogo que no había escuchado. Por eso, lo mejor era que ella tomara las riendas de la conversación.

–¿Puedo preguntarle algo?

–Por supuesto, adelante.

–¿Significan las letras *m* y *v* algo para usted, por casualidad?

La arqueóloga miró a Consuelo desconcertada.

–¿A qué se refiere?

–Nada, lo siento. Solo era una idea que pasaba por mi cabeza.

–No, quería decir que no entiendo el contexto. Esas letras sin más pueden significar cualquier cosa.

La doctora continuó mirando a Consuelo sorprendida, dando a la pollera la impresión de que había

formulado una pregunta imposible de responder para una arqueóloga.

La mirada interrogante continuaba. La doctora dio la vuelta a la página y siguió imprimiendo.

–¿Por qué lo pregunta?

–No es nada, solo una tontería.

–De verdad, no se preocupe. Si puedo ayudarla en algo me encantaría hacerlo. –La fotocopidora continuó con su trabajo.

–Bueno, es que estoy en un club de lectura. –Consuelo comenzó a describir una historia inventada sin saber muy bien cómo iba a terminarla–. Es un club un poco raro, porque no solo leemos libros sino que, además, cada semana intentamos resolver algún misterio. Nos ofrecen algunas pistas para resolverlo, pero también se nos permite investigar por nuestra cuenta.

Consuelo no se reconocía. Había comenzado una enorme mentira y ahora no podía parar.

–Cada mes tenemos un tema distinto y este trata sobre la historia de Madrid –continuó a la vez que pensaba que si algún día existiera un club así ella se uniría sin dudarlo. Aunque primero debía resolver su aventura.

–Vaya, pues suena muy interesante. ¿Dónde está ese club?

–En Embajadores. –Las mentiras no paraban–. Pero creo que ya está lleno.

–¡Qué pena! –exclamó la doctora.

–Si abren más plazas, se lo haré saber.

–No se preocupe, yo también tengo montones de misterios que resolver aquí –contestó burlona mientras ofrecía a Consuelo las fotocopias calientes.

–Entonces, ¿el misterio de este mes son las letras *m* y *v*?

Consuelo estaba nuevamente perdida, no sabía cómo continuar.

–No, son solo un par de pistas.

–¿Un par?

–Sí, otra es «Muhammad», que es precisamente lo que me trajo al museo.

La idea de inventar un club de lectura falso estaba dando sus frutos.

–Sí, claro, el nombre *Muhammad* es muy importante en la historia de la ciudad.

–¿Le dice algo el nombre *Antonio*? –Esto era una locura.

–¿*Antonio*? Le han dado pistas muy extrañas, sin duda.

Consuelo se dio cuenta de que la curiosidad de la doctora iba en aumento.

–Pues no sé qué decirle. El nombre *Antonio* es muy común, estoy segura de que ha habido muchos Antonios a lo largo de la historia de la ciudad, pero realmente no puedo pensar en ninguno cuya importancia sea capital –concluyó la doctora mientras levantaba sus brazos mostrando resignación.

–Y con lo de la *m* y la *v*... tampoco sabría qué decirle, lo siento.

Estaba claro que el interés de la doctora por el misterio crecía a cada momento, y Consuelo rezó para que no preguntara.

–Espero que este artículo me sirva de ayuda –continuó la pollera.

–Esperemos. ¡Buena suerte!

Consuelo sabía que debía salir de allí lo más rápido posible, la mentira la podía llevar a un callejón sin salida.

–Muchas gracias por todo.

–De nada, ha sido un placer –contestó la doctora Ortega.

Las dos mujeres de bata blanca se inclinaron la una hacia la otra, como dos luchadoras de artes marciales.

Consuelo salió en dirección al mercado, dándose cuenta de que había perdido más de dos horas. Se preguntaba si podría ofrecer una excusa igual de válida que la anterior si alguien preguntaba dónde había estado todo ese tiempo.

12:53

De camino al trabajo ojeó los papeles que le había dado la doctora Ortega. Era un artículo científico cuyo título era *Reproducción estratigráfica de una necrópolis musulmana en la calle Toledo, 68 (Madrid). El proceso de islamización a través de los ritos funerarios.*

¡El cementerio!

Pasó a la siguiente página. En ella se podían apreciar una serie de dibujos rectangulares con diferentes diagramas, todos compartiendo una misma dirección. Seguramente el original contara con diferentes

colores, pero en la fotocopia solo se podían apreciar diferentes tonalidades de gris.

Los diferentes diagramas, separados unos dos centímetros entre sí, estaban rellenos de pequeñas manchas y líneas blancas. Además, estaban marcados todos con la letra *A* y una serie de tres dígitos. A pesar de que Consuelo los examinó con parsimonia, no logró averiguar de qué se trataba.

La tercera página contaba con más dibujos, tablas y diagramas, que incluían a su vez varios gráficos como los que se veían en las páginas de economía de los periódicos.

Cuando pasó a la cuarta fotocopia, llegó al mercado. De un solo vistazo, mientras abría la puerta del mercado, observó la página, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Unos dibujos alargados de los diagramas de la segunda página ocupaban todo el folio. Pronto Consuelo se dio cuenta de lo que sus ojos no habían podido ver en un primer instante.

¡Esqueletos!

Al lado de cada diagrama se podían ver las fotos correspondientes. El esqueleto A112 parecía tener una tumba bastante más espaciosa que el A101, posiblemente debido a que sus caderas llenaban más espacio. El A132 y el A134 parecían mucho peor tratados por el tiempo y buena parte de sus huesos habían desaparecido, sobretodo el A134, que solo era la mitad que el resto de sus compañeros.

13:04

Cuando llegó a su tienda, el mercado parecía contar con más movimiento del habitual, aunque ni en sus mejores tiempos podía considerarse un lugar ajetreado.

Dobló las fotocopias y se las colocó bajo el brazo para buscar la llave en el bolsillo de su bata. Estaba ciertamente nerviosa y prácticamente corrió hacia su compañero del suelo. Allí seguía.

–¿Eres alguien de ahí abajo? –le susurró mientras señalaba sus fotocopias. Su mirada se quedó clavada en el rostro esperando una respuesta que, por supuesto, no llegó.

De repente recordó algo sobre la lectura del tarot, algo que, realmente, no tenía mucho sentido.

«No es una persona muerta, pero la muerte está relacionada», había dicho Pipilope.

¿Qué narices significaba eso? Un cementerio era un símbolo claro de la muerte. Es más, su mayor característica es que estaba lleno de gente muerta.

Lo más lógico era buscar a alguien que estuviera enterrado bajo el suelo de su tienda.

¿No era eso lo que había estado buscando durante todo este tiempo?

–¿Quién eres? –preguntó a la cara. Al ver que esta no respondía ni reaccionaba de ninguna manera, decidió dar por terminado el interrogatorio. Volvió a ojear las fotocopias en busca de nuevas pistas.

La última de las páginas representaba el mismo mapa del Madrid antiguo que había visto en la entrada del museo. En la parte inferior del mismo se aclaraba que el mapa era del año 1635. Los edificios estaban pintados con gran precisión, y las plazas y calles estaban escritas con una letra muy estilosa. En la esquina superior derecha se encontraba el Palacio Real, más parecido en el dibujo a un castillo medieval que al blanco palacio que hoy día presidía la plaza. Un poco más abajo, a la izquierda, la Plaza Mayor, la reina de las plazas madrileñas. Consuelo caminó con su dedo por el mapa hasta llegar a la plaza de la Cebada, que era por entonces un mercado al aire libre. Lo que no se podía ver era la muralla, por ningún lado.

En los alrededores de la plaza de la Cebada se podían ver una serie de manchas grises que parecían haber sido añadidas sobre el mapa original, ya que los edificios se veían aún a través de ellas. Estas pequeñas manchas también estaban escritas, esta vez a máquina.

Una mancha grande ocupaba la plaza de la Cebada y continuaba por la calle Toledo, allí donde la doctora había señalado. Esta área se llamaba la «Necrópolis Musulmana».

¡El cementerio!

Esto no podía ser solo una coincidencia; era, sin duda, una señal. El problema era, ¿de qué?

Consuelo estaba segura de que estaba siguiendo bien las pistas, pero no podía saber hacia dónde la llevaban.

No sé si creo en la vida después de la muerte.
Renacimiento, quizás. Podría jurar que ya he muerto
antes, pero eso es difícil de probar.

Jueves, 14:05*

RECEPCIONISTA: Buenas tardes, señora. ¿En que puedo ayudarla?

CONSUELO: Buenas tardes. Tenía cita para hacerme la permanente.

RECEPCIONISTA: Vamos a ver. ¿Me dice su nombre?

CONSUELO: Consuelo García Gómez.

RECEPCIONISTA: García Gómez... Sí, aquí está. Tiene cita con Rita. Espere allí hasta que la llamen, por favor.

RITA: ¿Consuelo García Gómez?

CONSUELO: Sí, soy yo.

RITA: Hola, señora, ¿cómo está?

CONSUELO: Pues bien, gracias.

RITA: Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

CONSUELO: Pues, empecemos con una permanente.

CONSUELO: ¿Podría preguntarle algo?

RITA: Claro, adelante.

CONSUELO: ¿Ha oído alguna vez que a alguien se le pusiera el pelo canoso, así, de repente?

RITA: Eso es un mito. El pelo no se puede volver blanco así, de repente.

CONSUELO: ¿Y si se cae?

RITA: Bueno, pues entonces se queda uno calvo. ¿Por qué pregunta eso?

16:12

Consuelo volvió a casa directamente desde el salón de belleza. La nueva permanente la hacía sentirse mejor, pero su cabeza estaba en el cementerio. Caminaba de un lado a otro del salón intentando pensar. Había algo que no había visto. O quizás era solo que no sabía interpretarlo. A lo mejor era el momento de llamar a su parapsicólogo particular.

–¡Consuelo!, ¿qué tal? –Zorro reconoció de inmediato su voz.

Consuelo le contó todos los nuevos descubrimientos de aquel día, y cómo el comentario sobre los gatos de Lola le había hecho indagar sobre la historia de Madrid. Cuando por fin le comentó que había descubierto un cementerio, hubo un larguísimo silencio.

–¿Un qué? –preguntó Zorro entre la sorpresa y el paro cardíaco.

–¡Sí, un cementerio! Un cementerio musulmán, en realidad. ¡Justo debajo del mercado!

–¡Vaya! No sé qué decir. ¿Seguro que es un cementerio islámico? –Sonaba muy desconcertado.

–Bueno, eso es lo que me dijo la arqueóloga del museo.

–¡Fascinante!

Zorro parecía mucho más sorprendido que cuando le había contado lo de la cara en el suelo, e incluso más que con cambio de pelaje de Antonio. Consuelo supuso que había algo en su descubrimiento que lo desconcertaba aún más que a ella.

–¿Pasa algo? ¿Hay algo malo? –preguntó, queriendo saber si podría haber algo positivo en encontrar una cara en el suelo sobre un cementerio.

–Nada malo, Consuelo, solo es la sorpresa –contesto él, sereno—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre el pueblo en la sierra de Andalucía? ¿Bélmez? Y, perdona, pero puedo tutearte, ¿verdad?

–Oh, sí, claro, por supuesto. Esto... respecto a las caras... tu madre me confesó que estabas un poquito obsesionado con el tema.

–Bueno, mi madre, como siempre, exagera. Es verdad que me interesa mucho, y por eso lo he estudiado tanto. Es un tema al que me gustaría encontrar solución. ¿Qué parapsicólogo no querría? Es, sin lugar a dudas, el mayor misterio del siglo. –Intentó defenderse Zorro.

A Consuelo le pareció divertida su reacción, sin embargo, todavía quería saber por qué había respondido de forma tan peculiar.

–¿Qué pasa entonces con Bélmez? –preguntó.

–Pues creo que, además de la aparición de la cara, hay alguna que otra similitud entre ambos casos.

–¿Qué quieres decir?

–Ya te dije que el caso de Bélmez aún no ha sido resuelto, pero no faltan teorías al respecto.

–Cuenta. –La excitación de Consuelo iba en aumento–. ¿Fantasmas?

–Sí, espíritus perdidos. Una de las teorías tiene que ver con lo que se encontró debajo de la casa de María.

–¿Qué *encon...*? –Hizo una pausa–. Déjame que adivine. ¿Un cementerio?

–¡Un cementerio islámico! –exclamó Zorro.

–Estás de broma, ¿no?

–No, para nada –continuó Zorro orgulloso–. Durante las excavaciones encontraron esqueletos debajo y en los alrededores de la casa. Bélmez fue parte de imperio de Al-Andalus, no es tan extraño. El nombre del pueblo proviene, de hecho, de época musulmana, y cerca del pueblo existe hoy día una fortaleza de aquellos años bastante bien conservada. No sé bien a quién se le ocurrió la idea, pero tras las apariciones comenzaron a analizar el entorno de la casa y, posteriormente, bajo la misma. Lo que encontraron fue apasionante.

–¿Apasionante? –preguntó ella mientras a su mente volvían los esqueletos A101, A112, A132 y A134. *Apasionante* no era ni de lejos la expresión que ella usaría.

–Había esqueletos por todas partes. Lo más increíble es que muchos de ellos no tenían cabeza. Tras esta primera búsqueda continuaron las excavaciones en una zona más amplia, y encontraron aún más esqueletos y cabezas separadas. Esto sorprendió a todos, porque la decapitación no era algo normal para las penas de muerte o los enterramientos de la época.

Consuelo escuchaba boquiabierta, sin poder creer lo que oía.

–Algunos parapsicólogos acudieron al lugar y lo que grabaron fue increíble. Las voces solo respondían a preguntas en español, y no al árabe.

Consuelo comenzó a considerar la idea de contratar un intérprete la próxima vez que quisiera hablar con su cara.

–Sin embargo, las respuestas que daban estos espíritus no eran más que nombres propios o palabras como *miedo, dolor, bebé o infierno*. Durante estas cuatro décadas ninguna respuesta grabada ha dado una explicación a las apariciones.

–Eso es un poco frustrante –dijo ella.

–Sí que lo es. Pero tu caso no tiene por qué ser igual, quizás la solución sea más sencilla. Aun así, creo que existe una clara relación entre ambos casos. Son demasiadas coincidencias, ¿no crees?

–¿Piensas que esto podría ser una señal?

–Pues sí, sí que lo creo.

–¿Pero una señal de qué?

–Ni idea. Eso lo tendrás que descubrir tú misma, es tu misión.

¿Cuántas veces iba a recordárselo?

–Bueno, ¿qué otras teorías existen?

–¿Cómo?

–Dijiste que existía más de una teoría sobre Bélmez. ¿Cuáles son?

–¡Ah! Hace poco tiempo surgió otra teoría que contó con bastante aceptación. Esta conecta las apariciones con algunos familiares de María que murieron durante la guerra civil española. Como ya he dicho, el misterio esta aún sin resolver, pero hay algo que está claro: existe algún tipo de conexión entre María y las apariciones.

–¿Una conexión? Pensaba que ella no sabía tampoco de donde venían aquellas caras.

–Eso es cierto, pero escucha. Cuando las caras aparecieron en la casa, María ya no era joven y a lo largo de los siguientes años tuvo que visitar el hospital de la comarca cada cierto tiempo. Los familiares se dieron cuenta de que cuando María acudía al hospital, las apariciones comenzaban lentamente a desaparecer y solamente volvían cuando volvía ella. Esto hizo que muchos pensaran que María poseía algún poder como médium. Desafortunadamente, las caras nunca hablaron con María, pero poco a poco todos se fueron convenciendo de que existía alguna relación entre ella y lo que allí acontecía. Cuando llegó a los ochenta y tantos, su salud se deterioró mucho. La gente se comenzó a preguntar qué pasaría con las caras cuando María desapareciera. A pesar de que ella nunca tuvo una explicación clara, pensaba que formaban parte de ella, de su vida. Cuando la gente le preguntaba qué pasaría cuando ella no estuviera, ella respondía segura: «O bien desaparecen, o bien me las llevo al otro mundo».

–¿A qué se refería con eso? –Consuelo estaba cada vez más confusa.

–Pues creo que en ese momento nadie lo entendía, seguramente María tampoco. Pero cuando María murió, todo se volvió más claro.

–¿María ha muerto?
–Sí, murió hace ya siete años, en el 2004.
–¿Y qué pasó con las caras?
–Primero, como era de esperar, las caras comenzaron a desaparecer. No de un día para otro, sino lentamente.
–¿Ya no queda ninguna?
Consuelo quería una explicación rápida.
–No, pero cuando murió María, aparecieron nuevas caras, aunque no en su casa.
–¿Entonces dónde?
–En una casa a un par de calles. ¡La casa donde María había nacido!
Un escalofrío recorrió el cuerpo de Consuelo.
–¡Se las llevó con ella, tal y como había dicho! –sentenció Consuelo.
–Eso es lo que parece, ¿verdad? Pero eso no es todo. Una de las nuevas caras tiene un parecido increíble con María si la comparamos con sus fotos.
De repente una idea apareció en la cabeza de Consuelo.
¡Tenía que existir alguna conexión!
–¿Piensas que eso es lo que tengo que buscar? ¿Alguien que haya muerto recientemente?
–No sé, quizás –resopló Zorro.
–Pero, ¿cómo se supone que debo buscar? No sé realmente dónde mirar. Si necesito una foto para comparar, ¿por dónde empiezo? ¡Podría ser cualquiera!
–Tienes razón –contestó Zorro pensativo–. Quizás no deberías preguntarte quién es, sino de dónde viene.
–No entiendo. Está claro que viene de Madrid, es un gato, ¿no?
–Puede que tengas razón. Lo que quería decir es que quizás deberías buscar el lugar donde vivió, o donde murió. Eso te puede llevar a averiguar de quién se trata.
–¿Pero cómo narices puedo hacer eso? ¡Eso es aún más difícil que descubrir quién es! –exclamó Consuelo casi chillando de histeria.
–¡Tranquila Consuelo, por favor! Hay otro experimento que se usó en Bélmez y que podemos intentar en tu tienda.
–¿Otra psicofonía?
–No, es mucho más sencillo. Te lo enseño en la tienda.

16:33

Consuelo colgó y observó cómo Antonio disfrutaba de los últimos restos del almuerzo lamiéndose los bigotes. A pesar de que no parecía tener muchas ganas de jugar, Consuelo comenzó a buscar el pompón rosa para distraerse un poco. Después de diez minutos de juego, el interés de Antonio por el pompón desapareció y lo mismo hizo él.

A pesar del rato de distracción, Consuelo no podía parar de pensar en el cementerio, en Bélmez y en aquello que podría revelar el experimento de Zorro. Necesitaba hablar con alguien de todo lo que pasaba por su cabeza. A pesar de que Antonio era un gran escuchador, necesitaba una voz y un consejo humanos.

Sabía que la reacción de Diego ante lo que ella le iba a contar sería cuestionar toda la historia, aun así, llamó. Diego reaccionó como era de esperar, intentando convencer a Consuelo de que entrara en razón y desistiera de seguir con los experimentos; pero convencer a Consuelo era ya algo imposible.

Consuelo colgó el teléfono y miró a Antonio, que estaba estirado en el suelo. El gato parecía haber corrido una maratón, el calor o el ejercicio del pompón parecían haber hecho mella en él. Ella recordó que no había comido nada, pero no sentía ningún hambre. En cambio, sabía que aún mucha información nueva debía ser digerida. Su mente iba demasiado rápido.

Todo parecía estar conectado de alguna manera.

Eso ya estaba claro. La pregunta era: ¿cómo?

19:51

Una vez de vuelta en la tienda, no tuvo mucho que hacer. Se limitó a terminar sus sudokus y a esperar a Zorro.

Poco antes de las ocho los sudokus de aquel día y los de ediciones anteriores estaban completos. Zorro hizo por fin acto de presencia en el mercado.

–Qué alegría verte, Zorro –dijo Consuelo cuando por fin lo vio llegar.

Era increíble cómo su vida había cambiado en los últimos días. ¡Recibiendo parapsicólogos en su pequeña tienda! Agarró las fotocopias de su bolso y le enseñó a Zorro la página donde se podía ver la situación de la antigua necrópolis musulmana.

Consuelo se chupó el dedo para pasar algunas páginas más, hasta la fotocopia de los esqueletos.

–Bueno, al menos todos conservan aún sus cabezas –bromeó Zorro–. ¿Empezamos con el experimento? –Miró a su alrededor–. Es un experimento muy sencillo y no creo que nos lleve mucho tiempo. No creo que nadie se dé cuenta de lo que estamos haciendo, tranquila.

Consuelo no opuso resistencia ante los planes de Zorro. Este sacó de su bolsillo un pequeño objeto redondo y lo colocó sobre su mano, presionó un botón, y lo que parecía un simple reloj de bolsillo se convirtió en una brújula. Consuelo se preguntó si Zorro habría sido alguna vez *boy scout*, pero no le pareció el momento más apropiado para preguntarlo.

La pollera observó la aguja de la brújula.

–Noto una fuerte energía –comenzó él–. Mucha energía, pero buena. Para ser honesto, no tengo ni la más remota idea de su procedencia. No la relacionaría directamente con la cara, pero lo que sí está claro es que está aquí cerca, alrededor nuestro.

Zorro se paró y acercó la brújula a Consuelo. Ella no supo en un primer momento si aquello era parte del experimento o solo quería mostrarle la brújula, cuya aguja señalaba hacia el norte.

–Pasa una cosa muy interesante con las agujas de las brújulas en la casa natal de María –comentó mientras se alejaba de Consuelo–. Cuando caminas con una brújula alrededor de la casa, la aguja marca, como es normal, el norte. Lo increíble ocurre cuando colocas la brújula sobre una de las caras.

Zorro caminaba seguido muy de cerca por Consuelo. Ambos observaban detenidamente el leve vacilar de la aguja.

–La aguja se vuelve loca y no señala el norte, sino en dirección a la casa donde las caras aparecieron por primera vez.

Zorro se inclinó y colocó la brújula sobre la cara, en el suelo. Rápidamente, la aguja giró y marcó hacia el este.

–¡Bingo! –gritó él, y automáticamente un sentimiento de decepción invadió a Consuelo. Era una palabra que no le gustaba oír en boca de otra persona.

–¿Qué significa eso? –preguntó.

Ambos permanecieron junto a la cara, mirando concentrados la brújula. Zorro levantó la mirada y la dirigió al este.

–No estoy seguro, pero creo que es la dirección de donde proviene toda esta energía. Sea lo que sea lo que ha producido la cara, viene del este –concluyó él.

–¿Pero no tendría que venir de allí abajo? –dijo ella señalando sobre la cara–. El cementerio, ¿recuerdas?

–Lo sé. Desde que me comentaste lo que habías descubierto, he estado pensando mucho. Si recuerdas tu lectura del tarot, la muerte no es la solución, pero sí una revelación que te ayudará a resolver el misterio.

–¿Pero qué pasa con Bélmez? ¿No piensas que las coincidencias son muchas?

Zorro observó de nuevo la brújula sobre su mano mientras parecía cavilar algo.

–Obviamente. Pero, aunque yo soy el primero que quiere que exista esa conexión con Bélmez, sería demasiado sencillo, ¿no crees?

–¿Sencillo? –contestó ofendida.

Encontrar el cementerio no había sido precisamente sencillo.

–Creo que esto es una señal –dijo él mientras ella lo miraba, perdida.

–Por supuesto, un cementerio es una señal clara de la muerte. ¡Por eso sé que voy por el buen camino! –La voz de Consuelo mostraba su excitación, su enfado.

Ella intentaba comprender hacia dónde llevaba todo esto. Era verdad que las cartas no hablaban de ningún muerto, pero sí decían que la muerte estaba relacionada con la aventura. ¿Qué quería decir Zorro?

–Estoy seguro, vas por el buen camino. Pero recuerda, la muerte no es la muerte en sí misma. La cara y el cementerio islámico nos transportan a Bélmez, eso está claro. ¿Pero no es, quizás, demasiado similar? ¿Y si tuvieras que establecer a una relación con Bélmez para llegar, precisamente, hasta donde estás ahora? –preguntó él–. ¡Para dirigirte hacia una nueva dirección! –añadió.

Poco a poco, se iba aclarando a dónde quería llegar Zorro con aquel experimento.

–La muerte trata de finales –continuo él–. Algo perdido y la búsqueda de nuevos inicios. Trata sobre

transformaciones, como ha hecho la aguja de mi brújula. ¡Esto te va a llevar a buscar en otras direcciones!

Los ojos de Consuelo siguieron la dirección de la aguja hacia el este mientras se acariciaba la barbilla.

–¿Pero qué hay por allí? –dijo ella mostrando frustración.

–No lo sé. Recuerda que eso es algo que tienes que descubrir por ti misma, es tu misión.

Consuelo no podía esconder su frustración. Pensaba que su aventura estaba cerca de resolverse, y verse de nuevo como al principio la desilusionó.

–No te preocupes –dijo él tratando de subir el ánimo mediante un leve guiño–. Todo será revelado al final, estaba en las cartas.

Quizás estaba en lo cierto, pero tenía que preguntarle algo a Zorro, y debía hacerlo de la forma más políticamente correcta.

–¿No estarás intentando alejarme de Bélmez porque piensas que tienes que ser tú el que resuelva el misterio? –Quizás podría haber sido menos directa.

Si estaba avergonzado, la verdad es que lo disimuló muy bien.

–Mira, ya sé que las coincidencias son muchas. Pero, por otra parte, ¿cómo podría ser eso parte de tu iluminación personal?

Consuelo se dio cuenta de a qué se refería. Resolver el misterio de Bélmez podría ser una gran revelación para él, pero ciertamente no para ella. No debía robar la experiencia personal de nadie, sino encontrar la suya propia.

–Sí, puede que tengas razón. Entonces, se supone que a partir de aquí debo seguir buscando más señales, ¿no? –concluyó Consuelo señalando al este.

Zorro volvió a guardar la brújula y su mirada se perdió hacia el este.

–Has llegado muy lejos, no creo que te falte mucho para resolver el misterio. Sea lo que sea, estoy seguro de que lo encontrarás.

Zorro salió de la tienda y se colocó al otro lado del mostrador como un cliente habitual.

–¿Me pone cuatro muslos de pollo? –sonrió.

Consuelo preparó las piezas y las colocó en una bolsa.

–¿Qué se debe?

–A esta invita la casa.

20:17

A pesar de que Consuelo estaba muy agradecida a Zorro por su ayuda, la idea de la traición y la envidia no salían de su cabeza. Esa tarde, a pesar de que las ventas fueron pocas, Consuelo se quedó hasta el cierre del mercado. Las ventas ese día no le preocupaban, su preocupación estaba al este.

Volvió caminando a casa para intentar aclarar un poco sus ideas. Cuando abrió la puerta, Antonio le ofreció una cálida bienvenida, como si hubiera estado ausente durante décadas.

–¿No tendrás otro mensaje para mí, verdad?

Le hubiera encantado poder interpretar los maullidos de Antonio como una respuesta afirmativa, pero tenía que admitir que, más bien, aquel gesto indicaba que la había echado de menos, y que, probablemente, le estaba muy agradecido por su habilidad para abrir latas.

Consuelo se sentó en el sofá e, inmediatamente, Antonio se acomodó sobre ella y comenzó a maullar aún más fuerte que antes. Consuelo le acarició la frente y se preguntó si a Antonio le divertiría todo lo que a ella tanto le preocupaba.

21:34

Ya estaba empezando a oscurecer fuera cuando los mariachis volvieron a invitarla a cantar y a no llorar. Antonio salió malhumorado de su letargo y ella aprovechó su libertad para coger el teléfono.

Era Diego. Quería saber cómo había ido el experimento. Consuelo le contó que la brújula se había vuelto loca y había marcado hacia el este, y cómo Zorro había interpretado esto como una nueva dirección para su aventura. Como era de esperar, Diego se mostró escéptico, aunque a Consuelo le sorprendió su reacción cuando le comentó el consejo que le había dado Zorro.

–Ya sabes que no me creo a esos cazafantasmas. Aun así, tengo que decir que estoy de acuerdo con él en una cosa.

–¿Sí? ¿En qué cosa?

–Creo que tu caso no tiene nada que ver con el de Bélmez.

–¿Y qué te ha hecho llegar a esa conclusión?

–Pues precisamente por eso te llamaba. He leído algo hoy en el periódico sobre Bélmez que me ha hecho pensar que hay algo que no tiene nada que ver con tu cara.

Consuelo estaba perpleja.

–¿En el periódico de hoy? –preguntó.

–Sí, algo está ocurriendo. Tienes que verlo. ¿Te importa si me paso por tu casa?

–¡No seas así, dímelo!

–Llego en más o menos media hora. Ya verás.

22:20

Antonio tenía ganas de jugar y empujaba el pompón hacia Consuelo, esperando que ella pitara el inicio del partido. Consuelo agarró la cuerda que sujetaba el pompón y dio, por fin, inicio al encuentro. El pompón corría de un lado a otro, y ella dibujaba todo tipo de figuras con su mano en el aire mientras Antonio luchaba por capturar a su presa. El gato se colocó en posición de ataque y cuando estaba a punto de atacar, sonó el timbre. Consuelo acudió a la llamada, lo que facilitó la pírrica victoria de Antonio.

–¿Diego? –preguntó ella por el telefonillo, a lo que recibió una respuesta afirmativa.

Para decepción de Antonio, ambos acudieron a su campo de batalla, el salón, y se sentaron en el sofá. El gato aceptó su derrota y huyó a la oscuridad que le ofrecían los bajos del sofá.

–¿Cómo es que Bélmez es noticia? –preguntó Consuelo mientras pensaba en por qué Zorro no le habría comentado nada sobre el tema.

Diego lamió su dedo índice y comenzó a buscar entre las páginas del diario.

–Pues parece ser que han estado realizando experimentos en la segunda casa, donde aparecieron las nuevas caras –explicó Diego.

–¿Además de los experimentos con la brújula, no? –replicó ella.

–Sí, prima. El artículo menciona eso también, pero hay algo más.

Cuando encontró la página, su dedo índice golpeó con fuerza el artículo. Consuelo pensó que preferiría que le contara qué ponía, a tener que leerlo ella misma.

–Pues... en la segunda casa intentaron realizar el mismo experimento que se había llevado a cabo en la primera en los años setenta, pero aún más extremo. Parece ser que unos parapsicólogos tuvieron la idea de sellar el suelo de la cocina de esta señora... ¿Cómo se llamaba?

Diego comenzó a buscar en el periódico.

–María –dijo Consuelo con seguridad.

–¡Eso es, María! Parece ser que pusieron plástico sobre el suelo donde habían encontrado las caras y tomaron multitud de fotografías. Después llamaron a un notario y en su presencia sellaron el lugar asegurándose de que nadie pudiera entrar. Unos meses después volvieron, abrieron el lugar, y se encontraron una increíble sorpresa. Compararon el suelo con las fotos y se dieron cuenta de que habían aparecido nuevas caras, algunas habían desaparecido y otras se habían movido.

Miró a Consuelo con cara de satisfacción ante aquel gran descubrimiento que había llevado a cabo.

–¿De verdad? –dijo ella en tono interrogante, intentando entender las implicaciones de lo que le contaba su primo–. Lo que me pregunto es dónde iría a cocinar María durante aquellos meses.

Diego no hizo mucho caso al comentario y continuó.

–¿No te das cuenta de lo importante?

Consuelo lo observó intrigada, pensando que quizás se refiriese a su último comentario, y estuviera sugiriendo que María lo había montado todo para no tener que cocinar por unos meses. Aunque, a juzgar por los vidriosos ojos de su querido primo, debía de haber algo más.

–¿Qué es lo que estás intentando decirme? –preguntó finalmente.

–Pues me refiero a que las caras de Bélmez se mueven, pero la tuya, no.

Tanto Consuelo como Antonio, que había salido despacio desde la oscuridad, miraron a Diego, sin saber qué decir.

Era verdad y nunca lo había pensado, ¿por qué su cara no se movía?

–Cada vez que la limpias, vuelve a aparecer, ¿verdad? Pero siempre en el mismo lugar. Y... siempre es la misma, no hay otra. Es, sin duda, muy diferente a lo que pasó en Bélmez. Por eso estoy de acuerdo con tu pequeño cazafantasmas. Hay muchas similitudes, sin duda, pero también existen diferencias que hacen que no casen ambos casos.

Consuelo preparaba la réplica en su cabeza, pero no encontraba las palabras exactas.

–¿Y qué piensas que significa todo esto? –preguntó sin tener clara la respuesta.

–Lo que yo piense no importa. Si de verdad confías en esta «aventura» tuya, eres tú quien debe descubrir tu gran «revelación». Lo único que tengo claro es que no tiene que ver con Bélmez. –Paró para pensar un instante–. Sea lo que sea esta historia, parece que te hace feliz.

Ambos sonrieron.

–Gracias, primo. Piensas que estoy loca, ¿verdad?

–Creo que te mereces ser feliz.

–Oh. –Consuelo le golpeó el hombro con delicadeza–. Pero dime tu opinión, ¿qué piensas que podría significar el este?

–No tengo ni idea –contestó él–. ¿Por qué no le echas un vistazo a tu mapa?

–¿El mapa? Pero el este no es ninguna señal clara de dónde buscar. Podría ser en cualquier lugar, desde la esquina hasta Fuengirola, que tampoco es que sea exactamente el este.

–No lo sé, Consuelo. Solo era una sugerencia. Es tu aventura, seguro que se te ocurre algo –dijo mientras se levantaba–. Creo que tengo que irme. Eugenia seguro que se pone nerviosa, me estará esperando para la cena.

Ambos caminaron juntos hacia la puerta.

–No te preocupes, y muchas gracias por la visita, por el artículo... y también por el apoyo –dijo ella a modo de despedida.

–Ya sabes que es un placer, prima. Y no dejes de contarme cualquier nuevo avance.

23:02

Antonio se unió a Consuelo de nuevo en el sofá. Ella no podía dejar de pensar en lo que Diego le había dicho sobre el mapa, y tampoco pudo resistirse a darle una oportunidad a la idea de su primo.

Antonio no quería ser molestado ni cesado en su nueva posición, y se lo hizo saber a Consuelo agarrándose con la uñas a su vestido. Ella lo desenganchó como pudo y lo colocó en el suelo. El gato la siguió a una distancia prudencial hasta la habitación, donde Consuelo abrió un arcón lleno de cajones que había comprado hace ya algunos años en el Rastro por un precio que le pareció más que justo. Abrió el segundo cajón, lleno de mantelería que ella misma había bordado tras la muerte de Pedro. El siguiente cajón estaba lleno de folios, cartas, papeles varios y sobres vacíos y, en la esquina, su pasaporte caducado que, si no recordaba mal, solo había usado una vez. Revolvió todos aquellos papeles mientras Antonio la observaba aún desde la distancia, curioso, hasta que por fin encontró lo que buscaba, un mapa de Madrid.

Una vez sentada, abrió el mapa y lo colocó al lado del artículo que le había dado su primo. Le costó más de lo que pensaba encontrar lo que estaba buscando. Primero localizó su casa, en la parte inferior. Su dedo caminó por la calle Embajadores hasta llegar al mercado. Intrigado por el movimiento del dedo, Antonio saltó sobre la mesa para intentar capturar a su nueva víctima o, al menos, perseguirla por las calles de Madrid: su zarpa recorrió la autopista M-23, cruzó el parque del Retiro, casi aplastó el Museo del Prado, para llegar finalmente al barrio de La Latina, donde alcanzó a su presa en el Mercado de la Cebada.

El gato miró a Consuelo desde su posición de gigante en Madrid. Insistía en jugar un poco.

–Lo siento, pero no me apetece jugar contigo ahora –replicó ella. Instantáneamente, Antonio salió de Madrid por la carretera de Toledo y saltó de la mesa para perderse en la oscuridad del pasillo. Consuelo, por su parte, volvió al artículo del periódico.

Comenzaba haciendo un rápido resumen de la historia de las caras de Bélmez, las acusaciones de fraude, las respuestas de los parapsicólogos, para concluir con la idea de que el misterio se mantenía aún vivo, siendo uno de los sucesos paranormales más importantes en España, si no a nivel mundial.

A continuación explicaba el nuevo experimento llevado a cabo, similar al que ya se había realizado en los setenta, pero esta vez en la nueva casa. Se llamó a un nuevo notario, las caras sobre las paredes fueron borradas, tras lo cual se selló el lugar. Nuevamente el notario dio fe de lo que allí estaba ocurriendo. El objetivo final era averiguar si seis meses más tarde las caras habían vuelto al lugar.

La fecha de apertura estaba prevista para el 18 de agosto del 2011. Consuelo clavó la mirada en la fecha.

¡La semana que viene! Por eso Bélmez volvía a las noticias.

¿Qué? ¿Un museo? Continuó leyendo.

Al parecer, iban a abrir un centro de interpretación de las caras de Bélmez, lo que implicaba que se esperaba que las caras regresaran a la nueva casa la siguiente semana. El museo trataría de desentrañar las

apariciones de las caras y, además, pretendía atraer cierto turismo en esta época de austeridad.

Consuelo dejó el periódico sobre la mesa y miró a Antonio.

¿Sería este el milagro que necesitaba para salvar al mercado? ¿Sería salvar el Mercado de la Cebada su misión?



Viernes 12 de agosto del 2011

Aquella noche estuvo un buen rato sobre la cama pensando en todo lo que acababa de descubrir. ¿Estaba interpretando las pistas correctamente? ¿Hacia dónde la conducía todo esto?

07:00

El despertador sonó justo en el momento en el que María estaba a punto de revelar el secreto a Consuelo. No recordaba todo el sueño, solo algunos fragmentos, los suficientes para saber que no tenía ni pies ni cabeza.

–Creo que hoy es el día de la iluminación –se dijo a sí misma mientras se incorporaba para subir las persianas y ventilar la habitación.

Con entusiasmo, fue a la cocina y preparó café. El ritual mañanero de Antonio incluyó esta vez movimiento del bol con las patas y caricias con su cabeza contra las piernas de Consuelo. Ella se quedó de pie al lado del horno, escuchando el crujido que hacían los dientes de Antonio al comer su pienso. Empezó a darle vueltas a todas las cosas que habían pasado, y se quedó mirando fijamente el periódico y el mapa, que todavía seguían en la mesa del salón.

En el baño, su cabeza volvió al mercado y, nuevamente, al artículo del periódico. ¿Podría aquel edificio con la mitad de sus negocios cerrados tener una segunda edad dorada? El Mercado de San Miguel, otro histórico de la ciudad, había resurgido de sus cenizas para convertirse en un moderno mercado de productos de lujo. ¿Sería ese el futuro de su mercado? ¿Podría reabrir vendiendo esta vez ostras y tapas en el nuevo Mercado de la Cebada?

08:10

Se miró en el espejo.

«¿Qué estás haciendo, Consuelo», se preguntó. Antonio estaba detrás de ella y había puesto sus ojos en los rulos de la permanente.

Fuera salvar el mercado su destino o no, tenía que pensar primero en su seguridad económica, por lo que consideró que vender aves era la opción más viable a corto plazo, y se preparó para ir a trabajar.

08:21

Cuando salió de casa, y a pesar de lo temprano que era, las altas temperaturas la golpearon. Fue realmente pesado incluso cruzar la calle para tomar el autobús que le proporcionaría diez minutos de aire acondicionado.

Pronto se arrepintió de haberlo hecho. Había olvidado por completo que la noche anterior se habían celebrado los festejos de la Paloma, por lo que varias calles de la zona habían sido cortadas, y solo le fue posible bajarse en la parada más cercana a la Puerta de Toledo.

Desde la parada del autobús, subió por la calle Toledo hasta el mercado admirando las bonitas fachadas decoradas que engalanaban las calles. Con motivo de las fiestas, muchas ventanas y balcones estaban adornados con matones de Manila, transformando la calle en un mar de flores y flecos.

Cuando llegó al mercado, decidió entrar por la puerta de atrás, que, sorprendentemente para esas horas, ya despedía un fuerte olor a pescado. Una vez dentro, tras haber tapado su nariz para atravesar la puerta, una voz ronca la reclamó por la espalda.

–¡Ayer te echamos en falta en el concierto!

Sorprendida por la aparición repentina de Lola, Consuelo se giró, preguntándose si la habría seguido y a quién se refería cuando usaba el plural.

–¿Te encuentras mejor hoy? –preguntó Lola al mismo tiempo que Consuelo encontraba su excusa.

–Sí, mucho mejor, muchas gracias. No es nada serio, pero ayer no tenía fuerzas ni ganas para salir por la noche, me dormí muy pronto. ¿Lo pasasteis bien?

Sin pretenderlo, su pregunta provocó un profundo análisis sobre el descenso de la calidad de las rosquillas en las fiestas, que terminó cuando, con un arrebato repentino, Lola que decidió ir a comprar a la panadería del mercado, el único lugar que, según su criterio, disponía de auténtica bollería madrileña.

08:57

Una vez libre de Lola, Consuelo se dirigió a su tienda y abrió el cierre. La verdad es que deseaba

encontrar más pistas en el interior de la tienda, pero todo estaba como siempre. La cara seguía allí, y Consuelo le dedicó un cordial saludo.

Ya en la trastienda, estaba poniéndose su uniforme de trabajo, cuando el ruido de unos tacones se paró frente a su tienda.

–¡Ya voy, un segundo! –Otra medida de tiempo indeterminada. Una voz familiar contestó.

–¡Por fin la encuentro!

Intrigada por el hecho de que alguien la estuviera buscando, corrió al mostrador.

–¡Doctora Ortega, qué sorpresa! ¿Cómo me ha encontrado?

–Pues me sonaba que nos habíamos visto antes, ahora estoy segura.

Consuelo se sintió aliviada al ver que los problemas de memoria no solo le afectaban a ella. ¿Pero la doctora Ortega no era un poco joven para tener este tipo de olvidos?

–Cuando era una niña mis abuelos vivían aquí cerca y solían venir mucho. Recuerdo venir con mi abuela a comprar pollo a su tienda. Mi abuelo adoraba el pollo, tanto que casi no comía otra carne.

Consuelo la miró sorprendida. No recordaba ni a ella ni a su abuelo, pero apreciaba su lealtad.

–Cuando apareció en el museo mi cabeza no sabía bien de qué nos conocíamos, pero cuando me dijo que trabajaba aquí y que llevaba ya algún tiempo... ¿No trabajaba aquí su marido con usted?

Se había equivocado sobre los problemas de memoria de la doctora.

–Sí, pero murió hace ya algún tiempo.

La doctora se disculpó por haber hecho la pregunta.

–Bueno, cuénteme, ¿cómo va su acertijo?

Consuelo se sintió avergonzada por haber mentado a la doctora sobre el club de lectura, a la vez que deseaba que no preguntara de nuevo por su admisión.

–Pues mejor. El artículo que me dejó me ha servido de mucho.

El silencio que siguió a la contestación hizo temer a Consuelo alguna pregunta incómoda.

–Me alegra oír eso, de veras. Pues mire, he venido a verla porque una de sus pistas me hizo pensar. La de las letras *m* y *v*.

Consuelo la miró sorprendida. No estaba segura de si le sorprendía más que la doctora hubiera estado investigando sobre el tema, quizás quería ganar puntos para entrar en el club de lectura imaginario, o que ella misma ya casi había olvidado todo aquello. Debía de haber abandonado la idea cuando el cementerio islámico de Madrid había dejado de ser una opción para su teoría sobre Bélmez. Las cosas habían cambiado, pero era verdad que no tenía ni idea de lo que significaban las letras *M* y *V*, al menos una de ellas.

–¿Ha pensado que quizás las letras no son iniciales, sino números? –preguntó la doctora.

En un primer momento Consuelo la miró extrañada, pero pronto se dio cuenta de lo que intentaba explicarle la doctora.

–Números romanos, por ejemplo. *M* significa ‘mil’ y la *V* ‘cinco’. Podría ser un año. Si seguimos esta teoría estaríamos ante el año 1005.

La pollera estaba impresionada a la vez que avergonzada por no haber llegado a esa conclusión ella sola. No eran necesarios conocimientos arqueológicos, simplemente lógica.

–¿Tiene el artículo con usted?

Consuelo, muda de la impresión, caminó a la trastienda y volvió con las fotocopias. Sobre el mostrador le ofreció los papeles a la doctora, que comenzó a buscar algo entre las páginas. Rápidamente se paró en la fotocopia del gráfico que parecía mostrar los valores de la bolsa. Debajo de estos, Consuelo alcanzó a ver una serie de números y letras. Una de las columnas rezaba «material» y tenía la palabra «hueso» escrita en cada una de las líneas. La doctora Ortega acercó las fotocopias a Consuelo señalando la última línea: «Edad calibrada» y «año AD» justo debajo.

–Los estudios de carbono-14 nos permiten determinar aproximadamente la edad de algunos materiales, en este caso, los huesos –comenzó la arqueóloga–. Como se puede ver, los esqueletos encontrados en la zona del Mercado de la Cebada van desde el año 880 hasta el 1440. Esto quiere decir que siguió siendo utilizado incluso después de la construcción de la segunda muralla, allá por 1085. Mire aquí, esto le podría interesar.

Señaló las tres primeras líneas de la tabla.

–Estos cuerpos, por ejemplo, fueron enterrados entre el 880 y el 1060. ¡Puede que incluso en el 1005!

Pasó a la siguiente página, donde estaban las fotos de los esqueletos.

–Podría ser uno de estos tres –comentó.

Un escalofrío recorrió la espalda de Consuelo. ¿Eran falsas sus especulaciones sobre el mensaje que vendría de la muerte? ¿Cómo explicarían Zorro y Pipilope las interpretaciones de la doctora Ortega sobre las letras como cifras?

Consuelo se encontraba entre la ciencia y la fe y no sabía a quién creer.

No había dicho una sola palabra desde hacía largo rato y la doctora parecía esperar alguna reacción.

–¿Cree que es útil? Me podría estar equivocando –dijo sonriendo la arqueóloga–. En principio, el año 1005 no es históricamente relevante, tampoco para Madrid, pero creo que hay un par de hechos que acontecieron alrededor de esa fecha que quizás sí podrían ser importantes.

Devolvió a Consuelo las fotocopias.

–Quizás usted tenga razón y son iniciales, pero, y no quiero desanimarla, he buscado en algunos archivos y no he encontrado a nadie con esas iniciales en esa época.

Consuelo estaba atónita, no podía creer el arduo trabajo que había realizado la doctora.

–¿Ha hecho todo eso? –preguntó.

–Sí, espero que no le importe.

Consuelo sentía algo de celo ante la posibilidad de que la doctora estuviera intentando resolver su misterio, pero también estaba agradecida por las pistas.

–Por supuesto que no –contestó.

–¡Menos mal! –exclamó la doctora–. Entonces creo que debería escuchar algo que también me vino a la mente.

Las cejas de la pollera se arquearon expectantes.

–Mi hermana está embarazada, está esperando un niño. –Consuelo permaneció atónita ante semejante introducción–. La cosa es que aún no saben cómo lo van a llamar. Para ayudar, conseguí este libro de nombres de la biblioteca del museo. Cuando el otro día me preguntó por el nombre *Antonio*, lo recuperé de mi escritorio.

–¿Y? –Consuelo estaba ansiosa.

–No me pregunte por qué, pero busqué el significado del nombre en el libro.

Consuelo supo que si el club de lectura existiera, ella debería ser miembro honorario.

–¿Y?

–Pues resulta que *Antonio* es un nombre español cristiano que aparentemente significa ‘el Loable’ o ‘el Bendecido’.

Consuelo no se lo podía creer. ¡Había vuelto a la casilla de salida! ¿Apariciones religiosas? ¿Qué estaba intentando decir la doctora?

–En el libro también se incluyen referencias a otros idiomas. Es un libro genial –dijo ella orgullosa–. Espero que le guste a mi hermana. Pero al tema, ¿sabe cuál es el nombre más común del mundo?

Consuelo no supo qué responder, solo sabía que *Pipilope* no estaría en la lista.

–Ni idea –dijo.

–¡*Muhammad*!

–Mmm... –Consuelo estaba de nuevo perdida, sin saber qué tenía que entender de aquella nueva pista.

–Pero espere, lo más interesante: ¿sabe cuál es el significado de *Muhammad*?

Consuelo caviló por un momento mientras miraba la cara de satisfacción de la doctora con su pequeño juegucito.

–Déjeme adivinar... ¿‘El Loable’, ‘el Bendecido’?

–¡Exacto!

Pipilope parecía tener razón, el nombre *Antonio* no era muy común para un gato. ¡Esto era otra señal!

09:20

Obviamente no podía hablar con la doctora para que interpretara los símbolos. Tenía que hablar con Zorro.

Muy educadamente agradeció a la arqueóloga toda su labor, asegurándole además que sus descubrimientos eran de gran utilidad, aunque realmente no sabía aún bien cómo. Tras la marcha de la doctora, Consuelo llamó a Zorro.

Zorro parecía estar también sorprendido ante los nuevos descubrimientos. Cuando ella preguntó por qué no le había comentado nada sobre los nuevos experimentos en Bélmez, él contestó sin dejar nada muy claro. Simplemente no lo había considerado importante. La idea de que la misión de Consuelo fuera salvar el

mercado le pareció interesante, pero no era del todo una gran revelación. Los nuevos datos que había obtenido de la doctora Ortega le parecieron mucho más convincentes.

Si las misteriosas marcas sobre el pelaje de su gato la llevaban a buscar en la historia de Madrid, entonces, quizás, ese debía ser el periodo que ella tenía que investigar. Esto le quedó muy claro a Consuelo. La interpretación sobre el nombre *Antonio* era prometedora. ¿Quién era Antonio? ¿Sería alguien real? ¿Un hombre de otra época? ¿Del 1005?

–Deberías seguir en contacto con esa arqueóloga amiga tuya, tiene muy buenas ideas –sugirió Zorro.

Tras colgar el teléfono, miró intrigada a la cara en el suelo.

–¿Eres Antonio?

El resto de la mañana estuvo muy distraída, cavilando una y otra vez sobre las pistas con las que contaba. Pensó en su conversación con la doctora. Había estado buscando las iniciales en algunos archivos y no había encontrado nada. ¿Habría buscado también *Antonio*?

Consuelo dudó si volver a cerrar la tienda para seguir con su investigación, pero podría parecer sospechoso. Finalmente decidió esperar a la hora de comer para volver al museo, y no se arrepintió de su decisión, ya que la mañana fue muy productiva en lo que a venta e ingreso de «pavos» se refería.

14:02

Cuando apareció en el museo, vio que las dos encargadas de la seguridad del lugar estaban a punto de cerrar la puerta principal, pero la recibieron con una amplia sonrisa.

–¿Buscando cementerios olvidados? –preguntó una de ellas provocando la sonrisa de Consuelo.

–No, hoy no. En realidad estaba buscando a la doctora.

–Pues se ha ido hace un rato, lo siento.

Consuelo se arrepintió de no haber ido antes al museo.

–Pero habitualmente está aquí, en el museo, todos los domingos. Puede intentarlo entonces si quiere. ¿Es urgente? –preguntó la otra. Consuelo no podía calibrar bien la urgencia, pero lo tomó como otra señal, una señal que le pedía que pensara por ella misma un poco más.

–No es importante, gracias.

Tenía que pensar a solas, y el mejor sitio para empezar era su casa. Seguro que echar un ojo a la frente de su gato la inspiraría. Decidió volver caminando a casa para refrescar su mente.

A lo largo de la pared del mercado, unos trabajadores se afanaban en montar una barra exterior delante del Café Coto, un café tradicional que formaba parte del mercado, pero que solo era accesible desde fuera del edificio. Junto a la barra exterior habían montado una construcción bastante peculiar, sobre la que uno de los trabajadores intentaba colocar una bola de discoteca, trabajo que resultaba complicado debido a los comentarios impertinentes del dueño del bar.

14:37

Antonio no salió a dar la bienvenida a Consuelo, sino que continuó en la oscuridad infinita que le proporcionaban los bajos del sofá. La casa parecía un horno, por lo que rápidamente comprendió la estrategia del minino. Ni siquiera el sonido de la lata de comida abriéndose en la cocina lo hizo aparecer, así que Consuelo decidió trabajar sola.

Se sentó en el sofá y buscó la inspiración sin la ayuda de Antonio.

Si el propietario de aquella cara realmente se llamaba Antonio, ¿por qué había decidido aparecer precisamente en su tienda?

¿Por qué en la suya?

¿Qué querría de ella?

¿Si no tenía nada que ver con el cementerio bajo el mercado, qué significaba entonces el este?

¿Sería esa la dirección de donde venía Antonio? ¿Pero qué había al este?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la repentina aparición de Antonio, que se acomodó sobre sus piernas. El gato se relamía los restos de comida mientras cogía posición para la siesta tras lo que debía de haber sido una agotadora mañana buscando el fresquito bajo el sofá. Tras varios intentos fallidos, por fin se quedó tumbado en una posición en la que Consuelo podía ver su frente.

Sabía que las pistas estaban justo delante de ella, tan solo tenía que averiguar cómo leerlas, cómo interpretarlas. Antonio comenzó su ronroneo y Consuelo lo observó con detenimiento.

–Antonio es un gato –anunció mientras las orejas del gato giraban hacia ella–. ¿Será Antonio un gato

como yo? ¿Un gato madrileño? –Antonio abrió sus ojos por un instante, miró a Consuelo, pero decidió que sería mejor no responder.

¿Qué le estaría intentando explicar la cara? ¿Querría comunicarle el lugar de donde venía? ¿Al este de Madrid?

Se quedó mirando al techo un buen rato. El ronroneo de Antonio la estaba haciendo quedarse dormida. La cara, los esqueletos y la brújula pasaron por delante de sus ojos, hasta que estos se cerraron definitivamente.

Un grupo de esqueletos habían formado una banda de mariachis y tocaban al unísono una melancólica canción sobre una tumba, cuando, de repente, Antonio empujó sus patas traseras sobre el estómago de Consuelo y saltó hacia el suelo. Consuelo se despertó, pero seguía escuchado la música.

El teléfono.

15:43

Saltó, como solía hacer Antonio, sobre su bolso y rebuscó dentro.

–¡Diego! –dijo pretendiendo haber llegado a tiempo.

–¡Consuelo! –gritó él algo nervioso.

–¿Qué pasa? ¿Estás bien?

–Tengo que contarte algo. –Sonaba agitado.

–¿Qué? –Consuelo también empezó a ponerse nerviosa.

–¡He visto la cara!

Ella se quedó sin aire.

–¿Qué?

–¡Ha venido a mi tienda hoy mismo!

–¿Pero qué dices? –El teléfono casi resbala de su mano.

–Sí. Además es un rostro relativamente famoso, ya lo verás.

–¿Se llama Antonio? –preguntó ella expectante.

–¿Antonio? No, no. Se llama Sebastián, si no me equivoco.

–¿Qué dices? Sebastián, ¿qué más?

–Espera, olvidé el apellido. Un segundito.

–Entonces, ¿está vivo?

–Pues yo diría que no –contestó Diego mientras buscaba la información que necesitaba–. Sebastián de Morra, así se llama.

–¿Está muerto? ¿Y cómo ha ido a la tienda?

–Relájate, prima. Lo que he descubierto es increíble. Necesito que lo veas. ¿Me paso a verte?

–¿Pero qué pasa? ¿Qué es?

–Hazme caso, es mejor que lo veas con tus propios ojos.

–¿No irás a traer un cadáver, no?

–¡Que no! En menos de una hora estoy allí.

Si tengo que ser honesto, no recuerdo ni mi nombre,
ni cuándo nací.

15:45

Consuelo estaba francamente nerviosa y recorría su amplio salón sin saber qué hacer, especulando sobre qué sería lo que Diego quería enseñarle.

¿Cómo es que la cara se llamaba Sebastián y no Antonio? ¿Quién era Sebastián? ¿Cómo un muerto podía visitar tiendas?

Ni jugar con Antonio, ni limpiar sus figuritas de cristal la ayudó a distraerse. Los siguientes minutos se le hicieron días, años, hasta que cuando por fin su primo llamó a la puerta, se sentía como si ya le hubiera llegado la edad de la jubilación.

16:11

–¿Estás solo? –preguntó esperando encontrar a Sebastián a su lado. Diego solo traía consigo una pequeña bolsa de plástico que parecía contener un libro.

–¿Te acuerdas del catálogo de peinados que tenía que buscar?

Levantó la bolsa y la balanceó frente a ella.

–Bueno, pues he encontrado algo aún mejor.

Consuelo creyó reconocer una figura conocida a través del plástico de la bolsa.

–¡Dios mío! –Consuelo se quedó helada en el pasillo.

Con una amplia sonrisa, su primo se dirigió al salón. Tras un instante, Consuelo se recompuso y lo siguió. Diego sacó el contenido de la bolsa y lo colocó sobre la mesa.

Consuelo contuvo la respiración, asombrada por lo que estaba presenciando. ¡Delante de sus ojos estaba la cara!

Lo más increíble era, sin duda, ver por fin el cuerpo de la misteriosa cara. Para su sorpresa, no era la primera vez que veía aquella figura.

Había visto a aquel hombre al menos un par de veces antes, pero haberlo visto sin cuerpo le debía de haber impedido reconocerlo. Además, en el suelo solo era una mancha blanca, mientras que ahora estaba profusamente coloreado. Lo más extraordinario era, sin duda, su cuerpo. Sus brazos y piernas eran muy pequeños en comparación con su cabeza. En la época en la que vivió, se los solía llamar enanos, aunque Consuelo no estaba segura de cuál sería la denominación políticamente correcta hoy en día.

Esto no era lo que más le importaba en ese momento. Lo increíble era que por fin estaba junto a él, con sus pequeñas manos sobre su vientre y sus pequeñas piernas estirándose hacia ella.

Simplemente el título del libro bajo la imagen de la portada la hizo enfurecer, decepcionada por no haber descubierto antes quién era. En el título se revelaba el nombre del autor de la pintura.

No era otro que Diego Velázquez, el más conocido pintor del barroco español.

16:17

–Increíble, ¿no? –sonrió Diego.

–Increíble, por no decir espeluznante. ¿Cómo lo has encontrado? –preguntó mientras su atención pasaba de Sebastián a Diego.

–Uno de mis clientes habituales vino con el libro esta mañana en una bolsa de plástico y lo colocó sobre el mostrador. Lo miré varias veces hasta que por fin reconocí la imagen del dibujo. Solo un segundo después pensé en la cara del suelo de tu tienda. ¡Esto no podía ser una coincidencia!

–Entonces, ¿por fin crees en mi aventura?

Diego bajó la mirada avergonzado, tomando el libro entre sus manos, un catálogo de los más importantes cuadros y pinturas de Velázquez.

–Bueno, después de ver esto, pienso que no puede ser una coincidencia.

Consuelo dedicó una mirada cariñosa a su primo, sabiendo que por fin lo tenía de su lado.

–¿Entonces, le robaste el libro a tu cliente? –dijo señalando el libro.

–¡No, hombre, no! Le pregunté si podía echarle un ojo y él me dijo dónde podía comprarlo, así que me fui a la librería y lo compré.

Diego le alcanzó el libro a Consuelo, que lo observó en silencio. Era increíble. Sentimientos de satisfacción y frustración pasaron por su cabeza. Por un lado, estaba contenta de haber encontrado por fin la respuesta a quién era el rostro de su tienda, pero, por otro, pensaba que todo lo que había investigado hasta ahora dejaba de tener sentido.

¿Cómo podía haber estado tan equivocada? El cementerio, Bélmez, el gato, el nombre *Antonio*,

Muhammad, las letras M...

–¡Eso es! –gritó ella de repente.

–¿Qué pasa?

–Pues que hemos encontrado la letra V.

–¿La letra V? –preguntó Diego–. ¿De qué hablas?

–La frente de Antonio, ¿te acuerdas? V de Velázquez. –Consuelo buscó a su gato, pero no logró encontrarlo.

–¿Piensas eso de veras?

–Claro, ¿qué otra explicación podría tener?

Consuelo dejó de buscar a Antonio, suponía que se habría vuelto a esconder bajo la infinita oscuridad de los bajos del sofá. Miró el libro una vez más y lo abrió.

–Entonces, su nombre es Sebastián, ¿no? –dijo mientras buscaba en el dorso de la portada–. Aquí está. «*El bufón don Sebastián de Morra*. Bufón de la corte real del rey Felipe IV. Óleo sobre lienzo. Pintado en 1645. Museo del Prado. Madrid.»

La expresión de Consuelo cambió según leía.

–¿En qué piensas, prima?

–Sigo pensando en las letras. Si la letra V es de Velázquez, ¿a qué se refiere la letra M?

–Quizás M es de Morra. Sebastián de Morra, pintado por Velázquez. Ahí tienes tu M y tu V –dijo Diego sin estar del todo convencido.

–¿Pero no sería más lógico la letra s? –añadió ella.

Consuelo comenzó a ojear las diferentes pinturas del libro. La mayoría eran bastante conocidas, seguramente más que la pintura de Sebastián.

–¿Por qué de todas las pinturas de Velázquez es precisamente esta la que ha aparecido en mi tienda? ¿Y por qué no apareció aquí mismo? –dijo señalando el suelo a su alrededor.

Diego levantó las cejas y afirmó con la cabeza.

–Buena pregunta. Ni idea –contestó.

En ese instante Antonio salió de su escondite y saludó a Diego frotándose contra sus piernas. Diego se agachó y comenzó a acariciarlo.

–¿Y qué tiene que ver Antonio en todo esto? –La confusión de Consuelo iba en aumento.

–¡Ríndete! –dijo Diego en un primer momento–. Parece que aún tienes mucho en qué pensar –concluyó.

17:30

Cuando volvió al mercado encontró una auténtica comitiva de camareros, trabajadores y viandantes bajo la bola de discoteca del Café Coto. Consuelo sonrió para sí, alegrándose de tener la mente ocupada en otros asuntos.

Esa tarde las ventas de pavo y pollo estaban siendo extremadamente buenas. Consuelo achacó el éxito a la festividad de la Paloma. No obstante, no era capaz de disfrutarlo como lo habría hecho en circunstancias normales. Cada pollo o pavo que vendía la llevaban de nuevo a preguntarse sobre las pistas que había descubierto aquellos días.

¿Quién era Antonio entonces? ¿Sería alguien a quien debería estar buscando? ¿Qué tenía que ver el pasado musulmán de Madrid con Velázquez? ¿Y el año 1005? Cuantas más preguntas, más dudas la invadían.

Ninguna de aquellas pistas parecía tener ningún sentido ahora.

Su mirada se volvió hacia el rostro.

–¿Qué estás intentando decirme? –le preguntó, sabiendo que solo ella podría encontrar respuestas.

A pesar de su agitación interna, aquella mañana notó que su «ovofobia» estaba mejorando. Las ventas estaban yendo muy bien este día y se sentía orgullosa de atreverse a entregar los cartones de huevos a los clientes ella misma.

Cuando el mercado quedó, por fin, tranquilo, Consuelo se quedó pensativa, mirando la cara y el catálogo de Velázquez que había llevado con ella. Inició un interrogatorio a ambos, en el que solo hubo preguntas.

20:23

A medida que la tarde iba cayendo, el volumen de gente y ruido iba en aumento. El Café Coto ya había encendido la música, y Consuelo se preguntó si el público estaría satisfecho con la posición de la bola de

discoteca.

Era casi la hora de cerrar, así que comenzó a preparar para irse. Cuando estaba cerrando, un retumbo increíble ahogó el ya ensordecedor ruido de todos los cierres bajando simultáneamente. Una tormenta se acercaba, así que Consuelo decidió darse prisa en volver a casa. Una vez fuera del mercado, observó que la bola parecía encantar a los primeros visitantes del Café Coto, a pesar de que su encanto iba a durar poco aquella noche.

Poco antes de llegar a casa, notó las primeras gotas de agua, y cuando Antonio terminó de realizar su ritual de bienvenida, ya estaba diluviando.

Consuelo abrió la ventana y sintió el aire fresco de la lluvia veraniega. Al principio, Antonio sintió curiosidad ante el repentino cambio de tiempo, y alargó el hocico hacia la ventana olisqueando el aire, pero una vez que se iniciaron los truenos y relámpagos de la tormenta, volvió a su oscuridad reconfortante. Una vez más, el espacio multifuncional bajo el sofá salía en su rescate.

Consuelo, en cambio, disfrutaba de aquel espectáculo de la naturaleza, evadiéndose por un momento de sus pensamientos. Este momento de tranquilidad no duró mucho, y todo volvió rápidamente a su mente. Consuelo caminaba por el salón con las manos a su espalda, pensando.

Cada cierto tiempo los relámpagos iluminaban la habitación y ella podía ver la cola, la zarpa o los bigotes de Antonio asomándose por debajo del sofá. Volvió a colocarse frente a la ventana. Un maravilloso relámpago recorrió el cielo de la ciudad e iluminó la habitación.

Una de las cosas que no entendía era por qué la cara había aparecido en su pollería y no en su casa. Recordó el experimento con la brújula que había hecho Zorro.

¿Qué significaba el este?

¿El origen de la energía? ¿Qué sería? ¿O quién?

Continuó con su lento discurrir por el salón. De vez en cuando, se tomaba un descanso en el sofá; poco a poco, estos fueron haciéndose más y más largos, mientras la tormenta se distanciaba lentamente.

23:49

El sonido de los truenos dio paso a un suave ronroneo, casi imperceptible en comparación con Antonio, que había abandonado su escondite y se estaba poniendo cómodo en el regazo de Consuelo. La tormenta se había convertido en una suave llovizna, cuando algo hizo un sonido de chapoteo en la calle mojada.

Aparentemente su «ovofobia» no había desaparecido, porque fue en huevos rotos en lo primero en lo que pensó.

Agitada por el sonido, Consuelo se levantó para echar un ojo a la casa. En la cocina seguía el libro de Velázquez sobre la mesa. De pronto recordó algo.

Abrió el catálogo por la primera página.

El bufón don Sebastián de Morra.

Museo del Prado.

¿Podría ser ese el lugar de donde venía la energía?

Volvió a la mesa del salón y recuperó el resto de los materiales que había guardado debajo. Abrió con cuidado el mapa de Madrid, un mapa que había conseguido en un conocido restaurante de comida rápida y que anunciaba la ubicación de todas sus franquicias. Por lo demás, era útil, porque incluía pequeños dibujos tridimensionales de los principales lugares turísticos. Entre logos y restaurantes, pudo encontrar su mercado. Su dedo avanzó rápido hacia el este. No se lo podía creer.

¿Era eso lo que debía buscar?

¿El Museo del Prado?

¿Cómo se sentiría si el único propósito en su vida
fuera entretener a los demás?



Sábado 13 de agosto del 2011

06:45

–¡Buenos días, señora! ¡Ha llegado a su barrio el tapicero! ¡Tapizamos sillas, tresillos, mecedoras! No pierda la oportunidad, señora, llame al 91 142 77 87. Profesionalidad y trabajo rápido. ¡El tapicero, señora!

Se despertó sobresaltada por la fuerte voz de una mujer que chillaba con un altavoz en la calle. Miró el reloj, pensando que un sábado a esas horas no era el mejor momento para considerar arreglar su tapicería, pero la crisis parecía haber dado ideas a algunas empresas que pretendían tocar el nervio de las buenas amas de casa. No obstante, resistió la tentadora oferta, y decidió comenzar el día temprano y estudiar todo el material que había adquirido. Antonio intentó ayudar y se sentó sobre el mapa mirando a Consuelo ambiguamente. Por un momento ella pensó que podría estar ante otra pista, pero al final intuyó que el gato solo buscaba ser el centro de atención.

Mientras se servía el café, observó a Antonio, que había ocupado ya toda la zona este de la ciudad. A pesar de que parecía estar cómodo con la invasión, Consuelo lo invitó a volver a su regazo para poder continuar con su investigación.

El interrogatorio interior continuó. ¿Era el Museo del Prado lo que realmente estaba buscando? ¿Podría ser la pintura de Sebastián de Morra el origen de la energía? ¿Sería el propio Sebastián de Morra, en cambio, la fuente de la energía? ¿Por qué era Consuelo la que tenía que encontrarlo?

Cuanto más miraba el mapa, más dudaba de su análisis.

El Museo del Prado no se encontraba exactamente al este del Mercado de la Cebada, sino más bien al noreste.

Consuelo y Antonio empezaron a ronronear, cada uno por diferentes razones: Consuelo dudaba sobre sus interpretaciones, mientras que Antonio parecía estar en modo meditación.

Acabó el café y miró el reloj: hora de ir a trabajar.

08:23

El aire era aún fresco gracias a las lluvias de la noche anterior, así que decidió pasear por la increíblemente limpia calle Embajadores hacia su puesto de trabajo.

En la estación de metro de La Latina observó la calle que llevaba al mercado, donde, a pesar de la tormenta, los restos de la fiesta de la noche anterior eran todavía visibles. El sol de la mañana ya había hecho acto de presencia, provocando que la bola del Café Coto, que había sobrevivido milagrosamente a la fiesta y a la tempestad, resplandeciera de forma peculiar.

Fue una de las primeras en llegar al mercado. Tras abrir la tienda, le dedicó un cálido saludo al rostro sobre el suelo, deseando que su presencia le sirviera de inspiración.

Poco a poco, el mercado se fue despertando de su duermevela tormentoso; se fueron oyendo, uno tras otro, los cierres que se abrían, y Consuelo esperó ansiosa la voz ronca que la devolvería a su rutina mañanera.

09:04

Para su sorpresa, otra voz familiar deleitó el inicio de su jornada, y casi la hizo olvidar al tapicero despertador de aquella mañana.

Era el señor Rodríguez, que le deseaba buenos días; después de todo, era sábado y él necesitaba su ración de pollo.

Consuelo se dio cuenta de que esa mañana el señor Rodríguez llevaba una camisa nueva. Nunca había prestado atención a su vestimenta, quizás porque solía ser muy formal, pero aquel día le llamó la atención, la tela parecía tener algún tipo de estampado inusual en él. Aunque aquel nuevo estilismo no lo preparaba exactamente para el Café Coto, claramente se podía ver un estampado de cuadros. La manga corta lo hacía parecer completamente diferente, incluso algo más joven. Era alto y delgado, y estaba en bastante buena forma para su edad. Se preguntó a qué se debería aquel cambio, pero no se atrevió a preguntar, le parecía demasiado personal.

Él pareció notar el asombro de la pollera, y se colocó sus anteojos avergonzado. Tras los saludos de cortesía habituales, Consuelo deseó con fuerza poder tener una pequeña conversación con el señor Rodríguez antes de que se marchara. Un hombre educado, pero poco hablador, recordó.

–¿Cómo está su gato? –preguntó él, cogiendo a Consuelo por sorpresa.

–¿Mi gato? Pues está muy bien, gracias –contestó.

–Me alegra oír eso. He oído que tuvo un pequeño incidente.

¿Cómo podía saber lo del accidente de Antonio? Pensaba que no le había dicho nada a Lola, y tampoco había leído nada en el *20 Minutos*.

–Me encontré a su primo el otro día en la tienda de maquetas, y me lo contó. Nos conocemos del club de maquetas –comentó esperando alguna reacción–. ¡Su primo es todo un manitas! –añadió.

–Eso lo explica todo –dijo ella en voz alta.

–Diego me contó algo sobre un cambio en el pelaje del animal.

–¿Por qué le contó todo eso? –preguntó ella.

Él se vio sorprendido por la reacción de Consuelo y se disculpó al mismo tiempo que lo hacía también Consuelo, que no quería parecer maleducada.

–Lo siento, solo es que me ha sorprendido que mi primo le hablara sobre mi gato. –Mientras Consuelo hablaba, se sentía ciertamente dolida de que su primo prefiriera hablar de Antonio antes que de ella.

–Bueno, no conozco las circunstancias, pero parecía algo por lo que usted estaba preocupada. De hecho, Diego me preguntó mi opinión como experto.

Consuelo fue cogida por sorpresa.

–La opinión de un experto en cabello, bueno, pelaje en este caso. Me dijo que, tras un accidente, su pelaje se había aclarado.

Con un movimiento ágil, el señor Rodríguez pasó la mano por su pelo cano. Desde que Consuelo lo conocía, tenía el cabello gris, aunque durante los últimos años había encanecido más.

–¿Y cómo es que usted se convirtió en un experto del pelo? –preguntó mientras pensaba si conocía la profesión del señor Rodríguez: no, no tenía ni idea. La verdad es que parecía algo más mayor que ella, posiblemente estuviera ya jubilado. Como nunca había sido un gran conversador, nunca habían hablado de su trabajo o su familia.

–Bueno, la verdad es que yo no soy ningún experto. Mi hija es peluquera, ella es la experta.

Esta era la primera vez que mencionaba a algún miembro de su familia. Consuelo se sorprendió de que tuviera hijos, o, al menos, una hija.

–¡No sabía que...! ¿Peluquera? –preguntó ella sorprendida–. ¡Por eso Diego sabía tanto sobre el tema de los cambios en el pelaje! ¡Y yo pensaba que sabía de todas las cosas!

–Pues sí, sabe muchas cosas. Pero no sobre cabello –sonrió el señor Rodríguez–. Entonces, el gato está bien. Me alegro –continuó.

–¿Le comentó algo más? Sobre el gato, quiero decir. –Consuelo temía que su primo hubiera mencionado algo sobre su aventura. Se estaba llevando un chasco con Diego.

El señor Rodríguez bajó la mirada, reflexionó antes de contestar.

–¿A qué se refiere? –preguntó por fin.

Consuelo se sintió atrapada en la conversación. ¿Por qué había seguido preguntando? ¿Quería saber más sobre la vida del señor Rodríguez o simplemente estaba buscando nuevas pistas para su aventura? Quizás el señor Rodríguez fuera el ermitaño de las cartas del tarot, quizás representaba a esa persona sabia que la ayudaría en su aventura. La verdad es que parecía un poco solitario, pero también la doctora Ortega y Zorro lo parecían.

Consuelo vio una oportunidad, y se arriesgó.

–Bueno, me refería a que si mi primo le contó algo más sobre el cambio que tuvo mi gato en la frente.

Consuelo no miraba directamente a su interlocutor.

–Lo siento, creo que no la entiendo bien. ¿Qué pasa con la frente de su gato?

Consuelo se sentía un poco estúpida, pero continuó arriesgándose.

–¿Sabía que los gatos atigrados, como el mío, tienen un mismo patrón de líneas en la frente? Si se fija uno bien, este patrón dibuja una *M* en su frente.

Las pupilas de su cliente se dilataron y sus cejas se arquearon.

–Pues no tenía ni idea. La verdad es que nunca he tenido ninguna mascota. ¿Le pasó algo a la *M* de su frente?

A la pollera le gustó la forma en que el señor Rodríguez avanzaba en sus divagaciones.

–Pues sí. Desaparecieron algunas de las líneas –explicó. El señor Rodríguez se quedó en silencio–. Ahora se puede ver una *V* –añadió.

Al decir aquello, la pollera se dio cuenta de lo ridículo que podía sonar para alguien que no siguiera su

aventura. A pesar de todo, él pareció sentirse intrigado ante la anécdota.

–Fascinante. ¿Y por qué cree que pasó eso?

La pregunta tentó a Consuelo a seguir hablando, pero mejor no, ya había sentido demasiada vergüenza por un día.

–Pues la verdad es que no tengo ni idea –continuó ella, sabiendo que había parte de verdad en su respuesta.

–Quizás debería hablar con un veterinario. –Volvió a pasarse los dedos por el cabello, un gesto que divirtió a Consuelo.

Ella afirmó con la cabeza, aunque no estaba segura de que aquello pudiera servir para algo.

–¿Le importaría que le echara un ojo a su gato? –preguntó él de repente.

Aquellas palabras no solo la cogieron por sorpresa a ella, el propio señor Rodríguez parecía algo extrañado. Ambos se miraron sorprendidos, y entonces Consuelo hizo algo que tampoco nadie esperaba.

–Claro –contestó, y cogió un trozo de papel para escribir su dirección–. ¿Le parece bien a las siete? –sugirió.

Él cogió el papel que la pollera le ofrecía sobre el mostrador y lo miró unos instantes.

–Está bien, a las siete en su casa. –Ya con el papel en la mano, comenzó a andar hacia la salida cuando, de repente, se dio media vuelta.

–¿Me pone dos muslos de pollo, por favor?

Ambos sonrieron a la vez y comenzaron a bromear sobre la edad y la memoria, confirmando su cita de las siete.

09:21

Consuelo estaba confusa. No sabía cómo interpretar lo que acababa de pasar, aunque el resultado le agradaba. Tenía buenas sensaciones. Su instinto le decía que el señor Rodríguez era el ermitaño que la ayudaría en su aventura.

Cuando llegó a casa, su enfado para con su primo volvió a su mente. Se sentía traicionada por Diego. No se podía creer que estuviera contando cosas sobre su aventura a terceros, más aún cuando le había prometido no hacerlo. ¿Por qué lo habría hecho? Necesitaba una explicación y, por supuesto, una disculpa.

14:59

–¿Cómo estás, prima? –contestó, simpático, su primo.

–¿Por qué le has hablado al señor Rodríguez sobre mi aventura? –Consuelo fue directa al grano. Un momento de silencio.

–Lo siento, prima, solo intentaba ayudar. Pero no lo he contado todo, ¡lo juro! –Diego comenzó su defensa, y Consuelo se dio cuenta de que había sido ella la que más había contado al señor Rodríguez sobre sus secretos–. Solo es que me acordé de que su hija trabajaba en una peluquería. Entonces pensé que quizás pudiera servir, que quizás supiera algo sobre los cambios en el pelo. Necesitábamos la opinión de un experto. –Mientras su primo se disculpaba, Consuelo empezó a sentirse culpable por haber acusado a su primo tan rápido cuando, de hecho, parecía que sólo intentaba ayudar.

–¿Por qué nunca me habías hablado de él? –dijo ella rebajando el tono.

–Pues tampoco es que nos conozcamos tanto. Se unió al club de maquetas hace más o menos un año, y la verdad es que es todo un genio. Me comentó que de vez en cuando bajaba a comprar a tu mercado y le hablé de ti. Él me dijo que te conocía.

–¿Qué me conocía? –preguntó ella.

–Le comenté que tenías una pollería, le describí un poco cómo eras, y me dijo que sí, que eras tú. Yo pensaba que eso te lo habría comentado él.

–Pues no, nunca me había dicho nada. No suele hablar mucho, ¿sabes?

–Sí, eso es cierto. Aun así, es un buen tipo.

–Sí, bueno, viene a las siete.

–¿Perdona? –exclamó Diego.

Consuelo se sintió estúpida. Después de todo, quizás no hubiera sido buena idea invitarlo.

–Pues, es que se ofreció a echar un ojo a Antonio, bueno, a su frente. Así puede preguntar después a su hija. No sé. A mí también me parece un poco raro, pero no es un asesino en serie ni nada, ¿no?

–No lo creo. –Diego soltó una carcajada–. Solo es que me sorprende que pase de apenas haber hablado

contigo, a autoinvitarse a tomar un café en tu casa.

–A mí también me sorprende, pero quizás esté intentando abrirse un poco. Tengo un buen presentimiento. ¿Sabes qué?

–Sorpréndeme.

–Creo que podría ser el ermitaño de las cartas del tarot –dijo casi susurrando.

–¿Qué ermitaño?

–¿No te acuerdas de mi lectura del tarot?

–Ahh. –Consuelo casi pudo ver a su primo negando con la cabeza desesperado–. Bueno, aunque sea un poco solitario, también es verdad que es muy inteligente, y seguro que te ayuda. Es tu decisión, prima. Como tú dices siempre, es tu misión.

Consuelo permaneció en silencio, preguntándose si realmente estaba loca por confiar ciegamente en alguien solo porque aparecía en su lectura del tarot.

–Ya veremos cómo va –concluyó ella.

15:17

Consuelo revisó su piso ya que, aunque parecía estar completamente en orden, sentía la necesidad de organizarlo todo antes de que el señor Rodríguez llegara.

18:49

Estaba de pie, de brazos cruzados, mirando el increíble trabajo de limpieza que había llevado a cabo. Si Don Limpio supiera lo que podía hacer con un detergente de marca blanca comprado en el supermercado alemán de al lado, sentiría muchos celos.

Con puntualidad británica, sonó el timbre.

–Soy yo, José. –Consuelo supo su nombre por fin.

–Hola, buenas, pasa, pasa –invitó ella de manera informal, quizás excesiva. Había comenzado la conversación tuteándolo, cuando, durante todos aquellos años como cliente habitual, siempre se habían tratado de usted. Ahora el señor Rodríguez había pasado a ser José, así, de repente. Una cosa sí tenía clara, lo tutearía, pero aún era pronto para los dos besos de rigor. De momento solo le ofrecería una cálida sonrisa de bienvenida.

–Siéntate –lo invitó Consuelo. Hacía muchísimo calor, así que José no pudo rechazar la oferta de una limonada fría.

–Bueno, ¿dónde está el gato? –rompió el hielo el señor Rodríguez.

–¿Antonio? –Lo buscó por el salón con la mirada.

–¿Tu gato se llama Antonio?

–Sí –contestó ella observando cómo él fruncía el ceño.

–Sé que suena raro, pero cuando lo encontré mi primo, tenía un collar con ese nombre. Decidimos dejarlo así.

–¿No será ese pequeño de ahí? –La mirada de José se dirigía hacia la cocina. Allí Antonio, que tampoco podía resistir el calor del verano, había metido la cabeza en uno de los vasos de limonada.

–¡Antonio! –exclamó Consuelo mientras golpeaba sus manos intentando que el gato dejara de hacer lo que estaba haciendo. Antonio huyó a su oscuro hogar bajo el sofá. José simplemente se rió.

–Lo siento, iré a preparar otro vaso –dijo Consuelo–. Antonio es un poco tímido, tendremos que esperar a que vuelva.

Consuelo se sentó junto a su invitado, que se mantenía en absoluto silencio. Ambos agarraron sus respectivos vasos y comenzaron a beber. A lo lejos se oía una ambulancia recorriendo la ciudad por alguna urgencia. Fue ella la que dio el primer paso.

19:11

–¿Sabías que *Antonio* significa ‘el Loable’, ‘el Bendecido’?

Él arqueó sus cejas y la miró.

–¿Qué me quieres decir?

–Pues eso, que los orígenes del nombre *Antonio* son ‘el Loable’, ‘el Bendecido’, como *Consuelo* significa ‘alivio’ o ‘desahogo’.

–Pues no lo sabía, pero la verdad es que no soy muy creyente –contestó él algo seco.

–Yo tampoco.

–Ah, por un momento me había sentido un poco como Fausto –continuó él.

–¿Quién es Fausto?

–No importa. O sea, que tu gato es un gato bendecido y loable, ¿no?

José volvió a beber de su vaso. Ella no sabía cómo interpretar su reacción. No estaba segura de lo que estaba pasando. No sabía si la situación la hacía sentirse incomoda, nerviosa o avergonzada, pero por lo que fuera, Consuelo comenzó a tartamudear.

–N...n... no, no. Es... es un gato normal. Bueno... aún no has visto su frente, pero... ¿sabías que al profeta Mahoma, o Muhammad, como se dice en árabe, le salvó la vida un gato?

José casi se atragantó con su vaso de limonada. Consuelo se sintió absolutamente ridícula. ¿Por qué estaba diciendo todo aquello? Comenzó a temblar.

–¿Estás bien? –preguntó José preocupado.

Consuelo inclinó la cabeza y apoyó la frente en una mano.

–Lo siento. No sé por qué te estoy contando todas estas tonterías. Debes pensar que estoy loca.

Estaba demasiado avergonzada para levantar la cabeza. De pronto sintió una mano sobre su hombro.

–¡Mira! Parece que Antonio ha salido por fin –comento él, y Consuelo levantó la mirada.

Antonio se lavaba frente a ellos.

–¡Es verdad! ¡Puedo ver la V! –dijo él.

Ambos observaron al gato y, poco a poco, Consuelo paró de temblar.

–¿Entonces Mahoma fue salvado por un gato? Pues tampoco sabía eso. –José hablaba tranquilo–.

¿Piensas que esa historia tiene algo que ver con lo que le ha sucedido a tu gato?

Consuelo afirmó.

–A partir del accidente de Antonio comencé a interesarme por las leyendas de gatos. ¿Tú eres gato?

–¡Por supuesto! Desde mis abuelos hasta hoy, todos gatos, ¿y tú?

Ella sonrió y notó cómo recuperaba la confianza.

–Yo también. Pero, además de la leyenda de los gatos y Madrid, hay otras muchas. –Consuelo relató la historia del gato y Mahoma, mientras José observaba atento al gato.

–Interesante. Entonces, ¿el accidente te ha hecho abrazar la religión?

Consuelo no sabía si esto era una pregunta trampa, así que prefirió no contestar.

19:23

–¿No querías echar un vistazo al gato?

–Deberías leer *Fausto* algún día –dijo él mientras se acercaba a Antonio y lo agarraba. Este, sorprendentemente, no mostró ninguna objeción.

José acarició la V en la frente del gato. Al principio Antonio parecía irritado, pero pronto comenzó a gustarle y empezó a ronronear.

–Pues no veo ninguna calva o zonas con el cabello más corto. Esto no es lo que me comentó mi hija.

José devolvió al gato al suelo.

El señor Rodríguez comenzó a analizar los alrededores, deteniéndose en la foto del marido de Consuelo.

–¿Tu marido? –preguntó.

Consuelo afirmó con la cabeza.

–Murió hace ya muchos años. Once.

–Mi mujer hace ya trece que se fue. Trece años, dos meses y diecinueve días, para ser exactos.

–Lo siento.

–Yo también. ¿Sigues hablando con él?

Consuelo lo miró perpleja.

–Yo hablo con mi Rosa cada día –continuó.

–Con su foto, ¿no? Sí, él también está conmigo en la tienda –confesó ella aliviada.

–¿Entonces tú también has intentado contactar con él?

Ella no estaba segura de a dónde quería llegar con esta conversación.

–A través de un médium –añadió, como si fuera lo más normal del mundo.

Consuelo quedó en *shock* por la pregunta. Quizás, si hubiera leído al tal Fausto podría contestar. Tenía el presentimiento de que él la estaba probando. Decidió seguir con el juego.

19:38

–Sí, claro, por supuesto –dijo en tono socarrón.

–¿Y recibiste alguna contestación? –contestó él en tono serio. Consuelo sentía que la conversación y ella estaban perdiendo el control.

–¿La has recibido tú? –Intentó ganar algo de tiempo.

Consuelo apretó sus labios, arqueó las cejas y miró la foto de Pedro.

–Pues la verdad es que lo he intentado varias veces, con diferentes médiums. Siempre confío en lo que me cuentan, pero como cada uno me cuenta una cosa distinta, no sé qué creer. No sé quién intenta timarme y quién no. Quizás todos lo hagan. A veces pienso que solo me dicen lo que quiero oír, eso es todo. Aun así, me calma, me sirve para seguir.

Estaba sorprendida ante tal confesión. Dentro de sí misma sintió algo que la invitaba a compartir su aventura con él.

–¿Has tenido alguna aparición? –preguntó ella cada vez más confiada.

–¿Te refieres a Rosa asustándome por la noche? –rió él–. La verdad es que no, aunque a veces tengo la sensación de que me esconde las gafas donde no las puedo encontrar. Siempre se quejaba de mí, decía que era un desastre y que nunca encontraba nada. Supongo que es solo mi imaginación.

La sonrisa se volvió carcajada cuando Antonio comenzó a jugar con su pompón rosa.

20:23

Hasta el momento, la visita de José había estado llena de sorpresas. Consuelo no había esperado que aquel hombre serio y distante pudiera ahora ser tan comprensivo y agradable. A pesar de las diferencias entre ambos, parecían tener también muchas cosas en común. Consuelo fue ganando confianza. Estaba cada vez más convencida de que él era el ermitaño que estaba buscando.

Se preguntaba cómo reaccionaría cuando le hablara del rostro de la pollería, o sobre su teoría de que Velázquez tenía que contarle algo a través de sus pinturas.

–¿Piensas que la *V* tiene algo que ver con tu marido? –dijo él finalmente.

–No lo creo, pero tengo algunas otras teorías. –Consuelo sintió que podía confiar en él.

Consuelo le hizo prometer que no se lo contaría a nadie. Comenzó hablando de la cara en el suelo, de sus primeras teorías y de cómo había ido evolucionando todo. La primera reacción de él fue de sorpresa, pero pronto el interés por la historia lo fue copando todo.

Consuelo sacó finalmente todo lo que tenía: los artículos sobre Bélmez y el cementerio musulmán, el mapa de Madrid y el libro sobre la pintura de Velázquez.

21:48

Antonio se había quedado dormido frente a ellos con sus zarpas sobre el pompón. José miraba pensativo el material que le había ofrecido Consuelo. Desde el Mercado de la Cebada caminó hasta el Museo del Prado.

Consuelo lo observaba pensar.

–¿En qué piensas? –dijo ella rompiendo el silencio.

–Pues en que no estoy muy seguro del experimento de la brújula. Si de verdad es una señal, entonces tu suposición debe de ser correcta: el museo no está exactamente al este del mercado –dijo mientras señalaba ambos lugares en el mapa.

Aunque contrariada, Consuelo afirmó con la cabeza.

–Aun así... –continuó él–, si lo que buscamos es una relación entre Velázquez y la muerte, creo que tengo una idea.

Consuelo quedó atónita. ¿Habría encontrado por fin la última pieza del rompecabezas?

–Mira lo que tenemos aquí –dijo él mientras abría las fotocopias de la doctora Ortega por la tercera página y las colocaba sobre el mapa. Parecía que había divisado algo, y Consuelo se preguntó qué sería.

En la parte inferior izquierda había una pequeña brújula que señalaba al norte. La flecha no señalaba hacia donde se podría esperar que estuviera el norte, sino un poco más a la derecha, como marcando las dos en punto en un reloj.

La página entera mostraba los dibujos de varios esqueletos en posición diagonal. Todos estaban bordeados con una fina línea a su alrededor, formando casi un triángulo perfecto. Este triángulo lleno de esqueletos casi ocupaba toda la página, pero dejaba espacio para un nuevo dibujo a pie de página, un mapa

en miniatura que contaba con el mismo triángulo que el que rodeaba a los esqueletos. Los lados del triángulo mostraban el nombre de las calles que recorría: calle Humilladero, calle Toledo y calle de la Sierpe.

José levantó la hoja y buscó algo en el mapa, señaló el mercado y después bajó un par de bloques hacia el sur.

Paró cuando terminó de dibujar el mismo triángulo que formaban las tres calles.

–Mira, es aquí –dijo él. Consuelo reconoció el lugar–. Es un poco extraño –continuó mientras miraba el artículo.

–¿Qué pasa? –preguntó Consuelo.

–Pues la disposición de los cuerpos. Todos parecen dirigirse hacia el mismo lugar. –Señaló los esqueletos–. Quizás, aquello que estás buscando no esté tan lejos –dijo mientras comenzaba a voltear el artículo para cuadrar la aguja de la brújula hacia la posición de las doce en punto.

Consuelo no sabía qué era lo que pretendía decirle.

–Si la muerte es la que tiene que llevarte a un nuevo lugar, quizás es aquí donde debes buscar. –Sus dedos acariciaron la posición de los esqueletos en el mapa.

De repente, Consuelo recordó las palabras de Zorro: «La muerte trata sobre nuevos inicios y transformaciones, como una brújula que, de pronto, cambia la dirección y te indica un nuevo camino».

¿Era ese el camino que debía seguir?

21:53

–¿Tienes un bolígrafo? –preguntó José.

Consuelo alcanzó uno que había en uno de los cajones de la mesa.

–Mira, dibujamos una línea hacia el este desde el mercado. –El bolígrafo inició su recorrido desde el Mercado de la Cebada para continuar hacia el este. José miró el artículo de los esqueletos–. Después continuamos con otra línea en la dirección que nos marca «la muerte». –Señaló el triángulo de las calles al sur del mercado y dibujó una segunda línea diagonal.

Las líneas que José había marcado se encontraron muy cerca del mercado.

–Sea lo que sea, lo que estás buscando debe de estar cerca –finalizó marcando una cruz para posteriormente golpear sonriente con el bolígrafo sobre la misma.

La cruz que marcó estaba realmente mucho más cerca de lo que ella había esperado, tan solo un poco más allá del metro de La Latina. Pasaba por allí todos los días.

22:25

Consuelo se había quedado muda. ¿Debía estar impresionada o asustada por la revelación de José?

Pensó un momento. ¿Algo de esto tenía sentido? ¿Qué se suponía que encontraría allí si de verdad estaba en lo cierto aquel análisis?

José parecía haber notado la confusión de la pollera, pero continuó.

–Sinceramente, no sé si estoy en lo cierto, pero quizás merecería la pena darle una oportunidad.

–¿Qué se supone que voy a encontrar ahí? –preguntó ella mientras señalaba la cruz.

Consuelo sabía que aún quedaba algo en la mente de José.

–¿Qué es? ¿Qué piensas? –preguntó nuevamente.

–No sé, no estoy seguro. Es solo una idea.

–Venga, dímela.

–Creo que tengo una idea de lo que se supone que debes buscar –dijo él sonriente.

–Bueno, ¿y cuál es?

–Vamos a ver. Las señales, las pistas, tu propia misión. No estoy seguro, pero me recuerda a algo, me recuerda a otra búsqueda –comenzó a explicar mientras Consuelo lo observaba intrigada.

¿Qué otra búsqueda?

–¿Te acuerdas de cuando estuvieron buscando el cuerpo de Velázquez hace algunos años?

–Algo me suena, estuvieron excavando toda la plaza de Ramales. Pero de eso hace mucho tiempo.

–Sí, fue durante el año de Velázquez; se celebraba el aniversario o algo así. Hará como unos diez años.

–Siempre pensé que era una campaña para atraer turistas a la ciudad –dijo ella acordándose de algo que había leído en el periódico–. Pero no lo encontraron, ¿no?

–Pues creo que no. Por lo menos no apareció nada en los periódicos. Me imagino que si lo hubieran encontrado, habrían dicho algo.

Ambos se miraron sin decir una palabra. Antonio los observaba desde el suelo con una mirada teatral.

–¿Crees que mi misión es encontrar a Velázquez? –preguntó Consuelo.

–Pues no le sé. Pero mira: la aparición de uno de sus dibujos en tu tienda, el cementerio bajo el mercado, la brújula señalando el este y la V en la frente de tu gato. Creo que es lo más sensato, si es que hay algo aquí que pueda ser sensato –concluyó sonriente.

Tenía que admitir que le gustaba el sarcasmo del señor Rodríguez, y su teoría parecía convincente.

–Pues creo que le preguntaré a la arqueóloga del museo, seguro que ella sabe algo más.

José movió su vaso de limonada vacío, y ella lo observó en silencio. La expresión de su cara era ciertamente extraña, pero no sabía interpretarla.

–Buena idea –dijo él–. Hazme saber cómo avanza todo el asunto. Es mejor que me vaya, se está haciendo un poco tarde.

23:01

Él miró su reloj y se levantó del sofá. Su repentina salida sorprendió a Consuelo.

¿Estaría molesto por algo?

Ambos caminaron hacia la puerta.

–¿Te gustaría venir mañana conmigo? –preguntó ella.

Él observó a Consuelo con sorpresa.

–¿Pero no se supone que es tu aventura? ¿No dijiste que debías encontrar todo por ti misma?

Le había contado sobre la lectura de Pipilope, pero no había comentado su teoría sobre que él era el ermitaño. Al ver cómo se había comportado durante toda la velada, ella decidió que quizás era el momento de explicarle lo que pensaba.

–Bueno, creo que quizás tú seas esa sabia persona que dará luz a algo que permanecía en la penumbra.

–¿Piensas que soy el ermitaño?

–Bueno, es solo una carta del tarot, nada que ver contigo.

–Un poco solitario sí que soy, y más desde la muerte de mi esposa. ¡Me encantaría unirme mañana!

Su camisa parecía ahora más luminosa que antes.

–¿Qué tal mañana a las diez en el mercado?

–Mañana a las diez, allí estaré –contestó él entusiasmado.

–Gracias por escucharme y por darme todas esas buenas ideas.

–De nada. Ha sido un placer.

Cuando él abrió la puerta, Antonio intentó seguirlo a través del umbral, pero Consuelo fue más rápida y lo agarró, impidiéndoselo. Sostuvo a Antonio en su regazo, y despidió a José con un gesto de la mano.



Domingo 14 de agosto del 2011

Aquella noche había dormido especialmente bien. A pesar de que nadie intentaba tapizar su mobiliario, se despertó temprano. Después del desayuno miró el reloj y vio que aún contaba con más de una hora para llegar a su cita con José.

Sabía lo que haría entre tanto; tenía que inspeccionar la plaza de Ramales.

09:06

Abandonó el piso, y una nueva ola de calor la golpeó fuera. Desde su casa, un autobús la llevaría cerca del Palacio Real, desde donde bajaría caminando a la plaza de Ramales. Tendría tiempo suficiente para llegar al lugar y volver andando hasta el mercado.

Sin embargo, no había contado con que era domingo y la ciudad solía ir más despacio. Cuando llegó al Palacio Real eran ya las 09:38. Bajó del autobús y esprintó por la plaza de Oriente, entre el palacio y el Teatro Real. Casi cayó exhausta al llegar a su destino, la pequeña plaza de Ramales.

La plaza estaba llena de terrazas de los bares del lugar. Unas cuantas personas desayunaban al sol. Debían de ser extranjeros, no cabía otra explicación.

Ahí estaba: el monumento a Velázquez.

Era poco espectacular, una simple cruz de metal con la punta en forma de espada. La base era un bloque de cemento con inscripciones ornamentales en todas sus caras. El más prominente de los lados de la columna decía: «Diego Velázquez. 1599–1660».

Inspeccionó el siguiente lado del monumento: «En este lugar estuvo emplazada la iglesia parroquial de San Juan, donde fue enterado el pintor Diego de Silva y Velázquez».

Continuó con la tercera cara: «Murió el pintor Don Diego de Silva Velázquez el viernes seis de agosto de 1660. Su gloria no fue sepultada con él».

Comenzó a contar con los dedos.

–Hoy es catorce. Trece, doce, once, diez...

Se quedó sin dedos, pero su mente continuó la cuenta atrás.

¡La cara había aparecido el seis de agosto!

09:49

Consuelo miró a su alrededor, preguntándose si alguno de los locos «desayunantes» podría ver su cara de felicidad. En la pared de una de las esquinas de la plaza una imagen llamó su atención: era una cara familiar.

Un retrato de Velázquez decoraba la placa de la plaza. Perteneecía a uno de sus cuadros más famosos, *Las meninas*, que se encontraba en el vecino Museo del Prado. Era un autorretrato del pintor, con la parte superior de su cuerpo ladeada ligeramente hacia la izquierda. Miraba a Consuelo de una forma condescendiente que parecía decir: «Pues, ¡por supuesto! ¿Cómo no lo habías visto antes?».

La idea de un muerto jugando con ella, mirándola de esa forma, casi la ofendía.

Miró el reloj, ya era tarde, y sentía unas ganas irremediables de compartir su descubrimiento con José.

Cruzó lo más rápido que pudo la plaza, dejando atrás a los locos turistas, y se dirigió al mercado.

10:13

Llegó al mercado justo a tiempo. José esperaba debajo de una sombra en la puerta principal. Ambos se saludaron regalándose un par de besos en las mejillas.

–¿Has venido corriendo? –pregunto él–. No me habría importado esperar un poco más.

–No es eso, es que he ido a la plaza de Ramales –aclaró–. He visto el monumento a Velázquez. Es increíble.

–¿Increíble? Yo he visto alguno que otro mejor –bromeó José.

–No es el monumento –respondió Consuelo golpeando sobre su hombro–. ¡He leído algo increíble!

–¿El qué?

–En el monumento pone que Velázquez murió el día seis de agosto. ¡Justo el día que la cara apareció en mi tienda! La placa de la plaza era uno de sus dibujos. ¡Creo que tienes razón! ¡Creo que quiere que encuentre el lugar donde está su cuerpo!

–Bueno, quizás eso, o realmente echa de menos pintar. –José sonrió irónicamente.

–¿Quieres verla?

–¿La cara? Por supuesto.

José echo un ojo a las puertas cerradas del mercado.

–¿No va a ser un poco difícil hoy?

–No te preocupes, conozco otra forma de entrar. ¡Sígueme!

Por una de las entradas laterales, ambos se dirigieron al *parking* subterráneo. Tomaron el ascensor de cristal para llegar arriba, donde se les reveló un escenario desnudo. Todas las tiendas estaban cerradas y solo unos tímidos rayos de luz entraban a través de las sucias ventanas del tejado, iluminando el mercado de una forma completamente diferente a la habitual. Consuelo casi nunca lo había visto así, y tuvo que admitir que tenía un aire místico y bello.

Tras caminar juntos en silencio, llegaron a la tienda de Consuelo; abrieron el cerrojo y entraron a la tienda.

–Esto es raro. Todos estos años he conocido esta tienda solo desde el mostrador –dijo José mientras Consuelo encendía las luces de neón.

–No creo que mi tienda por dentro sea algo muy fascinante –contestó ella sonriente.

La pollera lo condujo hasta el rostro.

–Te presento a Sebastián de Morra.

–¡Dios mío!

–¿Da un poco de miedo, no?

–Yo no sé qué habría hecho si hubiera aparecido en mi casa.

Consuelo miró a Don Limpio y le dedicó una amplia sonrisa.

–Viéndolo así, en blanco y negro y sin cuerpo, creo que yo tampoco habría sido capaz de adivinar quién era.

–Bueno, no es que sea la *Mona Lisa*, pero al final lo descubrí. ¿Nos vamos a ver a la doctora?

–¿Vamos a ver a una doctora? –preguntó él sorprendido.

–Bueno, es la arqueóloga del museo.

10:32

De camino al museo, Consuelo le habló a José del club de lectura que había inventado y de cómo tenía la impresión de que la doctora sentía celos por no haber podido formar parte de él. José al principio se sorprendió por la mentira, pero pronto alabó su imaginativa idea. Consuelo que la doctora Ortega había sido una mujer muy simpática, amigable y útil en su aventura, por lo que tenían que tomar medidas de precaución para no decepcionarla con el club de lectura y, a la vez, poder seguir contando con su ayuda.

–Es mejor que no le digamos quién eres en realidad. Si pregunta, eres uno de mis compañeros del club de lectura.

José aceptó la propuesta y juntos entraron en el museo.

En la recepción no había caras conocidas y tampoco estaban ese día las encargadas de la seguridad. Consuelo preguntó si la doctora se encontraba en el edificio y si podría hablar con ella. La recepcionista los miró sorprendida ante esa inusual consulta, sobre todo un domingo por la mañana.

–Sí que está. Si me permite, la llamo. ¿De parte de quién?

Cogió el teléfono mientras esperaba la respuesta de Consuelo y José.

–Dígale que somos del club de lectura –respondió José. Consuelo lo miró con desaprobación.

–Hola, señora Ortega. En recepción tiene usted visita, dicen que vienen de un club de lectura.

La recepcionista los miró sorprendida ante lo que escuchaba al otro lado del auricular.

–Está bien, se lo diré.

Colgó el teléfono.

–Esperen aquí, los atenderá en seguida.

Parecía que la mentira del club de lectura seguía funcionando, pero era un camino peligroso si la doctora seguía haciendo preguntas.

10:48

La doctora apareció en la recepción con una amplia sonrisa. Ese día, porque era domingo, o quizás porque se había cambiado para la inesperada visita, no llevaba su bata blanca.

–Me alegro de verla de nuevo. ¿Cómo está? –Saludó a Consuelo afectuosamente con dos besos en las mejillas–. Hola, soy la doctora Ortega. –Extendió la mano a José.

–Soy José, un placer.

–Bueno, ¿y en qué puedo ayudarlos?

–Pues queríamos saber si podríamos hacerle un par de preguntitas sobre el tema del otro día –dijo Consuelo mientras observaba a la recepcionista que, lejos de prestarles atención, parecía jugar con su teléfono.

–Pues claro que sí. Acompañenme a la oficina.

–¿Les apetece un café o un te? –ofreció la doctora.

Ambos se dieron cuenta de que la doctora había interpretado la visita como una posible entrevista de ingreso en el club. Consuelo decidió que había que tomar la iniciativa antes de que todo fuera a peor.

–José es uno de mis compañeros del club de lectura. Seguimos intentando resolver el misterio. Lo primero es agradecerle la ayuda que me ha ofrecido hasta ahora. Siguiendo con la investigación, hemos llegado a nuevas conclusiones y queríamos saber su opinión. Esta vez no tiene nada que ver con la antigua muralla.

–¡Vaya! –soltó la doctora en un tono de decepción que podía deberse tanto a una nueva oportunidad perdida para ingresar en el club, como a que la pregunta no tenía que ver con la muralla.

–Es sobre unas excavaciones que hubo en Madrid hace algunos años. –La atención y la sonrisa volvieron a la cara de la doctora.

–En la plaza de Ramales –añadió José.

La doctora se paró en seco y se volvió para mirarlos directamente a los ojos.

–¿Velázquez? –preguntó sin poder esconder su sonrisa.

–Sí, creemos que de ahí viene la *V* de la que hablamos –concluyó Consuelo.

11:13

Estaban parados en el pasillo que daba a la oficina.

–Las excavaciones de Velázquez. ¡Qué tiempos aquellos! Fueron en 1999, cuando yo estaba terminando mi doctorado. Toda la facultad hablaba del tema. ¿A qué se debe el repentino interés en Velázquez? –preguntó la doctora.

–Tenemos nuevas pistas del club de lectura. Una historia muy larga. –Consuelo había pensado ya en mil excusas, pero prefirió ir directa al grano–. ¿Cómo es que no se sabe dónde está enterrado? ¿Cómo se ha podido perder el cuerpo de uno de los pintores más famosos de la historia?

–Esa es una excelente pregunta. Déjenme que les muestre algo.

La doctora comenzó a caminar hacia la sala de exposiciones. José y Consuelo la siguieron por las escaleras, viajando rápidamente a través de la historia de Madrid. Se detuvieron frente al mismo mapa de la ciudad que en la última ocasión. A José no parecía gustarle estar en ese lugar, rodeado de vasijas rotas y luces tibias.

–Aquí es donde se enterró a Velázquez. –La doctora señaló un recuadro marrón del mapa.

Consuelo recordó que los recuadros marrones señalaban iglesias.

–La iglesia de San Juan –continuó–. Eso fue en el siglo XVII, pero tras la invasión de los franceses a inicios del siglo XIX, el hermano de Napoleón, José Bonaparte, fue nombrado rey de España, o por lo menos de algunas partes; el nuevo monarca comenzó a vivir en el Palacio Real, tal y como hacían los reyes. El palacio estaba situado exactamente en el mismo lugar que el antiguo alcázar árabe y, desde luego, que el Palacio Real actual.

El dedo de la doctora rodeó el lugar al que se refería.

–José Bonaparte realmente apreciaba las buenas vistas, y la iglesia le molestaba, así que la tiró y construyó una bella plaza en su lugar. Parece que, con el paso de los años, la gente olvidó dónde había sido enterrado el pintor, o simplemente no les interesaba. Admitámoslo, la gente tenía otras preocupaciones por aquel entonces. En cualquier caso, tanto la vida de Velázquez, como su muerte, están documentadas, y se sabe que fue enterrado en dicha iglesia. Durante muchos años se sucedieron las excavaciones en busca de su cuerpo, pero aunque aparecieron muchos cuerpos, ninguno pertenecía a Velázquez. Cuando se iniciaron las excavaciones de 1999, muchos dijeron que se trataba de una campaña publicitaria por el cuatrocientos aniversario de su nacimiento; otros, que se trataba de un plan para excavar otro *parking* privado en el centro de Madrid. Sea esto cierto o no, la verdad es que, arqueológicamente hablando, las excavaciones fueron de gran interés.

Toda la explicación de la arqueóloga le dio a Consuelo otra idea. Buscó en su bolso, y sacó el mapa

donde José había marcado la cruz la noche anterior. Lo acercó a la luz para que pudieran verlo mejor.

–¿Tiene algún tipo de interés arqueológico este lugar? –preguntó Consuelo señalando la equis sobre el mapa.

11:21

La doctora cogió el mapa para verlo mejor.

–Pues no sé. No creo que forme parte del cementerio del que hablamos, ¿es eso a lo que se refiere?

Consuelo tuvo una idea.

–Lo sé –dijo Consuelo mientras sacaba de su bolso las fotocopias de la doctora. Acercó la página donde se veía el mapa antiguo de Madrid y la localización del cementerio. Su dedo rodeó la necrópolis, y después se movió un centímetro hacia el este.

–Aquí es donde digo.

Consuelo y la doctora se acercaron un poco más a la luz para ver mejor el mapa, mientras José intentaba ver algo por encima de sus hombros. Era difícil ver algo en aquella fotocopia con la poca luz que había, así que la doctora propuso salir. Juntos llegaron hasta el patio del museo decorado con aquella bonita fuente.

–¿Qué es esto? –preguntó Consuelo señalando un edificio en el mapa antiguo. Ahora veía algo que antes no había visto.

–Parece un edificio con dos torres –replicó José de repente.

La doctora se inclinó para analizarlo más de cerca, murmuró algo y levantó el mapa moderno de la ciudad con la equis marcada.

–La iglesia de San Millán, por supuesto –sonrió la doctora–. Miren, lo pone aquí, al lado de la calle.

–Pero ahí no hay ninguna iglesia, ¿qué pasó con ella?

–Los franceses –replicó simplemente la doctora.

–Qué obsesión con las buenas vistas, ¿no? –comentó José, haciendo sonreír a las dos mujeres.

–Bueno, entonces, ¿qué es lo que pasa con este lugar? –preguntó expectante la doctora. De repente su expresión cambió hacia la mayor de las sorpresas.

–¿No me digan que están buscando a Velázquez?

Consuelo se sintió atrapada, como si su mentira hubiera sido descubierta. No podía desvelar su aventura.

–No, no. Es otra cosa –dijo Consuelo intentando evitar a la doctora, que los miraba de forma suspicaz.

–¿Qué les hace pensar que él está enterrado ahí? –No parecía darse por vencida.

–Hipotéticamente hablando, ¿por qué no podría estar enterrado ahí? –Se defendió Consuelo.

La doctora suspiró y los miró a ambos con las cejas arqueadas.

–Hablando científicamente, porque no lo está.

Ni siquiera puedo verlo.
Pintaron algo sobre mí, pero no sé cómo.

11:43

–Miren, no sé quién es el que dirige ese club de lectura. ¿Sabe algo de arqueología? ¿Ha estudiado el tema? Montones de compañeros de profesión han buscado a Velázquez sin ningún resultado. ¿Qué les hace pensar que ustedes pueden conseguirlo?

Consuelo comenzó a sentirse avergonzada, e incluso culpable, por su osadía.

–Vamos a ver. Cuando se realizaron las excavaciones en la plaza de Ramales, se encontró otra iglesia cerca de la actual. Allí encontraron los restos de un cuerpo cuya ropa se conservaba en relativo buen estado, y además coincidía con la ropa que, según documentos de la época, vestía Velázquez el día que lo enterraron: una capa negra con la cruz de Santiago, la más alta condecoración que se podía conseguir en aquellos tiempos, y que se le concedió a Velázquez poco antes de morir. Junto a él había una espada. Además, este hombre estaba enterrado junto a una mujer, más datos a favor. La mujer de Velázquez murió solo unos días después que él, por lo que fueron enterrados juntos. Por todo esto, los dos cuerpos fueron llevados a un laboratorio para ser investigados. Lo primero que se hizo fue intentar datar la edad de los cuerpos. ¿Recuerda que le comenté ese tipo de investigaciones cuando le hablé del cementerio islámico? Bueno, pues hay varias formas de datar esto a partir de los huesos. Los datos fueron muy esperanzadores, porque ambos cuerpos concordaban con las fechas que se trabajan para Velázquez. Entonces tuvieron que buscar muestras de ADN para confirmar las sospechas. Por suerte, la reina Sofía es pariente lejana de Velázquez, ¿lo sabían? No sé muy bien cómo, consiguieron el ADN de la reina, o quizás solo lo tomaron de alguno de los miembros de las casas reales y la nobleza europea que están emparentadas entre sí. El caso es que el resultado fue negativo, lo que supuso un duro golpe para los investigadores y para aquellos que seguíamos el caso.

–¿Entonces, a quién habían encontrado? –preguntó José.

–Pues parece que se trata de otro hombre enterrado con honores. Otra de las razones que hizo pensar que no podía ser Velázquez son los documentos de la época provenientes de la iglesia de San Juan, que afirman que muchos de los cuerpos que fueron sepultados allí, se movieron a otras iglesias cuando se llevó a cabo la demolición.

Consuelo arqueó las cejas, y miró a la doctora Ortega con expresión expectante.

–De lo que estoy segura es de que no fue a la iglesia de San Millán a donde fue trasladado el cuerpo, porque se destruyó solo unos años después. ¡Si hubiera sido así, Velázquez habría tenido verdadera mala suerte! Desafortunadamente, los documentos no especifican qué cuerpos fueron trasladados.

–Parece que conoce bien el tema –añadió José.

–Claro, encontrar el cuerpo de Velázquez es uno de los sueños de todo arqueólogo en España. Leí mucho sobre el tema en aquellos años de búsqueda, y mentiría si dijera que no anhelo encontrarlo. Aunque, por otro lado, creo que merece descansar en paz. A veces pienso que se está riendo de nosotros desde donde esté.

–¿Piensa que era un hombre con buen humor? –preguntó José. La doctora sonrió nuevamente, estaba en su salsa.

–Pues es difícil de decir, ya que no contamos con muchos detalles de su vida privada. Se encontraron un par de cartas personales, pero ninguna de ellas hablaba sobre su vida o dejaba entrever su personalidad. Su figura es francamente misteriosa y a él le encantaba hacer infinidad de sutiles trucos. Si investigamos sus pinturas analizando su contexto histórico, estas son extravagantes y llenas de mensajes. *Las meninas*, por ejemplo, es un cuadro ingenioso. ¿Sabían que en esa época no estaba permitido retratar al rey y a la reina como pareja, es decir, juntos, en una pintura?

–¿Por qué? –preguntó Consuelo.

–Pues antiguas tradiciones y creencias de la corte española. Pero Velázquez supo engañarlos a todos. Nos hace entender que el tema principal del cuadro es la infanta siendo vestida por algunas damas de honor. Detrás de ella, de pie, se encuentra el propio pintor, que se autorretrata con una paleta y un pincel. En un primer momento parece que está retratando a la infanta, pero si miramos bien el cuadro, vemos que Velázquez ni siquiera la mira. Sobre la pared del fondo podemos ver un espejo en el que se aprecian unas figuras. Velázquez parece pintar lo que se ve en el espejo. No es un espejo, sino el dibujo de un espejo. ¡Es increíble! *Las meninas* es un cuadro donde se representan varios cuadros dentro del mismo, algo extraordinario.

La doctora se detuvo, y Consuelo deseó que dejara de explicarlo todo con ese dramatismo.

–¿Y quiénes son los que están representados en el espejo? –preguntó por fin Consuelo.

–¡La pareja real! Parece ser que los padres estaban presenciando cómo su hija era retratada por

Velázquez, que se suponía que no podía retratar a la pareja real.

–¡Qué ingenioso! –exclamó José.

11:52

Consuelo y José se miraron perplejos.

–Muy inteligente, ¿verdad? Además, esta pintura es uno de sus extraños autorretratos. El trabajo de Velázquez con los espejos es francamente increíble, se puede ver en otros cuadros... Ya me estoy yendo otra vez por las ramas –sonrió la doctora–. Sin lugar a dudas, Velázquez es un personaje interesante y yo creo que también contaba con un refinado sentido del humor, aunque mucha gente no lo vea.

–¿Entonces dice que Velázquez gustaba de engañar a la gente? Bromas secretas, mensajes ocultos – preguntó José dedicándole una sonrisa a Consuelo.

Consuelo entendió a la perfección la sonrisa de José ¿Tendría razón? ¿Estaría Velázquez intentando dejarles un mensaje? ¿O estaría intentando reírse de ella?

–Pues sí, creo que Velázquez jugaba un poco con todo aquel que viera sus cuadros sin preguntarse por su significado real. Uno de los misterios más inexplicables, además de dónde yace su cuerpo, se refiere al cuadro de *Las meninas*. Velázquez terminó el cuadro unos años antes de ser admitido en la Orden de Santiago, donde recibiría la famosa cruz con la que fue enterrado, ¿recuerdan?

Consuelo volvió a la plaza de Ramales, y allí estaba el monumento a Velázquez con la cruz de la orden. También recordó el azulejo de la calle, donde Velázquez había sido retratado con la misma cruz sobre el pecho.

–En *Las meninas* Velázquez aparece con la cruz, aunque aún no la tenía cuando fue terminado el cuadro. Parece realmente poco probable que él mismo la colocara más adelante. Entonces, ¿quién la puso allí? Algunas personas piensan que fue el propio rey quien lo hizo, pero este no era un gran pintor, así que el misterio permanece sin resolver.

La doctora paró de repente y arqueó las cejas.

–Quizás sea eso lo que tienen que encontrar.

¿Podía ser esa la aventura? ¿Encontrar quién pintó la cruz de Santiago sobre el pecho de Velázquez?

A Consuelo le gustó la idea, sobre todo porque no involucraba a ningún muerto o, al menos, la muerte no sería el tema principal de sus futuras investigaciones. Fue José quien tiró sus ilusiones por la borda.

–Pues la verdad es que estamos más interesados en los cuadros de los enanos. ¿Podría contarnos algo sobre esos cuadros?

La doctora se sorprendió ante la pregunta.

–¡Los enanos! La verdad es que no sé mucho sobre esos cuadros, pero de una cosa estoy segura: también guardan algún mensaje oculto. Lo más interesante que os puedo decir es que Velázquez fue el primero en retratar a estos residentes de la corte. A pesar de que eran muy comunes en todas las cortes europeas, era absolutamente inusual pintarlos mostrando sus deformidades. En el Prado hay una sala dedicada exclusivamente a las pinturas de bufones de Velázquez.

11:59

Consuelo se sentía abrumada ante todo lo que les había contado la doctora. Se le habían acabado las preguntas. Necesitaba analizar la nueva información con José, y decidir qué harían a continuación.

–Pues le agradecemos mucho la ayuda, nos ha servido de mucho –terminó Consuelo.

–El placer ha sido mío. No duden en mantenerme informada. Suerte con la búsqueda. –La doctora buscó en uno de sus bolsillos y sacó una tarjeta un poco arrugada–. Solo por si lo necesitan, aquí me pueden encontrar.

Ambos aseguraron que invitarían a la doctora cuando supieran de nuevas plazas disponibles en el club de lectura. La doctora los acompañó muy amablemente a la recepción.

–¿Nos vamos a ver a los enanos? –preguntó entusiasmado José mientras volvían a salir al caluroso Madrid.

12:12

A pesar de que era mediodía y el sol comenzaba casi a quemar sus rostros, ambos decidieron caminar hasta el Museo del Prado. Esta era la mejor opción, y, además, así evitarían a los hermanos peruanos del metro.

Llegaron a la boca de metro de La Latina y ojearon los alrededores. De repente, todo parecía indicar la presencia de la iglesia de San Millán. Primero, el café San Millán, en la misma plaza. Justo a su lado, sobre la pared, la placa de la calle contenía una pintura donde se podía ver al santo enfrente de una iglesia, retratado como pastor, con su perro y su oveja.

–Bueno, ya sabemos que aquí hubo una iglesia. ¿Qué querrá decirnos todo esto? –preguntó José.

–Pues en mi opinión, mucho. Quizás Velázquez quiere que descubramos que es ahí donde descansa. ¿No crees que la doctora se avergonzó porque nadie hubiera llegado tan lejos y nos tiene envidia?

–¿Y va a comenzar unas excavaciones secretas ella misma? No creo.

Consuelo imaginó a la doctora con la brocha y el cincel comenzando con nocturnidad y alevosía su nueva investigación bajo los cimientos del café.

–No sé. Yo también pensé en Velázquez al principio –continuó José–. Lo extraño es que no se pintara a sí mismo, eso hubiera hecho todo más fácil, ¿no crees? –Consuelo estaba dolida, necesitaba defender su teoría.

–Si no hubiera puesto nada en el suelo de mi tienda, sí que lo habría hecho más fácil, pero no es el caso. La doctora dijo que a Velázquez le encantaba engañar a la gente, ¿por qué no podría ser este su último truco?

–Pues a lo mejor estamos cayendo en la trampa –dijo José con una risa burlona.

–Lo que sea, yo voy al museo, ¿quieres venir? –preguntó ella desafiante.

José se disculpó por su falta de seriedad.

–¡Serán cosas de ermitaño! –sonrió ella mientras caminaban por la calle San Millán.

12:21

Mientras bajaban por el castizo barrio de Lavapiés, Consuelo no podía dejar de ver la muerte en cada esquina. Primero bajaron por la calle San Pedro Mártir, cuya placa mostraba al propio santo colgado boca abajo en una cruz, con manos y pies clavados a la misma. Los soldados romanos lo miraban con desprecio desde abajo mientras colocaban cuerdas a ambos lados.

A continuación giraron por la calle de la Cabeza, donde se representaba una cabeza humana decapitada sobre una bandeja. Al lado de la cabeza se podían apreciar una espada y la cabeza de un cordero que sangraba. La placa de la calle era bastante macabra, y Consuelo sintió alivio de que la cara de su pollería no incluyera ninguna de aquellas sádicas sorpresas. Dejó de buscar más símbolos de la muerte y comenzó a charlar de su vida personal con José. José era sin duda una persona de pocas palabras, pero, al menos, le sirvió de distracción durante el camino.

En taquilla compraron las entradas para el museo, José, una de jubilado, y ella, una normal. El precio había subido desde la última vez, tanto en pesetas como en «pavos».

En la entrada principal un conocido los miraba burlonamente. Dejaron atrás la estatua de Velázquez, que representaba al eterno pintor sentado en una silla con su paleta y su pincel entre las manos, con la famosa cruz de Santiago en su pecho.

12:50

Al entrar, cogieron un plano del museo y buscaron juntos las salas del museo donde se exponían las obras de Velázquez. Ahora solo tenían que encontrar el camino más rápido hasta la primera planta, esquivando las hordas de turistas y guías del museo. Desde las pinturas italianas de los siglos XVII y XVIII, consiguieron avanzar por las enormes salas hasta las pinturas flamencas repletas de naturalezas muertas, que transportaron a Consuelo a la sección de fruta del mercado momentáneamente. Al encontrarse perdidos, volvieron sobre sus pasos, y allí estaba el ascensor que los llevaría al paraíso de la pintura barroca española.

Pararon en primer lugar frente a *Las meninas*, y observaron lo que les había comentado la doctora. Todo era tal cual había dicho.

–¡Impresionante! –comentó José.

–¿Dónde está Sebastián? –Consuelo miraba impaciente de un lado a otro.

No tenían ninguna prisa, pero los nervios hicieron que Consuelo se apresurara. Caminaba nerviosa por la enorme sala. Sebastián no estaba allí.

Se dio la vuelta y, de pronto, algo que se reflejó en sus ojos hizo despertar una sonrisa de satisfacción en la pollera. Por uno de los pasillos, al fondo, uno de los enanos de la corte los esperaba.

–¡Allí, allí está! –dijo casi gritando por la excitación. Agarró a José fuerte de la mano y lo arrastró por el pasillo.

—¡Dios mío! —exclamó José mientras pasaban al lado de un cuadro que representaba la crucifixión de Jesús. Delante de la obra, un guía comentaba en español a un pequeño grupo: «*Cristo crucificado* es una de las pocas obras de tema religioso de Velázquez, a pesar de que era un tema recurrente en su tiempo. La leyenda cuenta...». No pudieron escuchar más.

13:23

Y por fin se encontraban en el lugar: los bufones de la corte. Ambos buscaron por la estancia hasta encontrar en una esquina el retrato de Sebastián. Fue entonces cuando Consuelo se dio cuenta de que su mano seguía agarrando con fuerza la de José. Sin mirarlo a los ojos, y procurando no darle importancia, la soltó.

La cabeza de Sebastián se veía más grande que en el suelo de la pollería, y su rostro parecía mostrar satisfacción al ver la repentina llegada de Consuelo y su acompañante.

Justo a un lado del cuadro, una placa decía: «*El bufón don Sebastián de Morra*».

—Ya he llegado. ¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó ella imitando la postura del cuadro del bufón.

La situación era cuanto menos chistosa. Por suerte, nadie parecía haber oído a Consuelo, o quizás, al ser en su gran mayoría extranjeros, no la habían entendido. Mientras esperaba una respuesta del bufón, un nutrido grupo de españoles con su guía entraron en la sala.

—En esta sala, los bufones de la corte, pinturas en las que Velázquez disfrutó de una gran libertad, mayor incluso que en otros retratos. —El guía continuó explicando que Velázquez los había pintado con el mismo respeto con el que había hecho sus retratos a la familia real. A continuación, el grupo se acercó a Sebastián, dejando a Consuelo y José a un lado, escuchando cuidadosamente.

—El retrato de Sebastián de Morra es uno de los más conocidos de Velázquez, y sirvió de inspiración para otros pintores, como Picasso o Dalí —explicó el guía. Continuó dando una serie de detalles técnicos sobre el color, las sombras, la ropa que este vestía, el suelo, y algún tipo de marco imaginario que ni Consuelo ni José fueron capaces de detectar.

Tras las explicaciones pertinentes, el grupo continuó su viaje.

—Tampoco ha sido muy útil, ¿no? —preguntó él mirando el cuadro fijamente.

¿Qué era tan especial en el cuadro? Artísticamente, el cuadro de Sebastián era posiblemente muy destacable, pero Consuelo no lograba entender qué lo hacía diferente del resto de enanos y bufones de la sala. Bueno, existía una razón: al fin y al cabo, ese hombrecillo había aparecido en el suelo de su pollería, y eso lo hacía especial.

¿Pero por qué ese cuadro?

¿Por qué Sebastián?

—Pues tienes razón —dijo Consuelo decepcionada.

13:41

Volvieron a caminar, esta vez más seguros, sin perderse, por los pasillos del museo, dirección a la cafetería. Allí, para saciar su sed, pidieron una botella grande de agua que compartieron. Con la botella sobre la mesa, ambos permanecieron en silencio durante un instante.

—¿Qué piensas, sabio ermitaño? —Comenzó ella rompiendo el hielo.

—Pues la verdad es que nada de nada. ¿Y tú?

—Pues tampoco sé muy bien qué pensar.

Sus miradas bajaron a sus vasos vacíos.

Consuelo pensó que este sería el mejor momento para reflexionar a solas tal y como le había recomendado Pipilope, por lo que se levantó y propuso volver a casa. Justo cuando iban a salir por la puerta, José se detuvo en seco y señaló la librería del museo.

—¡Mira, quizás encontremos algo ahí! —exclamó.

Una de las estanterías de la librería estaba dedicada exclusivamente a Velázquez, lo que hacía difícil saber por dónde empezar. Echando un rápido vistazo, Consuelo se sorprendió al no ver el libro que le había llevado Diego.

—Quizás deberíamos centrarnos más en él que en su obra, ¿no te parece? —propuso él—. ¿Qué tal una biografía? Así podemos centrarnos un poco más en conocerlo y entenderlo. ¿Qué piensas?

Consuelo no acababa de estar convencida; estaba un poco desilusionada ante el fracaso que había supuesto su visita al museo. Aun así, accedió a la propuesta de José. Este, casi sin pensar, se acercó a la

estantería dedicada a Velázquez y agarró uno de los libros.

–¿Qué tal este? –preguntó.

–*Las vidas de Velázquez*. –La voz del librero interrumpió la situación.

–¿Es bueno? –preguntó Consuelo volviendo su mirada al nuevo interlocutor.

–Es una elección excelente. Francisco Pacheco era el maestro de Velázquez en Sevilla –dijo el librero mientras señalaba el nombre de uno de los autores–. Incluso llegó a ser su suegro.

Consuelo dirigió al librero una mirada interrogante.

–Estudio tercero de Historia del arte –sonrió el librero.

–Pues nos lo llevamos –concluyó José con una amplia sonrisa.

José insistió en pagar. «Regalo del ermitaño», dijo mientras colocaba el libro en la bolsa. La cara de la pollera denotaba cansancio cuando ambos salieron de nuevo al infierno de Madrid en agosto.

Cruzaron la calle y fueron a esperar el autobús de Consuelo.

–No te preocupes, Consuelo, ya encontrarás algo –dijo José queriendo animarla.

Ella le agradeció el esfuerzo y la compañía. Buscó en su bolso y sacó una factura del mercado en la que escribió su número de teléfono. A pesar de la desilusión que había supuesto la visita al museo, aún pensaba que José era el ermitaño y que le sería de gran ayuda en su aventura.

–Mañana estaré en el mercado, pero si se te ocurre algo nuevo, puedes llamarme.

–Por supuesto –contestó él mientras Consuelo subía al autobús que la llevaría a casa.

15:35

Ya en casa, Consuelo preparó una copiosa comida mientras Antonio jugueteaba con el pompón. Sus planes de una larga siesta, un poco de té helado y un ratito en calma para pensar se vieron truncados cuando sonó el teléfono. Era Diego, que pareció muy sorprendido al saber que su prima había incluido a José en su aventura. Consuelo le contó la teoría de José sobre Velázquez, la charla que habían tenido con la doctora y su infructuosa visita al Prado. Le habló del nuevo libro que había adquirido un rato antes, y le prometió mantenerlo al día.

–¿Sabes que estás un poco loca, prima? –preguntó Diego.

–Pues eso es lo que decían de... –Consuelo no encontraba ningún ejemplo–. Pues eso es lo que posiblemente dijeron de Velázquez.

16:03

Cuando colgó el auricular, Consuelo se acordó de que había alguien a quien no había mantenido al día, alguien que, con seguridad, no la tomaría por loca.

Habló casi una hora con Zorro, que encontró sus avances, cuanto menos, increíbles. Zorro felicitó a Consuelo y le hizo saber que estaba orgulloso.

–Creo que estás muy cerca, Consuelo. Has encontrado al ermitaño; la gran revelación es solo cuestión de tiempo.

17:11

Las palabras de Zorro llenaron de energía a Consuelo. Se sentía motivada, y dedicó un buen rato a Antonio y el pompón antes de prepararse un café e iniciar la lectura de la primera parte del libro.

Vida de Velázquez, de Francisco Pacheco. El ejemplar no era muy largo; además de muchas fechas y nombres nobles, incluía una selección de pinturas. El autor hablaba maravillas de su yerno, aunque no ofrecía comentarios personales, por lo que Consuelo no podía hacerse una idea de qué tipo de persona podría haber sido el pintor sevillano. Pacheco describía con orgullo y en detalle las obras de Velázquez. Hacia el final, cuando empezó a hablar de sus naturalezas muertas, los pensamientos de Consuelo volvieron a la sección de fruta del mercado y, por un momento, pensó que podría haber una conexión. Cuando se quiso dar cuenta, había terminado la primera parte del libro. Curiosamente, esta primera *Vida de Velázquez* terminaba ahí.

La segunda parte se titulaba también *Vida de Velázquez*, y había sido escrita por Antonio Palomino, quien, según la contraportada del libro, era un pintor barroco conocido principalmente por sus escritos sobre teoría del arte y sus biografías.

Consuelo clavó sus ojos en la portada de la segunda biografía, y miró a Antonio, que se había sentado a su lado.

–¿Antonio? –preguntó al gato, que respondió a su llamada mirándola fijamente–. Un nombre raro para un gato, pero no para un pintor del siglo XVII –sentenció mientras las ganas de seguir leyendo crecían.

La versión de Palomino era más detallada, e incluía bastantes fechas. Estaba dividida en las diferentes etapas de la vida de Velázquez, y hablaba de sus influencias artísticas, personajes contemporáneos al pintor, sus viajes y, por supuesto, de sus pinturas, entre las que se incluían, aunque de manera vaga, las pinturas de los enanos. Al contrario que la versión anterior, esta aportaba también detalles de su muerte. Consuelo deseaba llegar lo antes posible a esa parte.

Recordó algo que su primo Diego solía hacer: leer primero la última página del libro y luego iniciar la lectura. A ella eso le parecía estropear el resto de la historia, por lo que, aunque tratándose de una biografía del siglo XVII todo parecía predecible, no quiso arruinar el placer de la lectura y dejó la muerte de Velázquez para el final.

22:10

Consuelo estaba en el baño colocándose sus rulos. Antonio la observaba a través del espejo subido en el váter. Ambos se miraron un momento directamente a los ojos a través del espejo y Consuelo supo cuáles eran sus intenciones, por lo que colocó sus rulos lo suficientemente lejos de él.

–Vete a por tu pompón. Esto no es para jugar, son míos.

Consuelo jugó un rato con Antonio en el salón, después agarró el libro, y se dispuso a leer sobre la muerte de Velázquez.

«Capítulo 12. Sobre el viaje de Velázquez con su majestad, y su enfermedad y muerte.»

El título prometía.

El capítulo hablaba sobre el viaje de Velázquez con Felipe IV para casar a la hija de este con el rey de Francia, Luis XIV. El encuentro entre ambos monarcas tuvo lugar en un pueblo vasco, cerca de la frontera entre España y Francia. El libro no describía las relaciones diplomáticas llevadas a cabo, pero sí, en cambio, las ricas vestimentas de ambas cortes. Tampoco se mencionaba nada de la ceremonia que tuvo lugar, tan solo de la salida de la corte, y Velázquez con ella, el 8 de junio de 1660.

En este momento el autor, por primera vez en todo el libro, mencionaba algunos detalles sobre la familia y los amigos del pintor. Mientras Velázquez había estado fuera, habían surgido rumores sobre su muerte, por lo que todo el mundo se alegró de verlo a su vuelta.

Desafortunadamente, Velázquez enfermó. El 31 de junio «el pintor se sintió fatigado con algún ardor», y «comenzó a sentir grandes angustias y fatigas en el estómago y en el corazón». Los médicos que lo visitaron coincidieron en el veredicto: fiebre «terciana sincopal minuta sutil». Fuera lo que fuera, aquello parecía grave. Esta enfermedad fue consumiendo la vida del pintor sevillano, hasta que finalmente acabó con ella el día 6 de agosto de 1660.

A partir de aquí, el libro se esmeraba en describir cómo fue vestido Velázquez con la capa de la orden y cómo fue decorado su ataúd, momento en el que Consuelo empezó preguntarse si el autor quizás tendría algún tipo de obsesión con la ropa, dado que estas descripciones parecían más importantes que la propia muerte del pintor. Después de que, por fin, Velázquez hubiera sido enterrado, el libro terminaba con un epígrafe dedicado al pintor escrito por uno de sus alumnos. Este consistía en un himno de alabanza a la labor del «mejor pintor español de todos los tiempos», y a continuación detallaba resumidamente los eventos y hechos que ya había leído Consuelo. Poco a poco, los ojos de la pollera se fueron cerrando.



Lunes 15 de agosto del 2011

07:00

La siguiente mañana pretendía ser una de tantas. Consuelo se dispuso a repetir cada una de las rutinas que le habían servido todos aquellos años. Agarró todo aquello que necesitaba para su jornada laboral, e incluyó el libro sobre Velázquez. Un poderoso sol de agosto la esperaba fuera de casa.

Las preocupaciones por sus aventuras y quehaceres le impidieron darse cuenta de que Madrid parecía una ciudad fantasma aquella mañana. Cuando llegó al mercado y vio las puertas cerradas a cal y canto cayó por fin en la cuenta: era 15 de agosto, la Virgen de la Paloma.

Por un momento, Consuelo se preocupó por las cada vez más frecuentes fallas en su memoria, pero pronto pensó que si había llegado hasta allí, sería por una buena razón. Pasaría la mañana revisando sus notas al lado de su querido amigo Sebastián. Bajó por las escaleras al *parking*, y entró en el mercado.

Cuando abrió el cierre de su tienda y encendió los neones se dio cuenta de que su instinto, al contrario que su memoria, seguía en buenas condiciones. Sabía que algo había pasado en la pollería, aunque, sin duda, no estaba preparada para lo que se le venía encima.

08:52

Caminó despacio hacia el rostro de Sebastián. Sus ojos y su boca se abrieron al unísono.

Había huevos rotos por todas partes, encima y al lado del rostro.

Sin duda, su «ovofobia» había mejorado en los últimos tiempos, pero esto era demasiado. Por si fuera poco, cuando se acercó a la cara para echar un vistazo más de cerca, su corazón paró por un momento.

Había algo escrito bajo el rostro de Sebastián: «Non pinxit Alfaro».

NON
pinxit
ALFARO

08:55

Consuelo estaba atónita. Miraba los huevos, las palabras y la cara, sin poder creer lo que estaba pasando. No entendía con claridad lo que significaba aquella frase, ya que se trataba de una lengua desconocida para ella. Rápidamente, agarró su bolso y buscó su teléfono.

¿A quién debía llamar? ¿A Zorro? ¿Pipilope? ¿La doctora? ¿Diego? Sus dedos volaban por la agenda del teléfono. ¿José? ¿Al 112?

08:58

–¿José? Soy yo, Consuelo. Te llamo porque... creo que... he descubierto algo nuevo –dijo ella casi desesperada.

–¿Estás bien?

–Creo que sí, estoy bien, pero tienes que ver esto. Estoy en el mercado, ¿puedes pasarte? Creo que me va a dar un síncope.

–Sí, claro, pero tranquilízate. No tardo más de veinte minutos.

09:31

José llegó a la tienda, donde Consuelo lo esperaba ansiosa. Ambos se quedaron largo rato observando la cara en silencio. Cinco huevos y tres palabras, que, según José, eran latín.

–¿Y a qué crees que viene esto ahora? –preguntó ella.

–No sé, ni siquiera sé bien qué significa.

Consuelo se dio cuenta de que la actitud de José era ciertamente de alegría, lo cual, considerando la situación, era de agradecer.

–¿Ni siquiera te suena?

–Creo que podríamos ayudarnos de Internet.

–¿Pero cómo? –replicó ella ansiosa de respuestas.

–Pues, en principio, necesitamos un ordenador.

–¡Obviamente!

–Lo buscaremos en Google –dijo él mientras ella simulaba saber a qué se refería.

–¿Y qué es lo que quieres buscar? ¿Tengo problemas con un cuadro de Velázquez y cinco huevos en mi suelo?

Consuelo se dio cuenta de que su comentario podía sonar un poco maleducado, pero su nuevo humor irónico le encantaba.

–Yo pensaba buscar las tres palabras, a ver qué significan. ¿Te parece?

Parecía ser que el nivel informático de José la superaba con creces.

09:55

Ambos caminaron hasta el locutorio más cercano. José se sentó a los mandos de un sucio ordenador mientras Consuelo le guardaba las espaldas. Parecía saber lo que estaba haciendo. Su primo también tenía un ordenador en casa, pero Consuelo nunca había alcanzado a entender muy bien su utilidad. Pensaba que su primo solo lo usaba para pedir piezas nuevas de sus maquetas.

José escribió la famosa frase en el buscador y presionó la tecla *enter*. Lo que apareció en la pantalla parecía una gran revelación en sí mismo.

En lugar de encontrarse con ninguna traducción, todos los resultados hablaban de alguien llamado Juan de Alfaro y Gámez.

José llevó el ratón hasta el primer enlace y lo presionó.

–Pues parece que este tipo es otro pintor barroco que vivió entre 1610 y 1680. Nacido en Córdoba, bla, bla, bla. Pero, ¿qué tenemos aquí?

José señaló el final de la primera línea.

–Era uno de los estudiantes de Velázquez. ¡Fíjate, también lleva la cruz de Santiago! –dijo José mientras señalaba uno de sus retratos–. Parece que no era el tipo más popular de la época. Mira, según uno de los biógrafos «tenía más vanidad que habilidad para las artes». Esa es una crítica dura, ¿no? –José siguió leyendo–. Pues parece que se descubrió que había copiado muchas obras y las firmaba con «Alfaro pinxit», que en latín significa ‘pintado por Alfaro’.

–¿«Alfaro pinxit»? ¿Y por qué en mi suelo pone todo lo contrario?

–Espera, espera... aquí está. Uno de los maestros de Alfaro fue el que descubrió el fraude, y para humillarlo públicamente, escribió bajo sus propios cuadros «non pinxit Alfaro», lo que, por supuesto, significa ‘no pintado por Alfaro’.

–¡Qué vergüenza! –dijo Consuelo.

–Aquí dice que la frase se volvió muy popular y que continuó utilizándose por más tiempo.

–¡Pobre!

–O no tan pobre –replicó José. Volvió al menú de búsqueda, y pasó al siguiente enlace.

–¿Qué es esto? –preguntó ella mientras señalaba el documento que aparecía en la pantalla.

–Es una digitalización. Se suele hacer con los libros más viejos, así los hacen accesibles al público sin destruir el original.

–Ya veo. –Asintió Consuelo.

–Pone que es un diccionario histórico de «los más ilustres profesores de arte españoles». Suena divertido.

–¿Pero te vas a leer todo el libro aquí? ¿No cobran por minuto? Nos va a salir por un ojo de la cara.

–No hace falta, también se pueden buscar cosas dentro del propio texto –dijo José mientras escribía «non pinxit Alfaro» en el buscador.

A Consuelo le fascinó cómo unos marcadores digitales amarillos destacaron las palabras de la búsqueda en el libro antiguo.

–Ahora imprimimos esto, y ya está.

Consuelo se acercó al mostrador y pidió lo que habían imprimido al dependiente. Cuando volvió al ordenador, José se dio la vuelta en la silla y la miró con una amplia sonrisa.

–¿Qué es eso? –preguntó ella.

–Échale un ojo –contestó José sonriendo.

–Creo que tú también te estás obsesionando con mi aventura –dijo Consuelo mientras empezaba a leer–. ¡No puede ser verdad! –exclamó.

José movía sus pobladas cejas por detrás de los anteojos.

–¡Creo que hemos encontrado a nuestro muerto!

10:23

No se lo podía creer. Todo esto no podía ser una coincidencia sin más. Según el texto, Alfaro murió en 1680 y fue enterrado en la iglesia de San Millán, justo donde marcaba la cruz del mapa.

Consuelo observó a José, esperando que dijera algo.

–Así que es Alfaro el que está enterrado en la iglesia. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Velázquez? Al parecer, él no está enterrado allí, y eso es lo que parece interesar a todo el mundo. ¿Por qué sería interesante la tumba de Alfaro? –preguntó Consuelo perpleja mientras José la observaba. Parecía pensativo, pero no decía ni una sola palabra.

–¿Será esta mi gran revelación? ¿Cómo se supone que puede iluminarme? –continuó Consuelo.

José seguía sumido en sus pensamientos, las palabras parecían haberlo abandonado.

Ella continuó buscando esa gran iluminación en la página que tenía entre sus manos. Pronto algo le llamó la atención, algo que ya había visto antes, aunque no sabía bien dónde.

–Aquí hay algo sobre Velázquez otra vez –dijo mientras su dedo índice señalaba uno de los últimos párrafos. Le pasó la hoja a José, y comenzó a buscar algo en su bolso.

–Sí, es justo lo que decía la página web de antes –dijo él–. Que Alfaro era también un escritor. Este tío le daba a todo. Ah, aquí está. Velázquez. Entonces, Alfaro también escribió sobre otros pintores famosos de su época.

Consuelo continuaba con la prospección arqueológica de su bolso; hasta el momento no había resultados positivos.

–Un segundo. Este tipo me suena de algo, creo que ya lo hemos visto en algún sitio antes –dijo José de repente.

–Sí, yo también lo creo –sonrió Consuelo mientras sacaba de su bolso la biografía de Velázquez.

10:31

–¡Antonio Palomino! –exclamó Consuelo orgullosa, mostrando uno de los nombres que encabezaban el libro sobre Velázquez–. Es el autor de la segunda biografía de Velázquez –explicó ella.

–¿Segunda biografía? –replicó José.

–Sí. Realmente el libro contiene dos biografías de Velázquez, ambas tituladas *Vida de Velázquez*. La primera fue escrita por el suegro de Velázquez, y la segunda, por el tal Palomino –Consuelo explicó a José todo lo que había leído la noche anterior.

–Palomino, Palomino... –pensaba José en voz alta.

José devolvió la hoja donde se hablaba de Alfaro a Consuelo y volvió al ordenador.

–Aquí dice que tras la muerte de Alfaro, el tal Palomino utilizó los escritos de este para escribir sus biografías –comentó él.

El puntero del ratón volvió a las búsquedas del principio y de allí a la primera página que habían visitado.

–Y parece ser que Palomino también escribió la biografía del propio Alfaro –comentó Consuelo señalando la sucia pantalla del ordenador.

–Pues creo que tienes razón. Además de todo eso, mira aquí. Parece que la anécdota del «non pinxit» ya la comentaba Palomino en su biografía.

–Dale ahí, sobre su nombre. –Consuelo se sentía orgullosa de haber aprendido que aquello que estaba subrayado llevaba a más información.

José presionó sobre el nombre *Palomino*.

–Vivió de 1653 a 1726. Biógrafo y pintor, bla, bla bla.

–¡Y estudiante de Alfaro! –gritó Consuelo detrás de José señalando el nombre: Juan de Alfaro y Gámez. Ambos se miraron asombrados.

–Entonces, Alfaro fue estudiante de Velázquez y Palomino a su vez, estudiante de Alfaro. Los tres eran pintores, y dos, biógrafos que escribieron sobre Velázquez, o, al menos, Palomino usó las notas de Alfaro para hacerlo –resumió José–. Tiene que haber una conexión, ¿no crees?

–Yo creo que sí. ¿Pero dónde encaja la pintura de Sebastián en todo esto? Hay algo que se nos escapa.

–¿Puede ser que alguien te esté intentando decir que el retrato de Sebastián no fue pintado por Velázquez sino por Palomino?

–No puede ser. Palomino solo tenía siete años cuando murió Velázquez –dijo Consuelo mientras señalaba la fecha de nacimiento de Palomino sobre la pantalla: 1653–. Seguramente, nunca llegaron siquiera a verse. Si alguien hubiera visto un nuevo retrato de enanos de la corte tras la muerte de Velázquez, digo yo que se habrían dado cuenta.

Aunque Consuelo aún no llegaba a comprender todo lo que estaba pasando, algo le decía que iba por el buen camino. La iluminación y la gran revelación estaban cerca, al alcance de la mano.

–Tienes toda la razón –dijo José–. ¿Qué otra relación podría existir entre estos tres?

–Ni idea. ¿No crees que esta es una gran pregunta para nuestro club de lectura?

Ella le dedicó su mejor sonrisa y buscó en su bolso su teléfono móvil y la tarjeta de la doctora Ortega.

10:50

La arqueóloga parecía encantada de tener noticias de Consuelo, y se interesó por cómo marchaba su acertijo y por si habían tenido suerte con la iglesia de San Millán. Consuelo le preguntó si había oído alguna vez el nombre de Juan Alfaro y Gámez. La doctora contestó negativamente, por lo que Consuelo tuvo que explicarle que había sido un estudiante de Velázquez y que era él el que había sido enterrado en la iglesia de San Millán.

El nombre de Palomino tuvo mayor suerte. La doctora comentó a Consuelo que ella tenía también la biografía sobre Velázquez, y que era el único documento exhaustivo sobre el tema. Además, la obra de Palomino había sido la principal referencia utilizada para encontrar el cuerpo de Velázquez.

Consuelo preguntó si sabía que su obra estaba basada en los escritos de Alfaro, a lo que la doctora volvió a responder de forma negativa. La arqueóloga estaba ciertamente sorprendida por el nivel que el club de lectura estaba alcanzando.

Antes de terminar la llamada, Consuelo preguntó si conocía las palabras «non pinxit Alfaro» y, aunque la doctora conocía su significado en latín, no sabía contextualizarlas. La excitación de la arqueóloga con respecto al acertijo del club de lectura iba en aumento, así que Consuelo decidió cortar con la conversación lo más rápido posible. Sin saberlo, la doctora Ortega le había dado información muy útil.

11:11

–¿Qué te ha contado? –preguntó José en cuanto ella colgó el teléfono.

–Pues que nunca había oído hablar de Alfaro. Además, me ha dicho que la obra de Palomino es la única obra exhaustiva –comenzó a explicar Consuelo para quedarse muda de repente.

Se había acordado de algo.

Agarró la biografía de Velázquez y comenzó a revisar sus páginas una a una.

–Si de verdad esta biografía de Velázquez es la más importante de su época, ¿cómo nadie se ha preguntado por qué está escrita sesenta años después de la muerte de Velázquez?

Consuelo mostró la portada de la segunda biografía de Velázquez, escrita por Antonio Palomino; debajo del título, la fecha marcaba 1724.

–Muy interesante –contestó él.

–Creo que aquello que escribió Palomino sobre la vida de Velázquez fue sacado de las notas de Alfaro. Parece que estas notas han desaparecido –continuó ella.

–¿Eso te ha dicho la doctora?

–Bueno, me dijo que nunca había oído hablar de ellas, pero apuesto a que ya ha empezado a buscarlas. A ver que te parece esta teoría: ¿y si no fuera la verdadera historia de lo que pasó en la vida de Velázquez?

Consuelo levantó *Las vidas de Velázquez* frente a ella.

–¿Quieres decir que eso es un fraude?

–Un fraude es mucho, quizás es más bien una interpretación de lo que realmente pasó –concluyó Consuelo guiñándole un ojo.

Él la miró y sonrió. Ella supo que él la entendía.

Quizás era eso lo que tenía que descubrir: ¿qué pasó realmente con Velázquez?

11:16

–Creo que estamos muy cerca de resolver el misterio, José. Hay algo que aún no me cuadra: Sebastián de Morra. ¿Por qué apareció su rostro en mi tienda? –preguntó.

–Yo también me hago la misma pregunta. Creo tener una idea al respecto.

–¿Cuál? –dijo Consuelo intrigada. Estaba encantada de tener a José a su lado, él era sin duda el ermitaño.

–¿Te acuerdas de lo que dijo el guía del museo? El cuadro de Sebastián de Morra ha servido a otros muchos artistas de inspiración. Pues bien, esta mañana, los huevos rotos sobre el suelo de tu pollería me han hecho pensar en algo, o, más bien, en alguien.

11:17

José volvió a la pantalla del ordenador y enseñó a Consuelo la búsqueda que había realizado en Google mientras ella hablaba con la doctora.

La pantalla mostraba los resultados de la búsqueda «Sebastián de Morra huevos». Ambos miraron los primeros enlaces, bajo los que aparecían resaltadas las palabras de la búsqueda.

Al parecer, Velázquez también había pintado algunos huevos durante su vida, pero José parecía buscar algo distinto. El ratón bajó hacia los siguientes enlaces, y Consuelo notó una repentina sonrisa en la cara de José.

–¿Qué es esto? –preguntó ella.

–Pues otro pintor famoso al que le gustaba pintar huevos. –José le dio un poco de suspense.

Consuelo lo miró perpleja.

–Huevos y otras cosas surrealistas... y también es español. ¿Te suena?

Poco a poco, cayó en la cuenta de a quién se refería.

–¿Salvador Dalí? –contestó, y José ronroneó afirmativamente.

Consuelo miró la pantalla y siguió el cursor hasta el último enlace de la página.

–¡Dios mío! –dijo al leer el texto que aparecía debajo: «Sebastián de Morra cubierto de huevos».

El título de la página era Pinturas de Salvador Dalí, y justo frente a sus ojos estaba el Sebastián de Morra de Velázquez cubierto de huevos fritos. Cinco huevos fritos, para ser exactos. Uno en su cabeza y los otros cuatro sobre los hombros y las manos.

–No lo entiendo –dijo Consuelo mientras miraba incrédula la pantalla.

Sebastián había sido retratado en lo que parecía ser un patio, rodeado de cosas extrañas. Sobre el cuadro, el título rezaba: *Detrás de la ventana, a mano izquierda, de donde sale una cuchara, Velázquez agoniza (el enano Sebastián de Morra)*.

Consuelo quedó pensativa con sus ojos clavados en la pantalla. Solo un pensamiento rondaba su cabeza:

¿qué tenía que ver Dalí con todo esto?

11:20

–Muy raro, ¿no crees? –espetó José muy excitado.

–¿Quiénes son todos esos? –preguntó Consuelo, señalando los diferentes dibujos en miniatura que parecían afanarse en algo a espaldas de Sebastián–. ¿No es eso el patio de El Escorial?

–¿Y eso? –José siguió con la serie de preguntas aparentemente inexplicables. Señaló una línea amarilla que salía de una de las ventanas de lo que parecía ser El Escorial. La línea comenzaba detrás de Sebastián, recorría buena parte del patio, serpenteaba alrededor de algunas figuras extrañas detrás de Sebastián, y perforaba su capa.

–¡La ventana! –gritó ella de repente.

–¿La ventana? –José parecía no querer terminar con la retahíla de preguntas.

–¡Pues claro, eso es! Velázquez está muriendo tras esa ventana –explicó Consuelo señalando el título de la pintura–. ¡Quizás esté intentando explicarnos dónde se encuentra Velázquez! –gritó excitada.

–No sé –respondió José–. Quiero decir, los documentos hablan de que Velázquez está enterrado en la iglesia de San Juan y nunca se menciona el palacio de El Escorial. A pesar del título, creo que no pretende explicarnos eso.

Consuelo aceptó la derrota de su teoría, pero aún quería dar batalla. Sentía que se encontraba cerca de averiguar la solución. ¿Qué pasaría con la cara una vez que solucionaran aquel misterio? ¿Desaparecería? ¿La echaría de menos?

–¿Y esto de la cuchara? ¿Qué pasa aquí? –José prefería continuar con las cuestiones antes que con las afirmaciones. El final de aquella larga cuchara tenía un líquido verde que goteaba.

–Parece medicina, ¿no? –Una nueva voz apareció por la espalda.

11:27

Ambos se giraron sorprendidos. Su debate había llamado la atención del dueño del locutorio, que también observaba absorto la pantalla del ordenador.

–Es como jarabe para la tos –añadió el dueño.

¿Ahora cualquiera podía intentar resolver su aventura? Un solo ermitaño era más que suficiente para Consuelo.

El silencio se apoderó de la estancia.

–Pues creo que tiene usted razón –rompió el silencio José.

De repente, la pollera se acordó de algo más. Como poseída, volvió a su libro biográfico de Velázquez.

–Acabo de pensar en algo que leí ayer en el libro.

Encontró la página.

–Aquí. Dice que Velázquez fue de viaje con el rey, y murió en Madrid poco después de volver. Debió de pasar muy rápido, aquí no le dedican más de media página. También me llamó la atención que durante el viaje de vuelta ya se hubieran extendido rumores sobre la muerte del pintor. Parece ser que todo el mundo hablaba de aquello, aunque nada había pasado.

–¿Y de qué murió exactamente Velázquez? –preguntó José.

–Pues parece que de una fiebre. Una fiebre muy peligrosa de la que no he oído hablar nunca, quizás alguna enfermedad ya extinta. ¡Aquí está!

–¿Qué es? –preguntó José.

–La parte del libro que estaba buscando. Es el epitafio de la tumba de Velázquez. ¿Sabes quién lo escribió? Un tal don Juan de Alfaro, que grabó el escrito con ayuda de su hermano, el doctor Enrique Baca de Alfaro. ¡Otro Alfaro!

–¿Doctor Alfaro? ¿Este es también arqueólogo?

–Pues a tanto no llego, pero me parece a mí que se trata más bien de un médico.

José se dispuso a buscar el nombre de aquel nuevo personaje. Nuevos resultados fueron apareciendo en la pantalla del ordenador.

–Solo me salen nombres y números de teléfono de algunos doctores, no creo que de la época –bromeó José–. Voy a quitar lo de doctor. Pues parece que sí, que era médico. Médico... pintor... y ¡escritor!

–¡Claro! –dijo Consuelo, pensando que el pluriempleo parecía ser un rasgo común en aquella familia. Luego tuvo otra idea bastante audaz–. Entonces, teóricamente, este hombre podría recetar «jarabe para la

tos», ¿no?

–¿Qué es lo que quieres decir?

–Es solo una idea que me ha venido a la cabeza. –José la miró perplejo y volvió a la pantalla del ordenador.

–Pues parece que su padre podía incluso fabricar jarabes –sonrió José ante su nuevo descubrimiento.

–¿Qué?

–Pues eso, que el padre de estos dos tipos era farmacéutico.

–¿De verdad?

–Eso es lo que pone aquí –dijo José señalando lo que acababa de leer.

–Se me ocurre que podríamos preguntar a otro doctor de qué murió Velázquez –comentó José–. Quiero decir, que si encontraron sus restos y pensaron que era él, seguramente harían algunas pruebas relacionadas con el motivo de su fallecimiento, ¿no?

Consuelo agarró su teléfono y llamó de nuevo a la doctora Ortega.

11:39

–Hola doctora, soy yo otra vez. –Se le escapó una sonrisa nerviosa–. Solo quería preguntarle un par de cosillas. ¿De qué murió exactamente Velázquez? Según la obra de Palomino, de una fiebre, ¿verdad?

–Pues esa es una buena pregunta. Parece que Velázquez contrajo algún tipo de virus. Ya sabe que su mujer también murió poco después. Además, otro de los pintores de la corte había muerto solo unos días antes que él. Por eso, la mayoría de las teorías apuntan a un virus contagioso.

Consuelo se acercó a José para que este pudiera oír también la conversación. José, de repente, realizó una serie de gestos para llamar la atención de Consuelo.

–Un segundito, doctora. ¿Qué pasa? –preguntó Consuelo.

–Pregúntale si le hicieron las pruebas del virus cuando intentaron demostrar que aquel cuerpo era de Velázquez.

–Bueno, sí. –La doctora parecía haber escuchado la pregunta de José–. El problema es que el cuerpo no era el de Velázquez y, además, no se sabe bien qué virus tenían que buscar. Existen otras teorías sobre su muerte, algo que contrajo durante su último viaje con el rey, e incluso hubo rumores que hablaban sobre un posible envenenamiento del pintor en el banquete de boda. Entonces, básicamente, no se saben con exactitud las razones de la muerte –continuó la doctora.

Consuelo ronroneó sospechosa.

–¿Ha dicho «rumores»? ¿Rumores como los que afirmaban que Velázquez ya había muerto durante el viaje?

–Eso es lo que afirma Palomino, ¿no? –preguntó la doctora.

–Si eso es lo que realmente pasó –dijo Consuelo con voz sospechosa.

José levantó las manos para llamar la atención de la pollera, intentando que no siguiera con su exposición.

–¿Perdone? –La doctora parecía no entender por dónde iba Consuelo.

–Solo bromeaba, doctora. –Consuelo intentó huir rápido de la conversación, pero la doctora comenzaba a irritarse.

–¿Me están intentando vacilar? ¿Es algún tipo de juego?

–No, para nada. Solo estamos especulando, estamos muy metidos en la resolución del acertijo. Todo lo contrario, estamos muy agradecidos por su ayuda, de verdad.

–Bueno, eso espero. No tienen que agradecerme nada, es un placer ayudarlos, pero, la verdad, creo que ya no me interesa mucho lo de unirme a su club.

–Bueno, de todas formas, si quedara alguna plaza libre, la llamo. Mil gracias.

11:48

Consuelo colgó el teléfono sin poder contener la excitación. La cara de José le recordó a Antonio cuando Consuelo abría sus latas de comida.

–Bueno, ¿qué pasa? –preguntó José impaciente.

–¿Te acuerdas del título del cuadro de Dalí? –José volvió a la página del cuadro a petición de ella–. El título no dice que Velázquez muriera detrás de la ventana, solo dice que está agonizando, en proceso de... bueno, ya sabes.

–Estaba a punto de morir, claro –añadió José.
–Exacto. Aún no había muerto. El cuadro nos lleva directos al proceso de la muerte.
José la miró asombrado.
–¿Recuerdas cuando te hablé de la lectura del tarot que hice en el Retiro? Trata sobre la muerte, pero no de un muerto. –Consuelo explicaba su teoría, pero no sabía si José podía seguirla.
–Pero Velázquez está muerto. ¡Todos están muertos! –dijo él.
–Por supuesto. Vivieron en el siglo XVII.
–Pero, ¿qué te ha dicho la doctora Ortega?
–Que nadie sabe realmente de qué murió Velázquez. –Consuelo paró y dejó a José pensar–. Lo que me lleva a pensar que no tengo que buscar dónde murió Velázquez, sino cómo murió.
–¿Y piensas que fue envenenado? –José le quitó las palabras de la boca.
–¡Lo que quiero decir es que fue asesinado! –La voz de Consuelo resonó por toda la tienda.
De repente, su iluminación fue más allá.
–¡Esa es la *M*, José! Alguien mató a Velázquez.
–¿Pero quién es el que mató a Velázquez? ¿Antonio? –añadió José.
–No, ¡fue Alfaro! –gritó–. Pero Antonio Palomino intentó esconder el asesinato. ¡Ese es el misterio!

~~~~~

**Dos días después...**

## Miércoles 17 de agosto del 2011

19:25

Aquel día cerró la tienda antes que de costumbre, consciente de las miradas de reprobación de algunos de los propietarios de otros puestos del mercado.

Consuelo había quedado para ir a una manifestación con José, y ambos salieron del mercado juntos. La plaza de la Cebada estaba llena de gente.

Consuelo estaba muy feliz. A pesar de que aún no comprendía muy bien qué había conseguido, se sentía, de alguna forma, iluminada. Después de darse cuenta de que Velázquez podría haber sido asesinado por uno de sus estudiantes, José y Consuelo volvieron a la tienda, donde vieron que tanto el rostro de Sebastián como los huevos habían desaparecido. Interpretaron esto como la solución a aquella maravillosa aventura.

A aquel final le siguió una discusión sobre qué deberían hacer con el descubrimiento. Teniendo en cuenta los extraños eventos acaecidos en su tienda, y sus más que peculiares métodos de investigación, Consuelo dudó que alguien fuera a creer su historia, y más aún ahora que la cara había desaparecido. Solo Diego, José y Zorro habían podido verla.

Consuelo era consciente del significado de su revelación, pero pensó que hacerlo público no formaba parte de su misión. La cara se había ido, hecho que ella interpretó como punto y final. Ahora todo dependería de gente como la doctora Ortega, gente que pudiera darle una visión más científica. Consuelo pensó que le había ofrecido muchas pistas y que la doctora podía llegar a donde lo había hecho ella.

Fuera lo que fuera lo que había producido la cara y los otros extraños sucesos, parecía haber conseguido su objetivo. Consuelo estaba muy contenta.

José convenció a Consuelo para que acudieran juntos a una manifestación en contra de que la visita del papa se financiara con gastos públicos, afirmando que ese dinero estaría mejor invertido en la renovación del mercado, por ejemplo. Consuelo estaba completamente de acuerdo. Aquella no era una cita romántica típica, pero Consuelo entendió a la perfección el guiño que le dedicó su primo Diego en la puerta del mercado.

Diego había aparecido con su mujer y sus hijos, que llevaban pequeñas pancartas hechas de papel. En aquella manifestación había bastante gente de la edad de Consuelo, pero la mayoría eran jóvenes.

—Hemos quedado delante de la puerta del teatro —dijo Consuelo, señalando la puerta del teatro de La Latina. Había llamado a Zorro previamente para contarle los últimos avances de su investigación, y él la había felicitado; estaba gratamente sorprendido por la entrada del ermitaño en su misión. Zorro pareció intuir sus planes de acudir a la manifestación de aquella tarde, por lo que habían decidido quedar para ir juntos.

Pipilope, Zorro y un tercer desconocido con un chihuahua aparecieron por las escaleras del metro y cruzaron la calle en dirección al teatro donde Consuelo y los demás esperaban.

—¡Consuelo, cariño! —gritó Pipilope desde mitad de la calle. Ambas movieron sus manos saludándose con fuerza, y todos se presentaron con besos y apretones de manos cuando, por fin, llegaron.

—Gran trabajo, Consuelo —la felicitó Zorro. Consuelo se acercó sigilosa a su oído para advertirlo de que no toda la familia estaba al tanto de todo lo que había pasado, y de que prefería dejarlo así.

—Queda entre tú y yo. Y mi madre, por supuesto —bromeó.

Juntos dejaron atrás la calle San Millán para llegar a Tirso de Molina, donde debía empezar la manifestación. La calle estaba ya llena de gente que portaba pancartas como las de sus sobrinos.

—Increíble —comentó el desconocido del perro. Consuelo prefirió ignorarlo, ya que no le había quedado muy claro de quién se trataba.

—¿Entonces, ya se manifestaron tus verdaderos anhelos? —preguntó Pipilope en voz baja.

—¿Cómo? —Consuelo no sabía a qué se refería.

—El diablo.

Consuelo la miró aún más confundida.

—Tu carta, ¿no te acuerdas? —añadió Zorro.

Consuelo miró a Pipilope, pero seguía sin entender bien. Pipilope guiñó un ojo a la pollera mientras su cabeza señalaba a José, que caminaba con Diego delante de ellos.

—Parece que encontrete tu iluminación. —Pipilope gesticuló de forma extraña, imitando una bola de cristal entre sus manos. Consuelo se ruborizó y Zorro se disculpó por el comportamiento de su madre.

El grupo se detuvo en un lugar de la plaza a partir del cual era imposible moverse, por lo que decidieron quedarse allí hasta que pudieran seguir.

Diego se acercó a ellos y comenzó a dialogar con Zorro ante la atenta mirada de Consuelo.

–Entonces, ¿tú eres el vidente, no?

–Sí –sonrió Zorro.

–Y sigues de cerca los acontecimientos de Bélmez, ¿no?

–Sí, me interesan mucho, ¿por qué?

–¿Crees que van a aparecer nuevas caras? –preguntó. Consuelo sabía que Diego había empezado a apasionarse por el caso de Bélmez, aunque aún tenía muchas dudas acerca de lo que estaba pasando allí

–Pues yo creo que sí. Mañana lo sabremos. Mañana abren de nuevo la habitación que habían sellado.

–Es increíble lo que la gente puede hacer cuando cree en algo, ¿no os parece? –añadió José. Todos lo miraron sorprendidos.

–Me refiero a esto –sonrió José mientras sus manos señalaban las pancartas–. Creo que por el momento nosotros ya hemos tenido suficiente iluminación –añadió.

Todos se miraron y rieron al unísono.

~~~~~


***Jueves 19 de enero del 2012**

La torre

***14:08**

RITA: ¿Está bien el agua o está muy caliente?

CONSUELO: ¿Perdone?

RITA: De temperatura, ¿está bien?

CONSUELO: Ah, sí.

CONSUELO: ¿Puedo preguntarle una cosita?

RITA: ¿Otra pregunta rara de esas?

CONSUELO: Puede ser.

RITA: Adelante.

CONSUELO: ¿Conoce a un hombre llamado José Rodríguez?

RITA: ¿Por qué pregunta eso?

CONSUELO: ¿Les une algún tipo de relación familiar?

RITA: Sí, se podría decir que estábamos emparentados. ¿De qué lo conoce?

CONSUELO: Solía venir a mi pollería a comprar.

RITA: ¿Los miércoles y los sábados?

CONSUELO: ¡Exacto! ¿A qué se refiere cuando dice que *estaban* emparentados?

RITA: ¿Puedo preguntarle por qué está tan interesada? ¿Cómo sabe, incluso, que yo lo conozco?

CONSUELO: Él la ha mencionado.

RITA: ¿De verdad? ¿Qué le ha dicho?

CONSUELO: Pues me dijo que habían perdido el contacto tras la muerte de su madre.

RITA: Vaya, yo pensaba que los peluqueros éramos además psicólogos, pero veo que también el gremio de polleros hace sus pinitos. La verdad es que tiene razón, no hemos vuelto a hablar desde el funeral de mi madre.

CONSUELO: Rit rit rit.

RITA: ¿Por qué todas estas preguntas? ¿La ha enviado él?

CONSUELO: No, no. Él ni siquiera sabe que estoy aquí.

RITA: ¿Y cómo me ha encontrado?

CONSUELO: Bueno, él mencionó su nombre alguna vez y también que trabajaba aquí, en Malasaña. Mi primo y yo investigamos un poco, buscamos peluquerías donde trabajara alguna Rita, y aquí estoy.

RITA: Eso es un pelín raro, ¿no cree? ¿Por qué lo ha hecho?

CONSUELO: Pues no lo se. Instinto. Quería saber por qué perdió el contacto con su propia hija.

RITA: ¿Su hija? Yo no soy su hija.

CONSUELO: ¿Ah, no?

RITA: Bueno, al menos no su hija biológica. José se casó con mi madre tras la muerte de mi padre; sería, más bien, mi padrastro.

CONSUELO: Qué raro. Entonces su madre debe de ser Rosa.

RITA: ¿Rosa? Mi madre se llamaba Mónica. Murió hace ya trece años.

CONSUELO: ¿Mónica?

RITA: Sí, Mónica. ¿Por qué lo pregunta?

CONSUELO: Disculpe, se lo explico en un minuto. Pero, ¿quién es Rosa entonces?

RITA: No tengo ni idea. Yo tenía dieciocho cuando mi madre murió, y me fui a vivir a otro sitio. Oí que José se casó con otra mujer después, pero no sé su nombre. Quizás sea esa la Rosa que está buscando.

CONSUELO: No busco a Rosa realmente, ella también murió.

RITA: ¡Oh!

CONSUELO: Solo una cosa más.

RITA: Rit rit rit.

CONSUELO: ¿De qué murió su madre exactamente?

~~~~~

## El diablo

No es que tuviera la intención en un principio de matarlas a todas. Ellas estaban perdidas, y lo único que yo quería era ayudarlas. Parecían necesitar un propósito en su vida, y eso es lo que quise darles.

Es un hecho que la gente en crisis tiende a creer en los milagros de cualquier tipo. Incluso está dispuesta a escuchar a otras personas que, piensa, pueden ayudarla a salir de su miserable situación. En ese momento es cuando aparezco yo, y tengo que decir que siempre funciona. Todas parecen estar felices al final, al menos por un tiempo.

Creo que hay algo en las viudas que me atrae hacia ellas. Quizás sea el sentimiento compartido de haber perdido a alguien amado. Eso es lo que yo hago, amar a cada una de ellas. El problema es que ellas no pueden superar la muerte de sus maridos, y sentir celos de un hombre muerto es algo ciertamente terrible.

En realidad, estoy muy orgulloso de Consuelo. Es incluso más lista de lo que yo esperaba, pero eso es lo que hizo que tentara al destino al final. Siempre la tuve en alta consideración, aunque antes no supiera mucho sobre ella. Cuando me uní al club de maquetas, conocí a Diego, pero solo por casualidad supe que ambos eran familia. Le comenté que vivía cerca del mercado y él me dijo que su prima tenía una pollería allí. Supe rápidamente que debía ser ella, porque tenían más o menos la misma edad. A raíz de esto, le comenté que compraba en su pollería con regularidad y ambos reímos ante la casualidad. Mi instinto me dijo que debía tratarse de una viuda, ya que era una de las pocas propietarias que no tenían a su marido allí trabajando. Aun así, fue Diego quien me lo confirmó.

Tengo que admitir que Consuelo se fue haciendo más y más interesante con el tiempo, mientras que Rosa fue poco a poco crispando mis nervios, siempre quejándose de mis aficiones; sobre todo porque ella también fue una de las que quedaron atrapadas por un acertijo preparado por mí. Sigo sin saber por qué se enamoró de mí desde el principio. Ciertamente, su acertijo era bastante más simple que el de Consuelo, pero tengo la total certeza de que disfrutó de lo lindo resolviéndolo. Otra de las cosas que no pude soportar de ella fue que, tras más de tres años de matrimonio, no pudo o no quiso olvidar a su difunto marido. Bueno, hay algo en lo que no fui honesto con Diego. Le comenté que era viudo, lo que, en cierto modo, es real. Lo que no quise mencionar es que me había casado otra vez. De hecho, varias veces más. No sé por qué actué así. Seguramente fue un impulso, porque ya había empezado a idealizar la figura de Consuelo. Ella también había perdido a alguien, y su primo adoraba las maquetas. Ella era perfecta.



## Los amantes

Creo que Diego, de alguna manera, se dio cuenta de mis intenciones cuando mis preguntas sobre ella fueron a más. Él sabía que me gustaba, y pensó que yo era un buen partido para su prima. Me confesó que Consuelo estaba muy sola y, posiblemente, atravesando algún tipo de crisis. Habitualmente no inmiscuía a las familias en todo esto, ni tampoco buscaba confidentes, pero con Diego fue diferente. No sé bien por qué. Quizás pensé que Consuelo sería especial, la elegida.

Antes de introducir a Diego en mi plan, tuve que deshacerme de Rosa. Fue en enero del año pasado. Le ofrecí algo de té y ella aceptó encantada.

No me entiendan mal, yo amaba a Rosa, es más, sigo amándola. Sin embargo, estaba claro que no me amaba tanto como yo a ella, y esto unido al hecho de que nunca pudo sobreponerse a la muerte de su marido, me hizo pensar que ella nunca podría volver a ser feliz. Creo que es mejor así: ahora están juntos.

Siempre que veía cómo cada una de ellas disfrutaba resolviendo mis acertijos, algo en mí pensaba que había encontrado a la adecuada, un alma gemela, alguien especial que amaba lo que yo amaba. Tristemente, todo cambiaba con el tiempo. Con Consuelo tuve un buen presentimiento, algo dentro de mí me hizo pensar que esta vez sí estaba ante la elegida.

Para esta última aventura recurrí a uno de mis enigmas favoritos, mi teoría sobre el asesinato de Velázquez. Si Consuelo era capaz de resolver el caso, sin duda estaría ante la elegida. Y lo hizo. Hubo, es cierto, algunos giros inesperados, por no decir extrañas coincidencias, ante los que tuve que intervenir. Pero al final lo resolvió. Estoy muy orgulloso de ella. Era más lista de lo que pensaba. Quizás demasiado.



## La muerte

Uno de los mejores materiales para los acertijos es, sin duda, Velázquez. Él jugaba con la gente, y sigue haciéndolo con la búsqueda de su última morada. Por eso es uno de mis grandes ídolos. Incluso antes de que comenzaran a buscar su tumba, allá por el año 99, ya me fascinaba. Cuando encontraron el cuerpo que parecía pertenecer al pintor, devoré las noticias. En ellas hablaban sobre los estudios que se estaban llevando a cabo en el cuerpo y, al final, descubrieron que no era él. Me pregunté qué tipo de pruebas habrían realizado, y me sorprendió mucho que no se mencionara ninguna que involucrara la causa de su muerte. Ahí encontré algo muy intrigante.

Había diferentes informes que hablaban sobre la muerte del pintor, pero sus circunstancias solo se mencionaban escuetamente. Más interesante si cabe era el hecho de que estas fuentes no coincidían cuando hablaban de las causas de la muerte. Desde un virus, hasta una infección, ataque al corazón, cansancio por el viaje, o incluso envenenamiento durante el banquete. Siendo honesto, no sé bien cuál de todas las explicaciones suena más inverosímil, pero sí sé que, en términos generales, todas parecían ciertamente extrañas. Tras esta primera toma de contacto, me interesé por las fuentes a las que habían recurrido estos autores, y así empecé mi verdadera investigación. Descubrí que el único documento contemporáneo a Velázquez que se conserva y habla sobre su muerte es la biografía escrita por Antonio Palomino, que, como Consuelo descubrió brillantemente, había sido escrita unos sesenta años más tarde de los acontecimientos. Palomino ni tan siquiera llegó a conocer al pintor, y basó toda su obra en los escritos que había dejado uno de los alumnos de Velázquez, Alfaro. De forma cuanto menos sospechosa, estos documentos desaparecieron, y existen varias teorías sobre su posible destino. Teorías que también existen sobre el propio Juan de Alfaro.

Estas circunstancias me parecieron, sin duda, peculiares. En vista de las abundantes especulaciones en torno a la causa de la muerte de Velázquez, las cuales, curiosamente, nunca han sido interpeladas, se me ocurrió mi propia teoría: Velázquez había sido envenenado. Teniendo en cuenta los síntomas descritos, y que tanto su mujer como un amigo de la corte también pintor habían fallecido solo unos días antes y después que el pintor sevillano, mi teoría del envenenamiento fue cogiendo cuerpo. Poco a poco fui creyendo más y más en mi teoría, y las leyendas que corrían en torno a Alfaro parecían ser de gran ayuda.

Entonces me pregunté por qué nadie había pensado hasta entonces en esta causa para la muerte, y cómo el asesino podía haber engañado a la gente y escaparse de rositas. Mi intención no había sido siempre matar a mi primera mujer, pero ella no pudo nunca superar la muerte de su esposo. Entonces pensé en Velázquez. Y funcionó.

Al principio, cuando me acerqué a Diego y le pregunté si quería ayudarme a plantearle un enigma a su prima, no estuvo muy convencido. No entendía por qué no se lo planteaba directamente a ella. Pero yo lo convencí de que resolver este acertijo la haría feliz y, además, nos haría pasar a todos un buen rato. Sabía que me lo había ganado con la palabra *acertijo*, y que su prima fuera feliz era algo que él deseaba más que nada.

Hablé con él sobre mi teoría acerca de la muerte de Velázquez. No se lo podía creer.

«¿Por qué nunca has hablado con nadie sobre esto?», me preguntó.

Publicar la teoría de que se puede asesinar a alguien y que nadie lo sepa no me parece lo más cuerdo, y menos en mi situación. Cuando, además, ya tienes unos cuantos muertos a tus espaldas, creo que es mejor guardarlo para uno mismo.

«Es solo una teoría, ni siquiera está contrastada», le contesté.

Diego ya estaba convencido, aunque temía que su prima muriera del susto si encontraba una cara pintada con espray en el suelo de su tienda. Sí, así es como lo hicimos. Utilizamos un negativo de la imagen como plantilla. Así es como pudimos realizar varias veces la misma cara. Convencí a Diego de que realizara el primer dibujo para ver cómo reaccionaba Consuelo ante la primera «aparición». Con esto podría también descubrir las convicciones religiosas de Consuelo, algo que era muy importante para mí. Le prometí que si Consuelo se asustaba mucho con el rostro, pararíamos. Pero Consuelo no se asustó. Bueno, quizás en un principio sí, pero pronto esto se transformó en curiosidad.

Lo que más le sorprendió a Diego fue que su prima no le contara de inmediato nada sobre la aparición. Al principio se sintió ciertamente ofendido, pero entonces lo convencí de que aquello era la prueba fehaciente de que Consuelo se encontraba realmente sola. Diego reaccionó con pena, y esto fue el paso definitivo. Se

fue convenciendo de que a Consuelo, realmente, le iba a gustar resolver el misterio. Además, él pensaba que yo era un hombre bueno e inteligente, y que sería un buen partido para ella. No puedo estar más de acuerdo.

Nuestro plan original era el siguiente: convencí a Diego de que debíamos introducir una mascota en la aventura para utilizarla como «médium», como vía para transmitir señales. Esto lo haría parecer menos sospechoso y, además, ayudaría a superar la soledad a Consuelo. No fue fácil encontrar un gato cuyo patrón de pelaje encajara con mis planes.



## La sacerdotisa

En realidad, la idea de que el rostro tuviera el aspecto de las caras de Bélmez fue de Diego. La historia era muy conocida en todos los rincones de España y reaparecía frecuentemente en algunos medios. Me convenció de que la similitud con el caso de Bélmez le daría más credibilidad a nuestra aventura, haría pensar a Consuelo que este no era un caso único Diego había oído las noticias sobre el nuevo experimento llevado a cabo en Bélmez, por lo que sabía que la apertura de la habitación sellada coincidiría más o menos con el cuarenta aniversario de las primeras apariciones, es decir, a mediados del mes de agosto. Esto garantizaba algún tipo de cobertura mediática sobre el tema, y, sin duda, Consuelo lo oiría. Lo que no habíamos planeado es que Consuelo intentara resolver el misterio de Bélmez ella misma.

La primera vez que entramos en la tienda fue el cinco de agosto, a través del *parking* subterráneo, por supuesto. Ni esa noche, ni ninguna de las que volvimos, vimos a ningún guardia de seguridad. Diego había hecho una copia de las llaves de la tienda, lo cual había resultado fácil, ya que solo tuvo que tomar la llave de su prima y copiarla en su ferretería. Pintamos la cara, salimos y volvimos a cerrar.

A la mañana siguiente pasé por la tienda para asegurarme de que la cara seguía allí, y su primo llamó para calibrar su reacción. Por su comportamiento, supimos que Consuelo ya había visto la cara. Todo iba como habíamos planeado.

Hubo algo que nos descolocó un poco. Ambos pensábamos que Consuelo acudiría en primer lugar a su primo, sin embargo, incluso después de haber limpiado la cara, y de haberla pintado nosotros de nuevo, siguió sin hablar con Diego. En lugar de ello, ¡acudió a una tarotista! Pero lo más increíble es que lo que esta sugirió casaba perfectamente con nuestro plan. Yo nunca he creído en estas cosas, pero sé que la gente como Consuelo lo hace. La lectura invitaba a Consuelo a iniciar una aventura. Sigo sin saber si todo se debe a la casualidad o si esta mujer sabía lo que estaba pasando. En cualquier caso, decidimos aprovechar la situación.

La verdad es que parecía simple. Diego descubriría «por casualidad» que el rostro pertenecía al cuadro de Velázquez. Mientras tanto, el pelaje del gato iría cambiando desde la *M* a la *V*, debido, simplemente, a que el gato se lavaba la frente. Diego aprovecharía este descubrimiento para meter en la cabeza de Consuelo que esto era otra señal. Entonces haríamos lo de los huevos, y, en ese momento, yo haría acto de presencia. Como gran admirador de Velázquez, le daría la pista del cuadro de Dalí y dejaría caer el nombre y la biografía de Palomino, tras lo que pretendía que Consuelo se diera cuenta de la relación entre el biógrafo y su gato. Si hubiera llegado tan lejos ella sola, estoy seguro de que habría sabido interpretar todas las señales que, finalmente, la habrían llevado hasta lo que ella denominaba su «revelación»: alguien mató a Velázquez.

Cuando le conté a Diego mi idea, él pensó que yo estaba loco y que Consuelo nunca llegaría sola tan lejos. La verdad es que nos sorprendió, ya que, realmente, interpretó muchas más cosas de las que nosotros habíamos pensado. Demasiadas, quizás.

Tampoco contamos con que el gato saltara por la ventana. Por suerte, Consuelo volvió a encontrarlo, porque aquel minino era parte fundamental del plan. Una vez que lo encontró, lo lavó, lo que hizo que las dos líneas que formaban la *M* en su frente desaparecieran antes de lo que habíamos planeado. Tampoco esperábamos que Consuelo volviera a consultar a la tarotista.

Al principio, yo no sabía nada sobre la leyenda de Mahoma. ¿Y eso de las letras en la frente de los gatos? Todo el mundo sabe que las letras árabes no son iguales que las de nuestro alfabeto. Casi me enfadé con Consuelo por creer esa historia. Pero no era para tanto, al fin y al cabo, supo ver la importancia de las letras. Tampoco sabía nada del significado del nombre *Antonio*, ni que este se correspondiera con el de Mahoma. Esta vez le di un punto a favor por relacionar todo aquello con la historia de Madrid. Ahora veo que el gato no era la mejor mascota, mi error. Esto llevó a Consuelo por un camino con el que no habíamos contado.

Necesitábamos intervenir.

Mientras Consuelo seguía las pautas marcadas por aquella mujer y sus cartas, empezamos a sorprendernos ante los descubrimientos que estaba llevando a cabo, y, cómo no, por todas las coincidencias que aparecían. A lo que me refiero es a la aparición del cementerio musulmán bajo los cimientos del mercado, y la similitud con el caso de Bélmez. Nuestro plan no iba bien. Necesitábamos hacer algo. Diego decidió que, quizás, era el momento de descubrir la trampa, pero yo tuve una idea mejor.

Mientras Consuelo seguía el camino de Bélmez, yo investigué lo que había pasado allí. El hijo de la tarotista era impredecible, por no decir terrorífico. La verdad es que no sé si ambos eran un fraude o no, pero Consuelo parecía confiar en ellos ciegamente. Tuve la idea de que podríamos utilizar a este nuevo personaje, sin que él lo supiera, por supuesto. Leí sobre los experimentos que se habían llevado a cabo en Bélmez.

Todo lo que Consuelo había contado a Diego estaba documentado: las grabaciones y el detector de fantasmas. También leí sobre el experimento de las habitaciones selladas. Uno de los artículos hablaba de la utilización de brújulas, y de cómo estas sufrían una distorsión que les hacía dirigirse hacia la casa donde habían aparecido las primeras caras. No entendía muy bien esto, pero me dio una buena idea.

Cuando Consuelo le contó a Diego que el parapsicólogo iba a realizar un nuevo experimento en la tienda, supe lo que tenía que hacer. Era una buena oportunidad para utilizarlo en nuestro favor. Como no podíamos invocar a ningún fantasma, decidimos trabajar lo de la brújula, y así dirigir a Consuelo hacia donde nosotros queríamos. Lo único que tuvimos que hacer fue colocar un imán en la dirección que queríamos que la brújula marcara. Yo, por supuesto, ya sabía que Alfaro había sido enterrado en la iglesia de San Millán, por lo que la elección fue fácil. Colocamos el imán en un cubo de limpieza que estaba perfectamente situado al este. Todo estaba preparado.

Me sentí muy orgulloso cuando vi que había funcionado. Habíamos sacado a Consuelo del cementerio y comenzó a buscar algo al este. Ahora necesitaba ayuda para llegar a la iglesia de San Juan, y ahí es donde yo hice acto de presencia. Me sorprendió que Consuelo me creyera tan fácilmente. La idea me vino al ver la foto de los esqueletos sobre su mesa. De forma un tanto chapucera, realicé las líneas sobre el mapa, situando la equis justo donde estaba la iglesia. No pensaba que fuera a funcionar, pero lo hizo. Probablemente porque Consuelo, en ese momento, ya estaba abierta a interpretar cualquier cosa como una señal.

Al final, todo funcionó. Diego quiso varias veces hablar con Consuelo sobre lo que estaba pasando, pero viendo que su prima disfrutaba de lo lindo, desistió.

Intenté ser muy cuidadoso con todo lo que decía, pero hubo algo que me arrepiento de haber mencionado. Consuelo seguía muy interesada en mi hija Rita, y continuaba haciéndome preguntas sobre ella, impresionada, al parecer, por su oficio de peluquera. No es mi hija, sino mi hijastra. Ojalá hubiera sabido que Consuelo estaba obsesionada con su pelo. A pesar de que ya le había comentado que mi relación con Rita apenas existía, tenía la sensación que Consuelo iba a intentar localizarla. Quizás, el éxito en su misión la empujó a seguir resolviendo misterios, por lo que supongo que esto es, en parte, mi culpa.

Rita existía, pero no era la hija de Rosa, sino de Mónica, mi anterior mujer. Tras la muerte de su madre, perdimos totalmente el contacto. Bueno, fue ella quien puso tierra de por medio. Creo que nunca le gusté. Nunca se fío de mí, a pesar de que mis intenciones para con su madre fueron, en principio, ante todo inocentes. De hecho, creo que este rechazo hacia mí hizo que Mónica no pudiera olvidar a su marido. Creo que Rita sospechó aún más cuando oyó que me había vuelto a casar. Por eso decidí dejar que se alejara, para que no pudiera descubrir que mi nueva mujer era también viuda. No quería que atara cabos.

Con todo, era más conveniente buscar a alguien que no tuviera hijos, para evitar posibles complicaciones, por decirlo de alguna manera.

No sé muy bien por qué, pero Consuelo insistía en conocer a Rita. Un encuentro entre ambas era algo que debía evitar a cualquier precio, así que siempre encontraba una buena excusa. Después de un tiempo, Consuelo dejó de insistir en el tema, y yo pensé que había desistido.

El otro día, Consuelo volvió a casa con la permanente recién hecha. Habían pasado tres meses desde la última vez, pero la verdad es que aquello no me preocupó. Fue el hecho de que no me hubiera comentado nada de su visita a la peluquería lo que me hizo sospechar. Le comenté que me gustaba su nuevo corte, algo que sabía que le gustaba, pero esta vez pareció no importarle.

Algo iba mal.

No sabía exactamente qué estaba pasando, pero empecé a sentirme intranquilo.

Consuelo era diferente, lo sé. Era muy lista. Pero, ¿sería tan lista como para descubrirme? Lo mejor era evitar la posibilidad de que esto pasara. Era el momento de ofrecerle una taza de té...



## El ermitaño

.usiM



## Realidad y ficción

Las caras de Bélmez fueron objeto de un estudio sociológico unos años después de las primeras apariciones, en 1971; dicho estudio enfocó la cuestión en cómo se crean milagros dentro de una sociedad. El estudio mostraba los cambios producidos en la percepción de los «milagros», tanto entre los habitantes del pueblo de Bélmez de la Moraleda (Jaén), como en los medios de comunicación locales y nacionales. Sin haber ofrecido una explicación a las causas de las apariciones, el estudio concluyó que la creencia en el milagro en sí estaba directamente relacionada con la difícil situación económica que sufría el pueblo, debida a una fuerte sequía que había provocado la caída en la producción de aceite de oliva, base económica de la zona.

En el momento de la publicación del libro en inglés (año 2012), España contaba ya su cuarto año de «crisis» (financiera y de deuda), además de ser el país con la tasa de paro más alta de la Unión Europea (25,1% en 2012).

El 18 de agosto del 2011, la sala sellada de la segunda casa de Bélmez de la Moraleda fue abierta ante notario. Tanto los medios locales como los nacionales informaron de la misteriosa reaparición de las caras. El Centro de Interpretación de las Caras de Bélmez de la Moraleda fue abierto en mayo del 2012.

El lugar exacto de la última morada de Velázquez sigue siendo desconocido. Es ampliamente conocido el uso de espejos por el pintor sevillano para engañar al espectador.

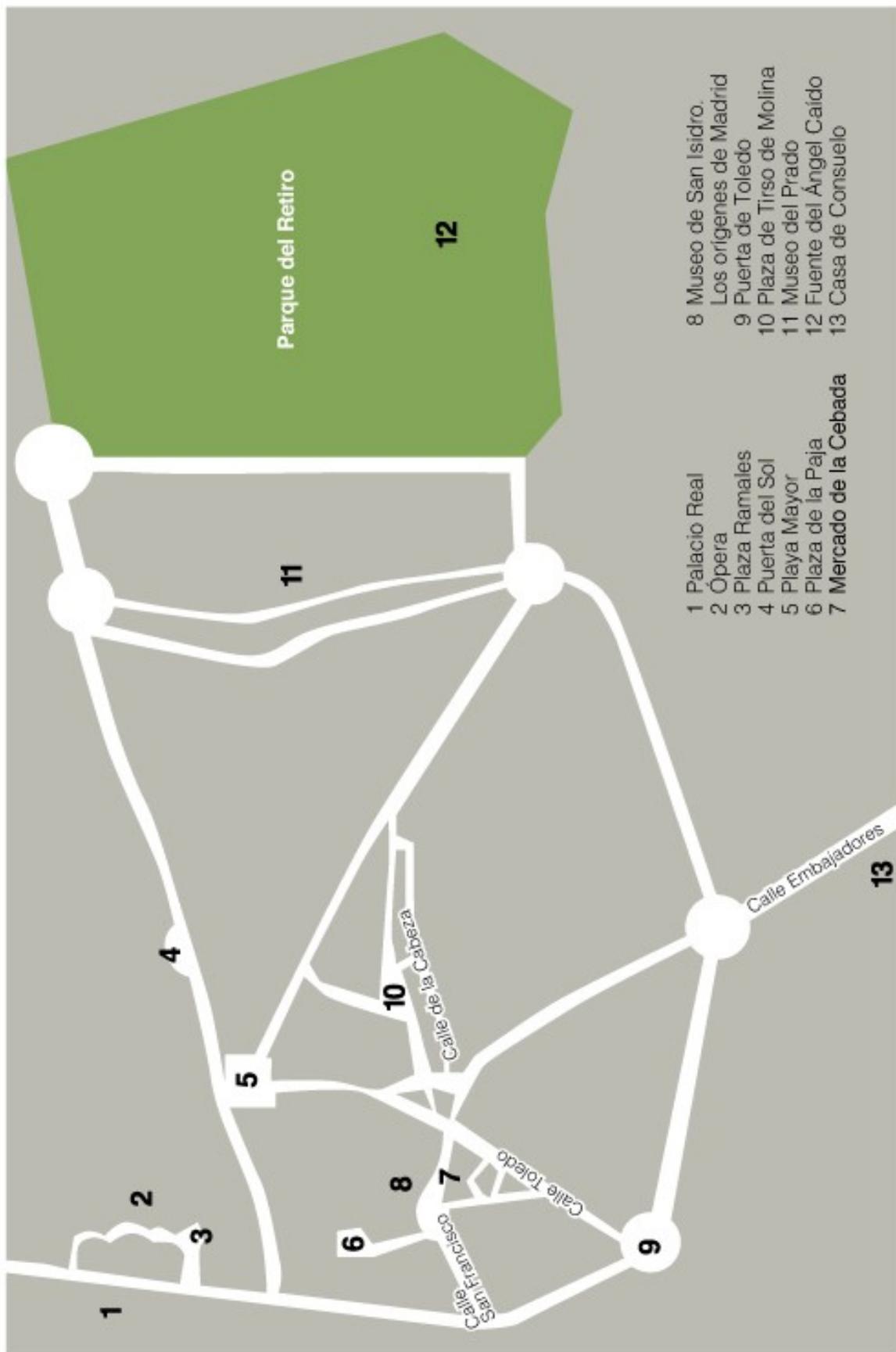
Todos los personajes históricos relacionados con Velázquez existen; las circunstancias relacionadas con sus muertes también están documentadas. La idea de que el pintor pudo ser asesinado, en cambio, es ficción.



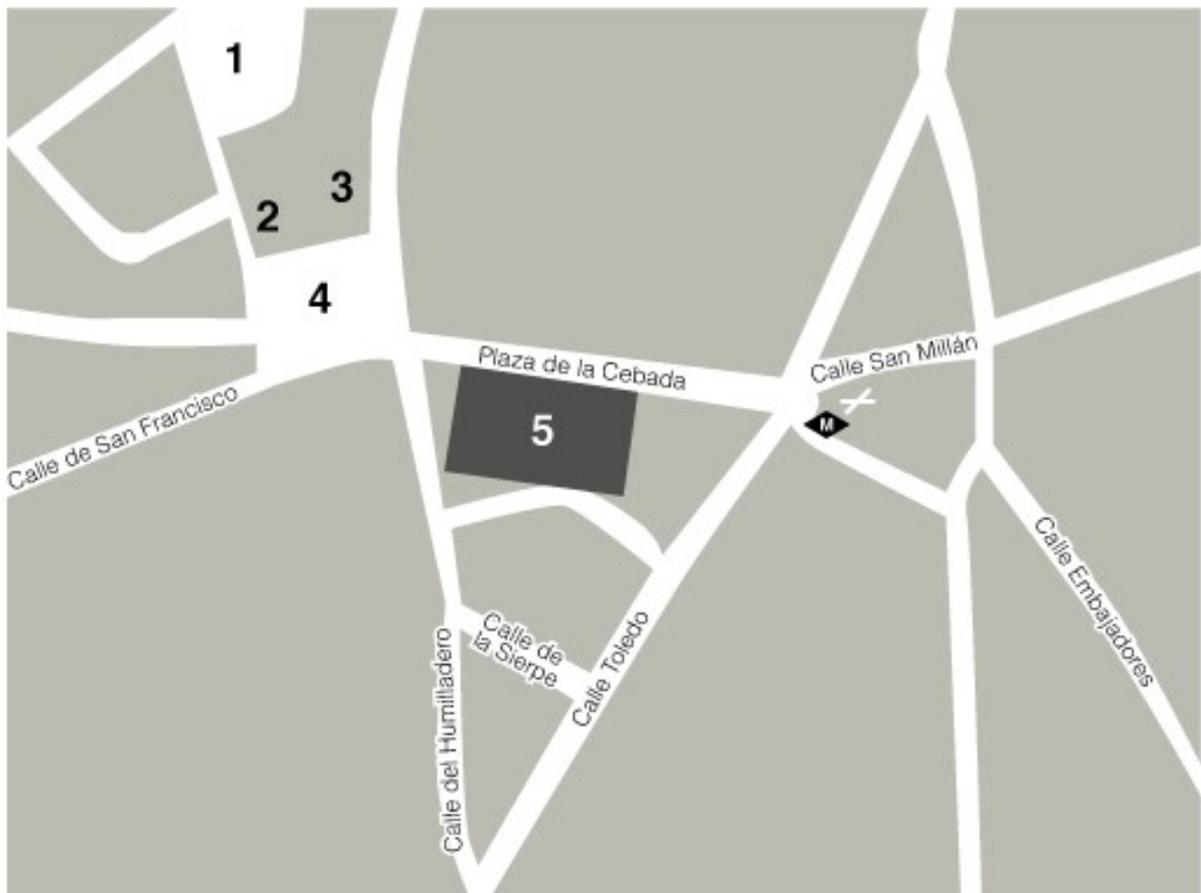
En el momento de la publicación de la obra, el Mercado de la Cebada aún tenía un futuro incierto.

# Mapas

## Mapa de Madrid



## Mapa de La Latina



- 1 Plaza de la Paja
- 2 Iglesia de San Andrés
- 3 Museo de San Isidro.
- Los orígenes de Madrid
- 4 Plaza de Puerta de Moros
- 5 Mercado de la Cebada
- ◆ Estación de metro La Latina

## Referencias bibliográficas

### Imágenes

Corrado, Cristina: *portada, mapa de Madrid, mapa de la Latina, textos en espejo y Non pinxit Alfaro*, 2012.

Instituto Frontier. Áreas de Psicología y Salud Mental, Friburgo, Alemania: *La cara de Bélmez*, 1971. Foto publicada con su permiso.

Martínez, C. R.: *Mercado de la Cebada*, 2012.

### Bibliografía

Bryan, Michael y George Stanley: *Biographical and critical dictionary of painters and engravers*, Londres: H.G. Bohn, 1849.

Ceán Bermúdez, Juan Agustín: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España / compuesto por D. Juan Agustín Ceán Bermúdez; y publicado por la Real Academia de San Fernando*, Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1800. Publicado por la Real Academia de San Fernando. [Copia digital: Biblioteca de Asturias Ramón Pérez de Ayala, Biblioteca Pública Estatal de Oviedo, 2010.]

Harris, Enriqueta: *Velázquez*, Stuttgart: Klett-Cotta, 1982.

Jacobs, Michael: *Lives of Velázquez*, Finlandia: Pallas Athene, 2007.

MacKenzie, Andrew: *The Seen and the Unseen*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1987.

Martín Serrano, Manuel: *Sociología del Milagro: las caras de Bélmez*, Barcelona: Barral Editores, S.A., 1972.

Martínez Romero, José: *Las caras de Bélmez*, Barcelona: Ediciones Martínez Roca, S.A., 1978.

Moser, Wolf: *Der Fall Velázquez*, 2.<sup>a</sup> ed., Múnich: Allitera, 2006.

Murillo Fragero, José Ignacio: «Registro estratigráfico de una necrópolis musulmana en la calle Toledo, 68 (Madrid). El proceso de islamización a través del ritual de enterramiento», en Dirección General de Patrimonio Histórico. Consejería de Cultura, Deporte y Turismo. Comunidad de Madrid, *Actas de las terceras jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*, Madrid: Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid, 2006, 89-89.

Museo de San Isidro: *Testimonios del Madrid medieval. El Madrid musulmán*, Madrid: Litocenter, S.A., 2006.

Pacheco, Francisco: «Life of Velázquez: from Arte de la Pintura, su antigüedad y gradezas, describense los hombres eminentes que ha avido en ella. 1649», en Jacobs, Michael: *Lives of Velázquez*, Finlandia: Pallas Athene, 2007, 31-58.

Palomino, Antonio: «Life of Velázquez: from El Parnaso español pintoresco laureado, being the third part of the Museo Pictórico y escala óptica. 1724», en Jacobs, Michael: *Lives of Velázquez*. Finlandia: Pallas Athene, 2007, 49-190.

Spooner, Shearjashub: *Anecdotes of painters, engravers, sculptors and architects and curiosities of art*, Nueva York: R. Worthington, 1853.

Zelger, Franz: *Diego Velázquez*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt, 1994.

## Agradecimientos

Gracias a todos aquellos que, directa o indirectamente, han inspirado y ayudado en este proyecto, y muchas gracias a aquellos que me animaron a terminarlo.

Quiero agradecer especialmente a Pablo García la iniciativa de traducir *Two Cats and a Chicken Shop Mystery* (la versión original, que se publicó en 2012 en inglés), con lo que ha logrado que tanto Consuelo como sus amigos y enemigos hablen su lengua materna. La publicación de esta novela en español no habría sido posible sin la dedicación absoluta y el excelente labor de Pablo.

También quiero agradecer:

–A Christina Harkness, la correctora de la versión original, por sus ideas, sugerencias, paciencia y excelente trabajo.

–A mis *mystery readers* ('lectores miseriosos') de la versión original, por sus críticas, ideas, sugerencias y su honestidad.

–Al Grupo de Investigaciones Parasicológicas de Bélmez (GIPB), por su hospitalidad, inspiración y por compartir sus conocimientos sobre los acontecimientos de Bélmez de la Moraleda.

–A Cristina y Sol, por su paciencia, sugerencias y apoyo, así como por sus aportaciones digitales (portada, gráficos) y físicas (gatos).

–A Mefistófeles, por ser la mejor gata musa que se pueda imaginar.

–A Elisa, por su dedicación, precisión, profesionalidad y comprensión.

–A mi abuela, por ser una gran inspiradora y escritora apasionada.

## La autora

C.R. Martínez es el pseudónimo de una escritora aficionada austriaca, que se mudó a España en 2009. Actualmente vive en Madrid, donde se dedica a una profesión misteriosa.

Para saber más sobre *Dos gatos y el misterio del Mercado de la Cebada*, descubrir *hechos peculiares* de la historia o recorrer Madrid a través los ojos de Consuelo en la *galería de imágenes*, puedes visitar la web: <http://www.dosgatosyelmisterio.es>

E-mail: [twocatsandachickenshopmystery@gmail.com](mailto:twocatsandachickenshopmystery@gmail.com)

Facebook: <https://www.facebook.com/dosgatosyelmisterio>

Twitter: [@twocatsbook](https://twitter.com/twocatsbook)

Smashwords: <http://www.smashwords.com/profile/view/martinezcr>